



*Las notas de una
canción*

Chris Razo

Las notas de una canción

Chris Razo

ROMÁNTICA

A ti, que dedicas un tiempo en leerme.

Gracias.

Índice

[Prólogo](#)

[1 Vecinos](#)

[2 Sintiendo](#)

[3 Verdades a destiempo](#)

[4 En el foco](#)

[5 Acontecimientos familiares](#)

[6 Viajando](#)

[7 Historias ocultas](#)

[8 El mundo sigue girando](#)

[9 Sumergidos en la tristeza](#)

[10 El principio de nada](#)

[11 Un adiós nunca fue tan complicado](#)

[12 Reencuentros](#)

Prólogo

Miércoles 25 de abril de 2018

Llevo quince días tratando de componer algo medianamente aceptable, pero me está resultando imposible.

Me he pasado una semana en el estudio, y no he conseguido sacar nada.

Mis productores están empezando a desesperarse, así que he decidido irme a mi apartamento de Madrid para poder descansar y relajarme. Espero poder volver con algo decente.

—Oliver, no te preocupes; todo el mundo tiene una mala racha. Trata de descansar. Nos vemos en unos días. Cualquier cosa, no dudes en llamarnos.

—Gracias Fran. Prometo venir con algo. Quizá solo necesite unos días de relax en casa.

—No te agobies. Nos vemos, Oliver.

Tengo suerte de tener a Fran a mi lado. A pesar de ser mi productor y ser estricto conmigo, se ha convertido en un buen amigo, con el que siempre puedo contar.

Llevamos más de tres años juntos, aunque es verdad que nunca había pasado por una mala racha como esta.

He sacado dos discos, de los cuales he vendido millones de copias. He ido de gira, y he tenido varias firmas de discos.

Tengo que reconocer que no ha sido un camino de rosas, y que si he llegado donde estoy es porque lo merezco. Han sido años de sacrificio.

He dejado atrás a mi familia, a mis amigos, y bueno también, en cierto modo, he renunciado al amor.

Tengo treinta años, y aunque yo creo que soy joven, mi madre, cada vez que puede, me recuerda que ya tengo edad para encontrar a alguien, casarme, y formar una familia. ¡No sabe lo que dice!

Yo no me fío de nadie. Lo he intentado varias veces, y me he dado de

bruces con lo que llaman amor.

En este mundo, no sabes si están a tu lado porque te quieren, o porque solo buscan la fama que puedas darle.

Mi madre dice que cuando conozca a la chica adecuada, me daré cuenta de que es ella.

Yo tengo mis dudas. ¿Aparecerá cómo en los cuentos? ¡Yo no creo en esas chorradas!

En unas horas cojo un AVE, con destino Madrid. No he querido decirle a nadie que estoy aquí.

Cuando llego, todo está como siempre. Incluso el olor de mi casa sigue siendo el mismo, aunque hayan pasado varias semanas.

Estoy feliz en Barcelona, pero echo de menos estar aquí, salir con mi familia, cenar con mis amigos, tomar una copa, o simplemente pasear. Esas cosas que desde que decidí ser cantante, se han vuelto imposibles.

Cuando estoy deshaciendo la maleta, mi móvil suena. Es Andrés. Mi *manager*, mi mano derecha, y mi mejor amigo desde hace veinte años. Toda una vida juntos, aunque sé que cuando me llama, no es para nada bueno.

—¡Dime golfo! —respondo.

—¿Ya estás en Madrid?

—Sí. Llegué hace un par de horas.

—¿Por qué no me has avisado para ir a buscarte?

—Porque no necesito niñera.

—¿Niñera? ¡Soy tu *manager*!

—Sí, pero te he dado vacaciones. Recuerda: yo también lo estoy.

—Por eso mismo te llamo. Tenemos plan para esta noche.

—¡Olvidalo Andrés! He venido a descansar. No quiero problemas.

—¿Qué problemas? Solo vamos a ir a cenar con unas amigas.

—¿Amigas? ¡Ni loco! No quiero citas a ciegas. Tengo mucho que hacer.

—Te recojo a las nueve. No me hagas esperar. —me dice eso, y cuelga.

¡Será cabrón! Siempre me lía. Lo peor, es que sé cómo acaba esto, y es lo que menos necesito en este momento.

¿Tranquilidad? Con Andrés en Madrid, parece que va a ser imposible.

En Madrid...

—Laura, no vengo a comer. Te llamo luego.

—¡Suerte en el examen! —le digo.

—Gracias Patri.

Cuando decidí alquilar un piso con Laura, pensé que pasaríamos más tiempo juntas, pero entre la universidad y que ella siempre tiene algo que hacer, lo cierto es que paso mucho tiempo sola.

Llevamos casi dos años viviendo en este apartamento. Es muy céntrico y lo cierto es que, si no hubiera sido por mi padre, no podríamos permitirnos vivir aquí, pero de algo tiene que valer, que mi padre conozca a tanta gente. Es inspector de Hacienda. Esas encantadoras personas a las que todo el mundo adora.

Gracias a él, nos hizo un buen precio.

Laura trabaja como camarera en un bar y los fines de semana, trabaja como monitora de tiempo libre.

Yo trabajo de dependienta por las tardes. Las mañanas son para la Universidad, estudiar y estar en casa. Estoy estudiando Magisterio de Educación Infantil. Me apasionan los niños. Me queda algo más de un año para terminar y aunque a veces, me gustaría tener más tiempo para hacer más cosas, puedo decir que soy feliz con la vida que tengo.

1 Vecinos

Tan solo quedan dos semanas para los finales y estoy de los nervios.

He pedido una semana de vacaciones en el trabajo, para poder estudiar todo lo que tengo pendiente.

Aunque si lo sé...

La noche del viernes, parecía que iba a ser tranquila, pero nada más lejos de la realidad.

Laura no viene a casa. Hoy le toca trabajar, así que aprovecho para cenar algo rápido y ponerme a estudiar.

A eso de las doce de la noche, un ruido atroz, hace que mi pared retumbe y parezca que mi casa se va a derrumbar en segundos.

Lo primero que hago es asustarme, pero solo me dura unos instantes, lo justo para reconocer una horrible canción que alguien ha puesto a todo volumen.

¿Desde cuándo tengo vecinos?

Desde que vivimos aquí, apenas hemos oído ningún ruido. ¿Justo tiene que ser ahora que estoy con los finales?

Trato de tranquilizarme, pero cuando la música dura más de dos horas, y apenas he podido pasar dos páginas de mis apuntes, comienzo a desesperarme.

Me asomo por el balcón, y confirmo que mis queridos vecinos, están celebrando una fiesta. ¿De verdad? ¿Este tipo de cosas no están prohibidas? O por lo menos a ciertas horas.

Sí; yo también he hecho fiestas, pero siempre respetando.

Decido cerrar los libros, tomarme una infusión e irme a la cama.

Me duermo con la música de fondo y con un cabreo monumental.

—¡Patri! ¡Patri! —Laura entra gritando a la habitación.

—¿Por qué me despiertas? ¿Qué pasa?

—¿Sabes la hora que es? Habíamos quedado para comer. —Miro el reloj. ¡Mierda! Son las dos de la tarde.

—¿Saliste anoche y no me lo has contado? —Laura se ríe.

—¿Salir? Si tener una discoteca pegada a la pared es salir; sí, se puede decir que sí.

—¿De qué hablas?

—Que parece que nuestros vecinos estaban de celebración, y montaron una fiesta. Estaba tratando de estudiar, pero tuve que dejarlo por imposible.

—¿Están buenos?

—¿Piensas que entré? Tampoco tengo mucha intención por saber si lo son.

—Tendremos que descubrirlo. ¡Vístete! Nos están esperando.

—Agradéceles a tus nuevos vecinos que lleguemos tarde a comer. —
Reímos.

Me ducho rápidamente, y salimos a comer. Hoy hemos quedado con los compañeros de la universidad. Necesitamos un poco de desconexión.

Pasamos un día estupendo, logramos olvidar por un rato las preocupaciones, pero mi tranquilidad dura poco.

Cuando llega la noche, vuelvo a ponerme manos a la obra. Tengo tanto que estudiar...

Antes de las doce, vuelve esa maldita música. ¿Esta noche también?

Vuelvo a respirar, voy a la cocina y me tomo una infusión.

Jugueteo con el boli, pensando si ya es buena hora para llamar a la policía.

Tomo aire, pierdo la cuenta de cuantas veces lo hago.

Me pongo los cascos y trato de concentrarme, consigo hacerlo, pero solo una hora. En ese momento, la música sube de volumen, tiro los cascos, los apuntes, cojo una chaqueta, y me dirijo a la puerta.

Llamo al timbre, pero parece que están muy ocupados para poder abrirme. Así que decido fundirlo. Total, no creo que les importe demasiado.

Segundos más tarde, un hombre me abre la puerta.

—Buenas noches. ¿Vienes a la fiesta? Creo que te has equivocado de temática. No es una fiesta de pijamas. —¡Ya tuvo que salir el tonto a abrir la puerta!

—Disculpa, me acabo de dar cuenta de que es una fiesta de payasos. Tú debes de ser el anfitrión, ¿verdad? —Su cara cambia por completo.

—¿Has llamado para insultarme?

—¡No! ¡Faltaría más! Solo venía a decirte que, si no bajas la música, voy a llamar a la policía. —Suelta una carcajada en mi cara.

—¿Hablas en serio?

—¿Tengo cara de estar de broma?

—No sé por qué tendrías que llamar a la policía.

—¿De verdad no lo sabes? —Antes de que pueda contestarme, aparece un chico con el pelo castaño, delgado y con semblante serio. Hasta que no se acerca, no puedo ver el azul de sus ojos. Por un momento, al mirarle, se me olvida el motivo por el que estoy aquí, pero habla, y vuelvo a la realidad.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta.

—La señorita que quiere llamar a la policía.

—¿Y eso por qué?

—Porque lleváis dos días con la música alta. Puedo entender que es fin de semana, pero hay que respetar. Anoche no os dije nada, pero hoy ya...

—Si crees que llamando a la policía te vas a sentir mejor; hazlo. —dice el hombre que me abrió la puerta.

—He venido con toda la educación, y la paciencia, de la que, por cierto, no voy muy servida desde ayer, a deciros que bajéis la música, si no lo hacéis, es vuestro problema.

—¡Vamos Oliver! Dale un autógrafo. Todas son iguales.

—¿Un autógrafo? No gracias, no acostumbro a guardar autógrafos de

desconocidos, pero gracias por el detalle.

—¿De verdad no sabes quién es? —El chico de los ojos azules, tira de su brazo. Y se dirige a mí.

—Siento si te hemos molestado. Solo es una reunión de amigos y no pensamos que pudiéramos molestar. Bajaremos la música. No te preocupes. Lo siento. —Me quedo embobada con sus ojos y con su voz, parece que me atrapara con ella.

—Gracias. —Me doy la vuelta, y escucho como su amigo le reprocha.

—¿Por qué no le has dicho quién eras? ¡No sabes aprovecharte de tu fama tío! —Solo puedo escuchar eso, porque cierran la puerta.

¿Fama? ¿Autógrafo? ¿De qué va todo esto?

Por suerte, mi paseo en pijama por el descansillo ha surgido efecto y han bajado la música. Prácticamente no la oigo. Lo agradezco porque al fin puedo estudiar.

A las seis y media cierro los libros, y me voy al balcón. Cojo mis cascos y mi **IPhone**.

Adoro ver amanecer desde esta terraza.

Mi momento de paz. Le doy al reproductor y suena mi canción preferida. **Manuel Carrasco**. Es inevitable no cantar una canción tan bonita.

<<Si estás ahí, quiero que sepas, que esta canción nace de ti por ser la dueña, la dueña de mi inspiración, la que despierta en mí la voz, dando sentido a todo lo que no lo tiene...>>

Estoy entusiasmada cantando, cuando noto que alguien me mira.

Mi querido vecino está en la terraza y no quita sus ojos de mí. Me sonrío y rápidamente me quito los auriculares. ¡Qué vergüenza!

—¿Te he asustado? —pregunta.

—Un poco. ¿Cantaba muy alto?

—Lo suficiente para escucharte.

—Lo siento.

—No hay nada que sentir. ¿Cantas?

—¿Yo? ¡Para nada! Solo en la ducha.

—En la ducha y en la terraza. —Reímos.

—Sí. Lo cierto es que es mi momento de paz, pero no pensé que podría escucharme alguien.

—Puedo darte clases.

—¿De canto? ¿Tan mal lo hago?

—Siempre se puede mejorar. —Me sonrío.

—Creo que es hora de irse a dormir.

—¿No te has acostado todavía?

—No. Me gusta ver amanecer.

—Lo cierto es que las vistas desde aquí son preciosas.

—Lo son. Buenas noches.

—Buenas noches...

—Soy Patricia.

—Oliver.

—Encantada. Por cierto, gracias por bajar la música.

—No ha sido nada. Siento si te hemos molestado. Aunque no lo creas, no me gustan demasiados las fiestas.

—No lo parece. Aunque a tu amigo se le veía más animado.

—Sí. Suele pasar cuando no es la casa de uno.

—¿Quién es mi vecino entonces?

—Yo. ¿Decepcionada?

—No. Solo que nunca te había visto por aquí.

—No vengo demasiado.

—Es una pena, porque estas vistas son para disfrutarlas.

—Tienes toda la razón. A partir de ahora, creo que vendré más.

—Si lo haces, que tus fiestas no coincidan con mis exámenes por favor.

—¿Estás de exámenes?

—Sí. La universidad.

—¿Has estado hasta ahora estudiando?

—Sí. No tengo demasiado tiempo y no me queda otra que aprovechar las noches. Me voy a descansar vecino.

—Yo también vecina. Buenas noches, bueno en realidad ya buenos días.

—Buenos días.

Salgo de la terraza, y cuando cierro la puerta, no puedo parar de sonreír.

Parece que el vecino no es tan antipático como yo pensaba. Aunque no sé qué pensará de mí después de oírme cantar en la terraza.

Al día siguiente, me despierto a las once. Laura no ha venido a dormir, vuelvo a estar sola en casa, así que me preparo un café y salgo a la terraza. Me llevo un libro para repasar lo que estudie anoche. Cuando estoy bebiéndome el café una voz, vuelve a salir de la terraza de al lado.

—Buenos días vecina. ¿Tan pronto despierta?

—Buenos días. Sí. hay que aprovechar el día. —Se asoma a mi terraza.

—¿Estudiando?

—Repasando. ¿Y tú?

—Recogiendo la fantástica casa que me dejaron mis amigos ayer.

—Deberían de ayudarte.

—Tú lo has dicho, deberían, pero no lo hacen. —Reímos. —Oye, ¿te apetecería tomar un café? —Cojo la taza, y se la enseño.

—No digo ahora. No sé, esta tarde o quizá mañana.

—Tengo mucho que estudiar, pero puede que acepte tu invitación.

—Me alegra saberlo. Solo tienes que darme una voz, o puedes cantarme.

—¿Te estás riendo de mí? ¡No creo que tú cantes mejor que yo!

—Puede que te sorprendas.

—Tendré que escucharte.

—Cuando quieras. Voy a seguir con la limpieza, pero cuando quieras, puedes llamarme.

—Lo haré. —Se mete para adentro y yo me quedo mirando la taza de café. ¿Voy a quedar con un chico que apenas conozco?

Es mi vecino, pero no sé nada de él y teniendo en cuenta las conversaciones tan extrañas con su amigo ayer, no me da demasiada confianza.

El resto del día lo paso encerrada en casa, y sin salir al balcón. ¿Será que me da miedo volver a encontrarme con él?

Solo es un vecino que me ha invitado a un café. ¿Qué hay de malo en eso?

Nada, o puede que todo.

Oliver

Nunca pensé que mis días de relax en Madrid, se convertirían en una obsesión por salir al balcón. ¿Qué me ocurre con esa chica? ¿Por qué necesito hablar con ella?

Desde que apareció en casa, con su pijama de tambor, no he podido sacármela de la cabeza. Quizá sea porque no me ha reconocido, porque no se ha tirado a mi cuello para darme dos besos o porque no me ha pedido un autógrafo.

Al principio pensé que estaba fingiendo, pero me he dado cuenta, de que en realidad no sabe quién soy. ¿Qué pensaría si le dijera que conozco a Manuel Carrasco y que hemos cantado juntos alguna vez?

Puede que no sea lo correcto, pero no voy a contarle quien soy en realidad. Para ella solo seré Oliver: el vecino de al lado. Solo espero que, si acepta tomar el café conmigo, no me encuentre con ninguna fan.

Mi teléfono suena. Es Andrés.

—¿Qué pasa macho! ¡Ni me llamas!

—¿Para qué? ¿Para qué vengas a limpiar?

—No. Para quedar. Lo de limpiar te lo dejo a ti. En un rato paso a buscarte.

—¡Olvídate Andrés! He venido a Madrid a desconectar y a tratar de componer algo. No quiero estar todo el día fuera de casa.

—¿Piensas quedarte en casa todo el día?

—Es a eso a lo que he venido.

—¡Eres un aburrido!

—Te recuerdo que, si yo no compongo, no tengo trabajo. Y si no trabajo, tú te vas a la puta calle, amigo.

—Cierto. Entonces tú compone, y ya me divierto yo por los dos. ¿Esta noche tampoco salimos?

—No. Diviértete sin mí.

—Lo haré amigo. —Cuelgo. Si le sigo el juego a Andrés, acabaré volviendo a Barcelona sin nada. Y no es a eso a lo que he venido aquí.

Me siento un rato en el sofá, y cojo mi cuaderno de notas.

Cierro los ojos, y pienso en ella.

Su pelo negro cayendo por los hombros, sus ojos almendrados, sus eternas pestañas, su mirada, ese lugar donde perderse y del que nadie querría salir. ¡Joder, Oliver! ¿Qué te está pasando? ¿Es la primera tía que ves en tu vida?

Yo no puedo meter a ninguna mujer en mi cabeza, mi trabajo no me lo permite.

Solo la conozco de dos ratos y parece que la conociera de toda la vida. Además, no creo que tenga ningún interés en mí. Si lo tuviera, hubiera accedido a tomar ese café conmigo al instante.

¿Qué hago yo preocupándome por estas cosas, cuándo tengo tanto en lo que pensar?

Dejo el cuaderno, vuelvo a la terraza, me apoyo en la barandilla y vuelvo a verla ahí.

Esta sentada, con los pies en alto, con un libro en las manos y los auriculares puestos. No puedo evitar sonreír.

Es realmente guapa. Tiene un semblante serio, pero cuando sonríe, es capaz de romperle los esquemas a cualquiera.

Me quedo un rato admirando su belleza, pero pronto se da cuenta, baja los pies y como es habitual, me pide perdón.

—Lo siento.

—¿Por qué? Estás en tu casa.

—Lo sé, pero, en fin, tú sales y siempre me ves de cualquier manera.

—Eso no tiene que preocuparte. Además, estás preciosa de cualquier manera. —¿He dicho eso en alto? Su cara se sonroja. Trato de cambiar el tema.

—¿Todavía no te has cansado de estudiar?

—Lo cierto es que sí. Estoy algo saturada. ¿Sigues en pie ese café?

—Por supuesto. Yo también necesito despejarme.

—¿Me das quince minutos?

—Por supuesto. —Me sonrío y vuelvo a su casa. Yo también lo hago. Parezco un adolescente. Ilusionado porque la chica que le gusta a aceptado una cita.

Quince minutos más tarde, estoy en la puerta de su casa, esperándola.

—¿Llevas mucho tiempo esperándome? —Me quedo embobado mirándola. ¡Está preciosa!

—¿Oliver? —Me saca de mis pensamientos.

—Perdona. ¿Qué decías?

—Que si llevas mucho tiempo esperándome.

—No. Eres muy puntual.

—¿Dónde vamos?

—¡Sorpréndeme! Tú eres la experta aquí.

—Está bien. Vámonos entonces.

Salimos del portal, no puedo negar que estoy preocupado. Si de verdad ella no sabe quién soy y vamos a un sitio donde haya demasiada gente, estoy seguro de que me reconocerán.

Al final, eso no sucede. Me lleva a una terraza de un ático de Madrid, en la que nunca había estado, pero que resulta ser preciosa, aunque no más que ella.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —le digo.

—Claro.

—¿Por qué te metiste a la Universidad después de tanto tiempo?

—¿Me estás llamando mayor?

—No. No te ofendas. Es que está claro que no acabas de salir del

instituto.

No me gusta preguntar la edad, pero creo que los veinte los superaste hace un tiempo.

—Sí. Tengo treinta. Empecé con veinticinco, y lo hice porque tenía esa necesidad. ¿Nunca has sentido que te falta algo para ser feliz? ¿Qué no estás haciendo lo que realmente te gusta?

—Sí. En muchas ocasiones.

—Pues yo decidí hacer lo que siempre había querido. Tuve que ponerme a trabajar temprano. Me agotaba en casa. Discusiones con mis padres, demasiado protectores. Nunca quise ser una mantenida. Necesitaba hacer las cosas por mí misma y me siento muy satisfecha.

Solo me queda un año para acabar y aunque he ido con calma, he tenido buenos resultados.

No tengo demasiado tiempo, pero me siento orgullosa de estar en la recta final.

¿Y tú? ¿A qué te dedicas?

—Bueno, un trabajo complicado. He venido a desconectar de todo eso. Digamos que está relacionado con el mundo del espectáculo.

—¿Eres famoso?

—Un poco. —Reímos, y yo empiezo a ponerme nervioso.

—¿No vives en Madrid?

—No. Trabajo en Barcelona. Me encanta Madrid, pero no vengo todo lo que me gustaría.

—¡Por suerte para mí! Si vinieras más a menudo, tus fiestas no me dejarían terminar la carrera. —Se dibuja una sonrisa en su cara y no puedo evitar reír.

—Lo siento. A veces, no somos conscientes de lo que molestamos.

—No te preocupes. Te agradezco que ese día me hicieras caso, aunque tu amigo...

—Andrés es un poco peculiar, pero es un buen tío.

—Me vas a perdonar, sé que es tu amigo, pero es un chulo.

—Él es así. Pero, no te voy a negar que a veces, sus formas no son las correctas.

—Desde luego, no me invites nunca a café, si él va a estar presente.

—Lo tendré en cuenta.

—¿Vas a quedarte mucho por aquí?

—Unos días. Todavía no sé cuántos.

—¿Depende de algo?

—Puede que sí. Pero, tranquila, te queda vecino para unos días. ¿Cuándo terminas los exámenes?

—Solo me queda esta semana.

—¿Puede que aceptes una invitación a cenar cuándo termines?

—¿Me estás invitando a cenar, vecino?

—Sí. ¿Qué respondes?

—No sé...no nos conocemos tanto.

—Te invito a comer para que nos conozcamos mejor. —Le sonrío.

—Está bien. Acepto la invitación. —Sonrío como un tonto, al saber que voy a volver a verla. Hace tiempo que no me gusta alguien así. Sé que casi no la conozco, pero hay algo en ella que me encanta.

Cuando llevamos un rato sentados, empiezo a ponerme nervioso, porque hay un grupo de chicas que no paran de mirarme y cuchichean entre ellas.

¡Tengo que salir de aquí!

—¿Te parece si nos vamos ya? —le digo. Su cara es de desconcierto. Deja su taza, se levanta, y con una sonrisa, me dice:

—¡Claro! ¡Vámonos! Te has puesto muy serio.

—¡No! Será la falta de sueño.

—No me hables de sueño...

Cuando salimos de la terraza, me siento más tranquilo.

Nunca he llevado demasiado bien lo de la fama, pero ahora que sé que Patricia no sabe quién soy, lo llevo todavía peor. No quiero condicionarla. Quiero que conozca al Oliver de verdad, no al Oliver que sale en las revistas, en la televisión.

No quiero que piense que soy inalcanzable para ella. No quiero que la fama enturbie esto que estoy empezando a sentir por ella.

En el descansillo de casa...

—Gracias por el café. Me ha gustado estar contigo, vecino.

—Gracias a ti por la compañía, preciosa. Espero que se repita pronto.

—Tenemos una comida pendiente. —Me guiña un ojo. —Tengo que seguir estudiando, vecino. Nos vemos por los balcones. —Sonríe.

Me quedo esperando a que entre en casa. Segundos más tarde entro en la mía y no paro de sonreír. Necesitaba esto: un rato de desconexión. Que alguien se acerque a mí, sin miedo a que sea por interés.

Esa tarde, me siento con mi cuaderno en el sofá y las letras salen solas. Lo hacen porque, al pensar en ella, todo resulta más fácil.

2 Sintiendo

¡Se acabó! Por fin los exámenes han acabado. ¡Soy libre!

—Patri, ¿salimos esta noche?

—Sí. Necesito desconectar. ¿Unas copas después?

—Perfecto. Te llamo luego cuando salga de trabajar.

Laura se va y yo me quedo pegada a la puerta de la terraza.

Llevo tres días sin ver a Oliver, lo cierto es, que no he salido a penas a la terraza. Necesitaba tener la mente despejada para los exámenes, y aunque me ha resultado difícil no salir para verle, era lo mejor.

Me he cuestionado todos estos días, porque no he podido sacarme de la cabeza a este hombre. ¡Ni siquiera le conozco! No sé qué me está ocurriendo con él.

Parece que he vuelto a los quince años y vuelvo a sentir ese cosquilleo en el estómago cada vez que salgo a la terraza, esperando a que en algún momento se asome y vuelva a sonreírme. ¡Soy peor que una adolescente!

Después de darle muchas vueltas, abro la terraza y salgo.

Me asomo con delicadeza, pero no le veo. Espero un rato, pero parece que mi querido vecino no quiere salir. ¿Pensará que no he salido estos días, porque no me gustó la cita con él? No lo había pensado hasta ahora.

Me siento en la silla y me pongo mi iPhone.

—Buenos días vecina. —Escucho su voz y me quito los auriculares inmediatamente. Miro y le veo con esa sonrisa que me tiene enloquecida.

—Buenos días vecino. —Le devuelvo la sonrisa.

—Creía que te habías mudado. No te he visto en toda la semana.

—No. ¿Dónde iba a ir? He estado liada con los exámenes, pero por fin he acabado con ellos.

—¿Ya eres libre?

—De momento sí. Por fin, puedo relajarme.

—Me alegro. Aunque no me creo que no hayas tenido un rato para asomarte y hablar con tu vecino.

—No quería distracciones. Tuve que echar la llave a la terraza.

—¿Soy una distracción?

—Lo eres, vecino.

—¿Una distracción buena o mala?

—Puede que demasiado buena. —No me gustan los rodeos. Quiero que sepa que me gusta y ver que ficha mueve después.

—Gracias vecina. Yo también tengo una gran distracción.

—¿Y cuál es?

—Tu sonrisa. —No puedo evitar sonrojarme. —¿He dicho una? En realidad, son varias. Cualquier cosa que venga de ti, es una distracción para mí, pero todas son maravillosas.

—Da gusto tener vecinos tan simpáticos como tú.

—Pensaba que ibas a decir tan guapos como yo.

—Eso también.

—Viendo que soy simpático, guapo y demás... ¿aceptas una invitación a cenar esta noche?

—¿Esta noche? No puedo. He quedado.

—Otro día será entonces. —Su semblante es serio. Decido hacer una aclaración, para que sepa que me interesa.

—He quedado con mi compañera de piso para cenar y tomar algo, pero mañana tengo la noche libre para mi vecino. ¿Crees que querrá invitarme a cenar?

—Creo que sí. Aunque se le hará eterno el día.

—A mí también. ¿Hablamos mañana?

—Perfecto.

—¿Tienes fiesta hoy también?

—No. He dejado de dar fiestas en casa. Ya he conocido a la chica que me interesa, aunque no estaba invitada a ninguna de ellas. —Vuelve a sonreírme y me derrieto.

—Espero que no vuelvas a hacerlas, por el bien de mi descanso y porque a mí también me interesas vecino. —Le sonrío. —Hasta mañana vecino.

—Hasta mañana vecina.

Me meto para dentro, y suspiro. ¿Ha ocurrido de verdad o es un sueño?

Si no fuera porque necesito salir con Laura, cambiaría el plan, y me iría con Oliver.

¡Necesito que llegue mañana rápido!

El día pasa rápido. Me paso todo el día durmiendo. Mi cuerpo lo necesitaba.

A las ocho empiezo a arreglarme. He quedado con Laura a las diez en Méndez Álvaro. Antes de irme, vuelvo a salir a la terraza.

Hace una noche perfecta.

Miro al cielo, es espectacular como se ven las noches desde esta terraza.

—Si sigues saliendo así de preciosa a la terraza, te vas a quedar sin vecino. —Me sobresalto al escuchar su voz. —¿Te he asustado?

—Sí. No te esperaba. Gracias por el piropo.

—¿No me esperabas? Últimamente hago vida en la terraza. —Reímos. —¿Ya te vas?

—Sí. Estoy haciendo un poco de tiempo para recoger a mi amiga. ¿Tú no sales?

—No. Necesito quedarme en casa y descansar. Ojalá y no tuvieras que irte.

—Vecino, parece que te gusta la vecina.

—Pensaba que la vecina ya se había dado cuenta. Acércate un momento. —Me acerco a él, todo lo que nuestros balcones nos permiten.

Se acerca a mí y me coge la mano.

—Sé que apenas nos conocemos, que solo hemos tomado un café y hemos cruzado algunas palabras en estas terrazas, pero quiero decirte, que te has metido en mi mente, de tal manera, que solo pienso en salir a este balcón y encontrarme contigo.

Puede que sea una locura, ni siquiera te conozco, no sé cómo eres, no sé lo que te gusta, lo que no, pero me encantas. Me atraes mucho.

No sé cuánto tiempo estaré aquí Patricia, pero me gustaría poder pasarlo contigo, aunque necesito saber, si tú también estás dispuesta a pasarlo conmigo. —Siento un escalofrío al escuchar sus palabras. ¿Miedo? No esperaba que me dijera algo así.

—A mí también me gustas Oliver. Tanto que me asusta. No nos conocemos de nada, pero parece que lleváramos años siendo amigos. Puede que sea una locura, pero a mí también me gustaría que el tiempo que estés aquí, lo pasemos juntos.

—Estoy deseando que llegue mañana y poder estar juntos.

—Yo también. Tengo que marcharme ya. —Me acerco a la mesa, cojo un boli, apunto mi teléfono en un papel y se lo doy. —Llámame cuando quieras.

—No dudes que lo haré. Pásalo bien.

—Tú también. Mañana nos vemos. —Me sonrío. Yo cierro la puerta de la terraza, y comienzo a sonreír como una idiota. ¡Es una locura! ¿Cómo es posible que pueda sentir algo así, por alguien que apenas conozco?

Dejo a un lado mis pensamientos, cojo el bolso y me voy al garaje. Llego tarde a por Laura. ¡Me va a matar!

Cuando llego a buscarla, me cae una buena bronca, pero la compenso llevándola a cenar a un mexicano.

—Hoy me ha escrito Richi, el de Psicología, para invitarme a cenar. —dice Laura.

—¿Y qué le has dicho?

—Que tenía planes, y que mañana trabajaba, pero que, si quería, podíamos quedar para tomar una copa.

—¡No sé cómo puede caerte bien ese idiota!

—Es un buen tío. Además, está bueno. —Suenan mi móvil.

22:45 Desconocido

He salido a la terraza, pero sin mi vecina no es lo mismo.

Espero que lo estés pasando bien.

No puedo evitar sonreír al leerlo. Laura me mira con cara de pícara.

—Creo que alguien tiene que contarme algo. —dice.

—Puede que sí.

—Estás tardando.

—¿Te acuerdas de lo que te conté del vecino?

—Sí. Que te había abierto un idiota.

—No te lo he contado todo. En realidad, el chico que me abrió la puerta no era el vecino, si no su amigo.

Al día siguiente, me vio en la terraza y me pidió disculpas.

Llevamos días hablando por el balcón y hemos salido a tomar un café.

—¿Te has tomado un café con el vecino? ¿Te lo has tirado?

—¡No! ¡Ni siquiera nos hemos besado! Pero... hoy me ha confesado que le gusto y lo cierto es, que a mí también.

Es una locura, porque casi no nos conocemos, pero me encanta verle, hablar con él...

—¡Madre mía! ¡Esto es una historia del peliculón del fin de semana!

—¡No te cachondees!

—No lo hago. ¿Por qué no me lo habías contado?

—Porque no quería que pensarás que...

—¿Qué eres idiota por enamorarte de un vecino que no conoces de nada?
¡Pues te lo digo!

Ten cuidado. A veces, eres demasiado ingenua.

Cerciórate de las intenciones de ese tío, antes de que sea demasiado tarde.

—Gracias amiga.

—No quiero que te hagan daño.

—¡Por dios Laura! ¡No tengo veinte años!

—No hace falta tenerlos, para perder la cabeza por alguien.

—¿Y qué hago?

—Ir con cuidado. Solo eso.

—Mañana hemos quedado para cenar.

—Puede que sea un buen momento para averiguar si eres un polvo más o quiere algo contigo.

—¿Y quién ha dicho que yo quiera algo con él?

—Tú no, pero tus ojos lo dicen todo. Y si él lo interpreta tan bien como yo, sabrá que estás colada por él.

—¿Tan evidente es?

—¡Ay amiga! ¡Estás perdida!

Puede que Laura tenga razón. Debería de ir con cuidado. Quizá me esté poniendo buena cara, y luego...

¡Mejor no pensar en nada!

Terminamos de cenar, y Laura se va a tomar algo con unos amigos. Yo prefiero irme a casa,

Cuando estoy en el garaje a punto de subir, me doy cuenta de que no he contestado a Oliver, miro la hora y pienso si hacerlo, pero al final, me decido.

00:45 Vecina

Hola. Perdona por no contestar antes, se me ha ido el santo al cielo.

Veo que echas de menos a la vecina. Yo ya estoy en el garaje. Lo he pasado bien. ¿Tú que has hecho?

Espero unos minutos, pero no contesta. Puede que esté dormido. Subo a casa, y cuando estoy abriendo la puerta, oigo una respiración detrás de mi oreja. Trato de mantener la calma, pero lo primero que hago es dar un grito.

Cuando me doy la vuelta, veo que es Oliver.

—¿Te he asustado? Lo siento.

—¿Qué haces aquí? Podía, podía... —Empiezo a tartamudear.

—Tranquila. He visto tu mensaje y solo quería darte las buenas noches.

—La próxima vez avísame, por favor. No quiero morir de un infarto.

—Lo siento, de verdad.

—¿Quieres pasar?

—¿No es un poco tarde?

—No son horas para estar hablando en la escalera, aunque siempre nos queda la terraza.

—Pasaré un rato. —Abro la puerta, y le invito a pasar.

—¡Vaya! ¡Tienes una casa preciosa!

—Gracias. En realidad, casi todo el decoro Laura: mi compañera de piso. Yo apenas he tenido tiempo para poder dedicarle a la casa.

—Tiene muy buen gusto.

—¿Quieres tomar algo?

—No. Lo cierto es que he venido a algo y tu mensaje ha sido la excusa perfecta.

—¿Ha ocurrido algo?

—Sí. Que llevo toda la noche pensando en esto. —Me coge de la cintura, me lleva hacia él, y junta sus labios con los míos. Un beso que no podría explicar: pasión, dulzura. Una mezcla de sensaciones.

Cuando volvemos a la realidad, me siento como una niña a la que han dado diez vueltas seguidas.

—Lo siento. No quiero que te sientas mal. Necesitaba hacerlo.

—No te preocupes. Me has dejado descolocada, pero...

—¿Pero?

—Pero me ha gustado que lo hicieras.

—No quiero que pienses que voy besando a cualquiera por ahí, porque no es así.

—Espero que no sea así.

—Eres especial, Patricia.

—Tú me haces sentir que lo soy.

—He pensado que podíamos pasar mañana todo el día juntos. No sé, comer, pasear...

—Me parece un plan estupendo.

—Quiero conocerte. Todo lo que me dejes.

—Yo también. Tenemos mucho que contarnos.

—Sí. Tengo que irme. Mañana te escribo. Descansa preciosa.

—Tú también, —Me acerco a él, le acaricié la cara y le devuelvo el beso, que él me ha dado antes.

—Creo que esta noche, lo de dormir, va a estar complicado. —Reímos.

—Yo estoy segura de que dormiré como un angelito. —Me acaricia la cara y me sonrío. ¡Es tan guapo! Todavía no me creo que este hombre me haya besado.

—Descansa preciosa.

Le abro la puerta y le doy las buenas noches.

Una noche estupenda. Hoy estoy segura de que soñaré con sus labios.

Adoro a mi vecino.

Oliver

Cada día me sorprendo más a mí mismo. ¿De verdad he ido a su casa para besarla?

No he podido contenerme. Llevo días soñando con esa boca, y no podía desaprovechar la ocasión.

Puede que me haya precipitado. No quiero que piense que voy besando a cualquiera.

Me aterra pensar que esto que está empezando, se pueda romper por culpa de mi fama.

Quizá debería de ser sincero con ella desde el principio, puede que no le importe tanto a lo que me dedico. Aunque no sé si soportaría la presión mediática. No todo el mundo está preparado para eso. Yo no lo estoy.

Mientras que decido lo que hacer, he reservado mesa en el *Luxury*. Un reservado para nosotros dos solos para que nadie nos moleste. Así, evito que alguna fan loca, me arruine la comida.

A la mañana siguiente me preparo un café y salgo a la terraza.

Me siento y contemplo el amanecer. ¿Por qué no paso más tiempo aquí?

Si viniera más, puede que la hubiera conocido antes. Puede que todo hubiera sido distinto.

—Buenos días vecino. ¿Tan temprano levantado?

—No podía dormir. ¿Y tú?

—Supongo que me ha pasado lo mismo.

—¿Nerviosa por algo?

—Sí. Tengo una cita.

—Seguro que saldrá bien.

—Eso espero.

—Quería decirte que siento el beso de ayer. No quiero que pienses lo que

no es.

—Solo he pensado que te gusto. Nada más.

—Entonces has acertado. No quiero que pienses que voy besando a cualquiera.

—No tienes que justificarte, Oliver. Somos adultos. Lo hiciste porque te apetecía. No le des más vueltas. ¿Ya sabes dónde me vas a llevar?

—Sí. Tengo todo el día planeado.

—¡Estupendo! ¿Muy elegante? No me gustaría desentonar.

—Elegante, pero puedes ir informal. Sobre todo, porque por la tarde tengo otro plan.

—¿Nada de tacones?

—Nada de tacones.

—Perfecto. Voy a hacer algunas cosas aquí en casa. ¿A qué hora quedamos?

—¿Te parece bien a la una y media?

—Perfecto.

—Por cierto, tengo un pequeño inconveniente.

—¿Cuál?

—No tengo coche. Me he venido con lo puesto. —Reímos

—No te preocupes. Yo conduzco. Nos vemos en un rato, vecino.

—Espero que pase pronto el tiempo

—Yo también.

Veo cómo se marcha de la terraza y vuelvo a sonreír como un idiota.

Pienso conseguir que el día sea perfecto para ella.

A la una y media, como un reloj, llaman a la puerta: es ella. Cojo las llaves y abro.

Cuando lo hago trato de cerrar la boca. ¡Está increíble! Lleva un pantalón vaquero, unas *converse* y una camisa blanca, que no da lugar a la

imaginación.

—¿Oliver?

—Perdona. ¡Estás increíble!

—¿En serio? No he querido arreglarme mucho. Tú estás muy guapo. Te queda genial esa camisa.

—Me la pongo para ocasiones especiales. Las camisas que me regalan siempre me traen buena suerte.

—Esperemos que hoy también se cumpla. ¿Nos vamos?

—Claro. Siento que tengamos que llevar tu coche.

—No te preocupes. Me gusta conducir. ¿Y por qué no has traído tu coche desde Barcelona?

—Porque he venido a desconectar. Y lo que menos me apetece es estar con el coche, para arriba y para abajo.

—Te entiendo. Unas vacaciones en toda regla.

—Pues sí. Es lo que necesito.

Salimos al garaje, y nos dirigimos a un c4 rojo.

—¿Este es tu coche?

—Sí. ¿Te gusta?

—Sí. Me encanta el color. Puede que hasta en eso nos parezcamos.

—¿Tu coche también es rojo?

—Sí.

—Espero que algún día me lo enseñes.

—Por supuesto que sí. Espero poder invitarte a Barcelona pronto.

—Con mi trabajo, va a ser complicado poder aceptar la invitación.

—¿No tienes vacaciones?

—Las acabo de coger. Solo me quedan tres días para volver de nuevo a la rutina.

—¿Ni un fin de semana?

—No. Es cuando más trabajo hay. Puede que me den algún domingo o un sábado, pero suelen ser cosas esporádicas.

—Tendremos que organizarnos.

—¿No piensas volver?

—Por supuesto que sí. Pero será complicado. Puede que pasen meses hasta que pueda escaparme.

—¿De verdad?

—Sí. Trabajo muy duro. No tengo demasiado tiempo.

Después de decirle eso, su cara a un semblante más serio y se hace un silencio entre nosotros.

Creo que no ha encajado demasiado bien que puedan pasar meses sin vernos.

Siendo sincero, yo tampoco. Ni siquiera quiero planteármelo.

Cuando llegamos al restaurante, todo está como yo esperaba.

Cuando comenzamos a comer, charlamos, ella vuelve a relajarse y vuelve a sonreír.

Su sonrisa me vuelve loco.

No paramos de reír en toda la comida. Me cuenta cosas de su vida y yo también lo hago. Aunque no le soy todo lo sincero que me gustaría.

Cuando terminamos de comer, el dueño del restaurante nos invita a la terraza, para tomarnos una copa. Aceptamos, a pesar de que hay más gente.

—¿Te ha gustado el sitio? —pregunto.

—¡Es increíble! Y la terraza es fantástica. Nunca había estado aquí.

—Me alegro de que hayas venido conmigo. Lo estoy pasando muy bien.

—Yo también. Tengo que reconocer, que venía con miedo. No sabía si íbamos a conectar, pero creo que hemos logrado mucho más que eso. —Me acerco a ella, acaricio su oreja, después bajo por su mejilla y perfilo sus labios con mis dedos. Ella cierra los ojos y puedo sentir, como su respiración se acelera. Me acerco a su boca y le doy un medio beso, de esos que saben a

gloria y que te dejan con las ganas de mucho más. Ella me mira y me sonrío; sé que le ha gustado tanto como a mí.

—¿Te apetece que nos vayamos?

—Sí. ¿Dónde me vas a llevar?

—Tengo un plan que creo que te va a encantar.

—Creo que pasar cualquier rato a tu lado, me encanta.

Volvemos a coger el coche, y nos dirigimos al retiro. Aparcamos, y cuando salimos del coche, tengo la terrible necesidad de cogerla de la mano. Ella sonrío, y me doy cuenta de que no le importa.

—¿Me has traído al Retiro? —pregunta.

—Sí. ¿Desilusionada?

—En absoluto. Hacía tiempo que no venía por aquí.

—Ven. —Le cojo la mano y la llevo hacia las barcas del lago.

—¡Estás loco! ¿Vamos a montar?

—Sí.

—¿Y si se hunde la barca?

—¿Y por qué va a ocurrir eso?

—No lo sé. Puede pasar.

—¡No digas tonterías! Lo vamos a pasar genial, ya verás.

—No sé si fiarme de ti.

—No te queda otro remedio.

Apenas hay gente y en menos de cinco minutos estamos montados en la barca. Hacía mucho tiempo que no montaba en barca. En realidad, hace mucho tiempo que no tengo tiempo para mí.

—¿Asustada? —pregunto.

—Sí. No me gusta el agua.

—¿Por qué no me lo has dicho? Lo último que quiero es que pases un mal rato.

—Le tengo fobia al agua. Cuando voy a la playa o a la piscina, parezco una niña pequeña. Me da la sensación de que estoy indefensa.

—No te va a pasar nada. Mucho menos estando conmigo.

—Gracias. Pero, siendo sincera, no me consuela mucho. No por ti, es que el miedo supera cualquier cosa.

—Tendrás que superarlo. ¿No has pensado en ir a algún especialista?

—¿A contarle que le tengo pánico al agua? No. Algún día lo resolveré. Confío en ello.

La cojo de la cintura y la abrazo.

—¡No sueltes los remos, por favor!

—Tranquila, no va a pasar nada. —Comienza a ponerse pálida y su respirando empieza a agitarse. —Patricia, ¿estás bien?

—Sácame de aquí Oliver, por favor.

Al ver su estado, no lo dudo ni un segundo y remo con todas mis fuerzas hacia la orilla.

Cuando llegamos, le ayudo a salir y la llevo a la sombra. Nos sentamos debajo de un árbol.

—Lo siento. Me siento como un gilipollas. No tenía por qué haberte hecho eso, lo lamento.

—No te preocupes, Oliver. No es la primera vez que me pasa. Es más, cuando se acerca el calor, es lo más habitual. Además, yo tampoco te he dicho nada. Pensaba que podría aguantar, pero cuando has soltado los remos, me he puesto muy nerviosa. —Acaricio su cara y ella me sonrío, aunque sigo viendo preocupación en su rostro.

—¡Soy un idiota!

—¡Deja de preocuparte! No es culpa tuya. Soy yo que no consigo superar este miedo.

—Me gustaría ayudarte.

—Lo veo complicado. No te imaginas la cantidad de cosas que he hecho para intentar superarlo, pero parece imposible.

—Te prometo que daremos con la solución.

Me tumbo en el césped, mirando hacia el cielo, y ella hace lo mismo.

Acaricia mi cara con sus manos, y me sonríe.

—Te has puesto demasiado serio. De verdad, no tienes que preocuparte. Hay situaciones que no puedo controlarlas, pero lo voy llevando mejor. No quiero que pienses que soy una loca.

—No pienso eso. Solo me preocupo por ti. He visto cómo se te descajaba la cara y por un momento, he sentido miedo.

—No podría explicártelo con palabras de verdad. Lo paso muy mal.

—Creo que sería bueno que hablaras con alguien.

—No necesito hablar con nadie, Oliver. Es algo mío y que no quiero compartir con nadie más. Te lo he contado a ti y ni siquiera sé por qué.

—Lo siento.

—No tienes nada que sentir. Son cosas de mi vida, y nada tienen que ver contigo. No quiero que te sientas mal.

—¿Sabes? Hacía tiempo que no pasaba un día así.

—¿Tirado en el césped con una loca? —Reímos.

—No. Así de bien. Siempre estoy metido en mi trabajo, de aquí para allá. No tengo tiempo de disfrutar de los pequeños momentos y aunque solo sea estar tumbado en el césped, para mí, es maravilloso.

—Puede que necesites unas buenas vacaciones.

—Te aseguro que sí. Es complicado desconectar de todo.

—Tengo algo que preguntarte.

—Claro dime. —La sonrisa desaparece de su cara, y parece más seria que de costumbre.

—¿Qué pasará cuándo te marches?

—¿Te refieres a nosotros? —Asiente con la cabeza. —No lo sé. No quiero pensar en irme. Quiero vivir cada segundo intensamente contigo. No voy a engañarte. Tengo una vida muy complicada.

Me gustaría poder decirte que me mudaré aquí, que no me separaré de ti, pero si lo hiciera no podría cumplirlo.

Cuando me vaya, probablemente pasemos meses sin vernos. No es lo que más me apetece, te lo aseguro, pero de momento no hay otra opción. —Sus ojos se ponen tristes. Me acerco a ella y le toco la mejilla. —Eso no quiere decir que las cosas entre nosotros tengan que cambiar.

Por una parte, me gustaría poder estar contigo, contarte cada punto de mi vida, que me acompañaras en todo, pero por otra, no puedo evitar tener miedo a sentir y sufrir. No quiero que sufras tú, pero yo tampoco estoy preparado para ello.

Es todo demasiado complicado.

—Puede que lo mejor sea no pensarlo. Vivir el momento y nada más. Lo que tenga que venir, vendrá sin más.

—Tienes toda la razón. —Me acerco a ella y la beso en los labios. —Puede que me haga adicto a tus besos.

—Puede ser un problema, vecino.

—Me gustan los problemas. —Los dos reímos sin parar.

Pasamos el resto de la tarde, besándonos, abrazándonos y cogiéndonos de la mano.

Sobre las ocho, llegamos a casa y decido invitarla a pasar.

Nos ponemos cómodos y le sirvo una copa.

—¿No es un poco pronto para la primera copa? —dice ella.

—¿Pronto? Es una hora estupenda. —Me siento con ella en el sofá y comienzo a acariciarla el hombro. Sonríe.

Acerca sus manos a mi cuello, lo rodea y me besa. Un beso diferente a todos los que nos habíamos dado hasta ahora. Es un beso cargado de pasión y de lujuria.

Baja sus manos por mi torso y cuando llega a mi pantalón, lo desabrocha, para meter su mano dentro de mi calzoncillo. En ese momento, pierdo la poca cordura que me quedaba y me dejo llevar por esta locura.

La misma que nos lleva a acabar desnudos en mi sofá, jadeando y

sintiendo que no voy a poder sacarme a esta mujer de la cabeza.

Acaricio su pelo y la beso la frente, mientras la abrazo.

—Me encanta estar así contigo. Hoy ha sido un día increíble, y me gustaría que todos fueran así.

—Para mí también. Eres como una adicción.

—Y eso que todavía no conoces todo de mí.

—¿Tratas de darme miedo? —Reímos. Se levanta para coger su camiseta y se queda embobada mirando el piano. Comienza el tiempo de preguntas.

—¿Tocas el piano? —Parece entusiasmada.

—Sí. Me gusta.

—¡Tocas el piano!

—¿Tanto te impresiona?

—Sí. Siempre he admirado a la gente que lo hace. ¿Podrías tocarme algo?

—Claro. ¿Alguna sugerencia?

—Te dejo que me sorprendas.

Me pongo los pantalones, ella se pone mi camisa y se sienta a mi lado en el piano.

Estoy acostumbrado a tocar para millones de personas, pero hacerlo para ella, me pone muy nervioso.

Mis dedos comienzan a acariciar el piano y sin poderlo evitar, comienzo a cantar.

—Escúchame, si estás ahí, quiero que sepas, que esta canción, nace de ti, por ser la dueña, la dueña de mi inspiración, la que despierta en mi la voz, dando sentido a todo lo que no lo tiene.

Me paro en este renglón, para decirte, que te quiero. —Sus ojos se llenan de lágrimas. No ha sido coincidencia la elección de la canción. Ella misma me dijo lo que significaba para ella.

Cuando termino de cantar, vuelvo a mirarla, las lágrimas caen por sus mejillas. Me acerco a ella y la beso. —No me gusta verte llorar.

—No imaginas lo que significa para mí esta canción. Y oírla de tu boca, en el piano, en tu casa, como si me la cantarás a mí...

—Sé lo que significa para ti esta canción, por eso lo he hecho. Quería que siempre guardaras este recuerdo. Y por supuesto que te la cantaba aquí. No hay una letra que tenga más sentido para mí en este momento. —Se acerca a mí, me abraza muy fuerte y vuelve a besarme.

—Cantas genial. Deberías de dedicarte a ello. —No puedo evitar reírme.

—¡No te rías! ¡Lo digo muy en serio!

—Puede que me lo plantee.

—Gracias por este regalo tan bonito.

—A ti. Hacía tiempo que no tocaba el piano y lo he hecho gracias a ti.

—Ha sido precioso. Te aseguro que nunca lo olvidaré.

Creo que es hora de irme a casa.

—¿Te vas?

—Sí. Llevo todo el día fuera de casa.

—Tienes excusa. Has estado con el vecino. Además, no hemos cenado.

—¿De verdad tienes hambre, después de todo lo que hemos comido?

—Sí. Y no creo que quieras dejarme solo cenando, ¿no?

—Huele a chantaje.

—No voy a negarlo.

—Está bien. Me quedo.

Pedimos chino y seguimos charlando durante horas.

Cuando son casi las dos de la mañana, sus ojos no pueden más.

—Soy una pésima compañía, Oliver. Me estoy durmiendo.

—Yo estoy encantado con tenerte aquí. Es más, quiero que te quedas a dormir.

—¿A dormir? Si vivo a un suspiro.

—Pero, ese suspiro queda muy lejos de mi cama. —Rozo su nariz con la

mía y jugueteo con mi lengua en sus labios. —Dime que te quedas. ¿O voy a tener que convencerte?

—Hace un rato que lo has hecho. —Se ríe. —Me quedo, pero, necesito una ducha.

—Te dejo una toalla. Supongo que sabes dónde está el baño, ¿no?

—Puedo imaginarlo.

Quince minutos más tarde, sale del baño con el pelo mojado y una de mis camisetas. En este momento, me parece la mujer más sexy del mundo. — ¿Todo bien? —pregunto.

—Todo perfecto.

—¿Quieres tomar algo?

—No. En realidad, lo que necesito es descansar. Estoy agotada. Ha sido un día duro hoy.

—Ponte cómoda entonces. Yo voy a pegarme una ducha. Espero que cuando salga, no estés dormida.

—No te prometo nada.

Me voy al baño y la dejo en la habitación.

Mientras que me cae el agua, no paro de pensar en qué pasará cuando me marche.

Debería de contarle la verdad, y que ella decidiera si quiere acompañarme en este camino, pero engañarla, no es la mejor opción, puede que nunca me lo perdone.

¿Qué hago? ¿Qué se supone que es lo correcto?

Cierro el grifo, me seco un poco y me pongo un pantalón de pijama. Cuando llego a la cama, se ha quedado dormida. Trato de que la imagen de su cuerpo en mi cama se quede en mi retina y atesorar este momento para siempre, para que cuando la tenga lejos, por lo menos, pueda recordarla.

Apago la luz, la cubro con el edredón y me acurruco junto a ella.

Me quedo dormido con mis dedos entrelazados en su cabello, respirando ese olor, que tanto me gusta.

3 Verdades a destiempo

—Patri, ¿quedamos esta noche? —pregunta Laura.

—¿Para cenar?

—Sí. Hoy salgo a las nueve.

—Paso a recogerte. Yo también salgo a las nueve hoy.

—¿No has quedado con tu enamorado hoy?

—No sé qué planes tendrá. Puede que nos veamos a la vuelta.

—Parece que el vecino ha logrado engancharte.

—Solo...

—¿Solo sois amigos? ¿Hola? ¡Patricia! Soy tu amiga. Estás colada hasta los huesos de él. Y eso no es lo peor, eso vendrá cuando él se marche. ¿Qué vas a hacer entonces?

—No quiero pensarlo.

—Ya. Pero lleváis más de dos semanas tonteando. Habéis empezado a hacer vida de pareja. ¿Piensa dejarte aquí tirada?

—No hemos hablado de eso.

—Pues deberías cariño. No quiero tener que consolarte durante meses por un mamarracho, que lo único que quería era pasar unas buenas vacaciones.

—¡No hables así! ¡No le conoces!

—Por supuesto que no, pero sé cómo no quiero verte. Y también sé lo que ocurrirá. Deberías de tener una charla con él.

—Lo haré. Te lo prometo.

—Nos vemos esta noche.

Laura se despide de mí y se marcha.

Sé que tiene razón en cada cosa que ha dicho. Oliver y yo no hemos vuelto a hablar del tema. Nunca me dice cuándo se va a marchar. Tampoco me dice que es eso que le preocupa, y porque ha cogido unas vacaciones. A veces, tengo la sensación de que no es del todo sincero conmigo.

Creo que necesito esa conversación.

Es cierto que desde el día que me llevó al Retiro, no nos hemos separado. Paso más tiempo durmiendo en su casa, que en la mía.

Salimos, entramos, nos acostamos, pero no hablamos de un futuro. Tal vez, porque no lo hay. ¿O sí?

Decido asomarme al balcón, para saber si está.

No le veo y decido llamarle.

Responde casi de inmediato.

—Hola vecina preciosa. ¿Ya levantada?

—Hola. Sí. Desde hace un par de horas. Soy una mujer madrugadora. ¿Y tú?

—Tratando de trabajar un poco. ¿Ocurre algo?

—Sí. No. Bueno, en realidad, nada importante.

—¡Vamos nena! Si no fuera importante no me llamarías. Te voy conociendo. ¿Qué pasa?

—Necesito que tengamos una conversación.

—¿Estás bien?

—Sí. Pero quiero aclarar algunas cosas.

—Está bien. Podemos vernos cuando salgas de trabajar.

—No puedo. He quedado con Laura para cenar.

—¿Cuándo vuelvas?

—Está bien. ¿No vas a salir?

—No. Tengo mucho que hacer todavía. Entonces, nos vemos luego. No te preocupes por nada nena. No sé qué te pasa, pero seguro que podemos arreglarlo. Un beso.

—Hasta esta noche. —Cuelgo.

Espero que nuestra conversación llegue a buen puerto. Necesito saber hacia dónde va esto. No quiero perder la cabeza por él, y que luego me deje

tirada. Ya no soy una niña para estas cosas.

Oliver

Llevo más de tres horas pegado al piano y a mi cuaderno, pero no he conseguido sacar nada decente. Se me agota el tiempo. No tengo nada que entregarle a Fran y ya han empezado a presionarme.

Hace casi un mes que estoy aquí y ni siquiera he conseguido componer una canción. ¿Será que mi carrera ha llegado a su fin? ¿O solo una crisis?

Andrés dice que lo que me pasa es que estoy todo el día pendiente de la vecina. Y es cierto, pero ella no tiene nada que ver con mi bloqueo, porque me vine de Barcelona con el problema ya.

Lo que, si me tiene preocupado, es que he recibido una llamada de ella esta mañana, que me ha dejado muy desconcertado.

Sé que la preocupa algo, pero no ha querido decirme que es.

Llevo toda la tarde pensando en qué será eso que le preocupa.

Para colmo, ha salido a cenar con su amiga y no sé si llegara pronto para que podamos hablar, aunque tengo claro que voy a esperarla toda la noche si hace falta.

Paso toda la noche dando vueltas.

Me pongo una copa, salgo a la terraza, cojo el cuaderno, pero no saco nada en claro. A la una no aguanto más y decido ponerle un mensaje.

01:05— Oliver

Hola. Solo quería saber cómo va la cena y decirte que sea la hora que sea, puedes pasar a casa. Llevo todo el día dándole vueltas a tu llamada. Espero que lo estéis pasando bien. Un beso.

01:10— Vecina

Hola. Estamos tomando una copa, en algo menos de una hora estaré por allí. ¿No es un poco tarde para hablar?

01:14— Oliver

No. No es tarde en absoluto. Quiero que me digas eso que te preocupa.

01:15— Vecina

Está bien. Cuando salga de aquí, te aviso. Un beso.

Cuarenta minutos más tarde, me pone un mensaje y me dice que viene de camino, que si estoy despierto. Le digo que sí y que cuando venga, llame a la puerta. Y eso hace.

—Hola. ¿No es un poco tarde para que estés despierto? —me dice.

—¿Y usted señorita? —Reímos. —¿Te apetece una copa?

—No. Estoy en el momento justo. Si me tomo otra, ya voy a ser una borracha.

—Entonces no. Quiero que estés en tus plenas facultades para que me cuentes lo que te pasa. Soy todo oídos.

—No me pasa nada, Oliver. Simplemente, tengo inquietudes.

—¿Y qué inquietudes son esas?

—Que sigo sin saber cuándo te vas, pero seguimos saliendo juntos. No sé muy bien que somos, si esto es una pareja, somos amigos, si solo nos acostamos. No lo sé.

—La pregunta es muy sencilla, Patricia. ¿Tú que quieres que seamos? ¿Qué soy yo para ti?

—Para mí, eres especial, pero el no saber cuándo te vas a marchar, no saber por qué estás aquí, me aterra y me descontrola. A veces, me gustaría darte más de mí, pero la inseguridad que siento por lo nuestro, no me deja.

—Para mí, tú también eres especial.

Hace unas semanas te lo dije, me gustas mucho, pero la realidad es que, dentro de un tiempo, no sé si días, un mes; no lo sé, tendré que irme. A mí me aterra la idea de pensar que voy a estar alejado de ti, pero, aunque no lo creas, no tengo más opción.

No puedo pedirte que te vengas conmigo, que dejes tu vida por mí y de la misma manera, tampoco puedo pedirte que me esperes, porque tampoco sé en qué momento pueda volver.

No quiero hacerte sufrir, pero también soy egoísta. No puedo estar sin ti.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Suenan a tópico, pero..., ¿vivir el momento?

—No quiero enamorarme de ti, Oliver y que dentro de un mes me dejes tirada, llorando por las esquinas, porque te has ido, sin saber qué harás, si volverás, o si pensarás en mí.

—Escúchame, pase lo que pase, aunque me vaya, jamás; escúchame bien, jamás, me olvidaré de ti, ni dejaré de pensarte. Nunca olvides eso.

—Mi vida no es fácil. Tengo muchas cosas que contarte, pero puede que cuando las descubras, salgas corriendo.

—¿Por qué voy a salir corriendo?

—Puede que no te guste mi vida.

—Me estás asustado. ¿No piensas contarme por qué me dices eso?

—Todavía no. Necesito disfrutar más de ti, antes de que decidas irte.

—¿Estás casado?

—¿Casado? Si lo estuviera, no estaría contigo aquí. Vamos a dejar el tema, hay cosas más interesantes que hacer.

—Me acerco a ella, la beso el cuello lentamente. Dejo que los tirantes de su vestido caigan por sus hombros.

—Acaricio sus pechos. Su piel es tan suave, tan lisa, desprende ese olor que hace que todos mis sentidos se pongan en alerta y que mi entrepierna arda, como en el mismo infierno.

—Me deshago de mis pantalones y bajo por su cintura; despacio. Quiero saborear cada instante en su cuerpo, cada milímetro de su piel. Es lo que necesito, sentirla.

—Mi boca recorre el camino justo, para llegar al sitio donde quería estar.

—Mi lengua juguetea entre sus muslos y puedo notar como su respiración, comienza a agitarse. Cierra las piernas, pero yo vuelvo a abrirlas y meto mi cabeza en ellas. Pienso darle todo el placer que esté dispuesta a soportar.

—Sus gemidos, me ponen al borde de la locura, la cojo en volandas, la apoyo en la mesa del salón, cojo un preservativo, me introduzco dentro de

ella y pierdo la noción del tiempo.

Me pasaría horas dentro de ella, pero su movimiento de cadera me hace enloquecer y no aguanto demasiado.

Consigo llevarla al clímax, al igual que lo hago yo. ¡Esta mujer me mata en todos los sentidos!

La bajo de la mesa y sonrío.

—Muy comfortable la mesa. —me dice.

—Sí. Todavía me queda hacerlo en el piano. Quiero que dejes un buen recuerdo en él. —Sus ojos arden de deseo.

—Puede que... —Se acerca y me besa. —Tengo que irme.

—¿Te vas? ¿No te quedas a dormir?

—No. Tengo que irme a casa.

—¿Por qué?

—Porque siempre duermo en tu casa. Tú todavía no has dormido en la mía.

—Será porque no me has invitado.

—¿Hace falta que te invite?

—No suelo entrar en casas ajenas.

—Entonces, te invito a dormir.

—Acepto encantado. ¿Nos vamos?

—¿Desnudos?

—No. Mejor nos vestimos. —Reímos, cogemos la ropa que hemos dejado tirada por el salón y nos vamos a su casa.

Hace tiempo que no duermo en casa de nadie. Puede que este cruzando una línea peligrosa.

—Ponte cómodo. ¿Quieres tomar algo?

—¿Agua?

—¿No prefieres otra cosa? —Me acerco a ella por detrás, pego mi boca a

su oído y le digo:

—A ti. Te prefiero mil veces a ti. —Sonríe, se da la vuelta y me besa en la mejilla.

—No debería de decirte esto, pero a mí ya me tienes Oliver. —Me dice eso y se va por el pasillo, mientras que yo me quedo pensando en esa frase. Ya la tengo. No puedo evitar sonreír. Qué fácil sería todo si yo no fuera quien soy.

Nos pasamos un buen rato tirados en el sofá, abrazados, acariciándonos, hablando, hasta que decidimos irnos a la cama.

Cuando nos metemos en la cama, no puedo evitar volverla a tocar. Pensará que soy un salido, que solo piensa en sexo, pero la verdad, es que estoy loco por ella y no puedo estar ni un segundo sin tocarla.

Acabamos haciendo el amor de nuevo, lento, suave, diferente, puede que esto haya dejado de ser atracción y sexo y estemos cruzando una línea muy peligrosa para ambos.

Dormimos toda la noche del tirón, hasta que, por la mañana, alguien entra en la habitación dando voces.

—Patri, Patri. Levanta. Me ha llamado Gregory, necesita que vayas a verle. —Levanto la vista, y veo a una chica de pelo rubio, al borde la cama. Al verme suelta un chillido y acto seguido, Patricia se despierta.

—¡Joder Laura! ¿Por qué no llamas a la puerta?

—Lo siento. No sabía que estabas con alguien. No había nada en la puerta. Lo siento de verdad. Perdón. Ya me voy. —La chica sale de la habitación avergonzada.

—Lo siento Oliver. No suele entrar así.

—No te preocupes. No pasa nada. Por suerte, estaba tapado. —Consigo sacarle una sonrisa. Yo debería de irme y tú creo que tienes algo pendiente. Creo que ha dicho que alguien quiere que vayas a verle.

—¿Sí? Ahora hablaré con ella. ¿No vas a quedarte a desayunar?

—Otro día. Tengo cosas que hacer.

—¿Nos vemos luego?

—Claro. Llámame, preciosa. —Me acerco a ella y le doy un beso en los labios. —Salgo de la habitación y me encuentro con la chica rubia de nuevo.

—Hola. Soy Laura. La amiga de Patricia. Siento haber entrado así. No sabía que estaba acompañada.

—Encantado. Soy Oliver. —le doy dos besos. —No te preocupes. No pasa nada. Es verdad, que me he asustado al verte en la habitación, pero no tienes que darle más vueltas.

—Me suena tu cara. ¿Nos hemos visto en algún sitio? —La cara se me desencaja. Espero que no sea capaz de reconocirme.

—Somos vecinos. Puede que nos hayamos visto por aquí, porque yo vivo en Barcelona.

—Tal vez, puede ser. Me suelo quedar con las caras, y la tuya... no sé, me da la sensación de que te he visto en algún sitio.

—Tengo que irme. Espero verte otro día. Encantado.

—Igualmente.

Me marcho de esa casa, antes de que la amiga de Patricia empiece a atar cabos, y descubra quién soy en realidad.

Patricia

—¿Se ha ido Oliver ya? —le pregunto a Laura.

—Sí, acaba de irse.

—¿Y qué te pasa?

—No sé. A este tío yo le he visto en algún lado, pero no sé dónde.

—¿En el descansillo? ¡Somos vecinos!

—Eso mismo me ha dicho él, pero no. Tú sabes que no olvido una cara y la de él, por algún motivo, me es familiar. Y su nombre...

—¡Laura, por favor! No me digas que te lo has tirado y no te acuerdas.

—¿De verdad crees que si me lo hubiera tirado no me acordaría? He de decir a tu favor que está muy bueno, amiga. Me das mucha envidia.

—Lo sé.

—Ya veo que anoche aclarasteis bien las cosas, ¿no?

—Sí. Algo hablamos.

—Eres fácil de convencer.

—No. Solo que no quiero preocuparme más de eso. Quiero estar bien con él. Cuando se vaya, será otra historia.

—¡Y tanto que será otra historia! Te vas a enamorar de él, si es que no lo estás ya.

—¡Pesada! Déjame que viva mi cuento de hadas. ¿Tú dejarías escapar a un hombre cómo él?

—No. Pero yo no soy como tú. No creo en cuentos de hadas, ni en falsas promesas.

—Algún día te llegará el amor y tendrás que tragarte todas tus palabras.

—¿A mí? ¿El amor? ¡No me hagas reír!

—Te tocará como a todos amiga. Por cierto, me ha dicho Oliver que alguien me buscaba o algo así.

—Sí. He hablado con Gregory y me ha dicho que le llamas, que era importante.

—¿Gregory? ¡Qué raro! Voy a llamarle.

—Yo voy a ducharme. Estoy agotada. Por cierto, hoy no vengas a hacer ruido con tu vecino que estaré todo el día durmiendo.

—Tranquila. Si tengo que hacer ruido, me iré a su casa.

—Me parece bien. —Reímos. ¡Maldita Laura!

Cojo mi móvil y busco el teléfono de Gregory entre mis contactos.

Gregory es el director del cole, dónde hice las prácticas el año pasado. Hemos seguido en contacto todo el año, pero no sé porque le habrá dicho a Laura que quiere hablar conmigo. En unos minutos salgo de dudas.

—¡Hola Patricia! —Parece entusiasmado con mi llamada.

—Hola Gregory. ¿Cómo te va? Me ha dicho Laura que querías hablar conmigo.

—Todo bien Patri. Quiero hablar contigo, pero necesito que sea en persona. ¿Crees que tendrías un rato para pasarte por el colegio?

—Entro a trabajar a las dos, pero puedo acercarme antes.

—Estupendo. Aquí te espero entonces.

—Nos vemos en un rato. —Cuelgo, y me quedo intrigada. ¿Qué es eso que tiene que decirme, y que no lo quiere hacer por teléfono? Me quedo un poco preocupada y pienso que puede ser por algo de la carrera, que haya habido algún problema, con mis prácticas del año pasado.

Me visto y cojo las cosas del trabajo.

—¿Te vas? —pregunta Laura.

—Sí. Me ha dicho Gregory que quería verme, que quería hablar conmigo en persona. Me ha dejado un poco desconcertada la verdad.

—No te preocupes. Seguro que no es nada malo.

—Me da miedo pensar que puede ser algo de las prácticas, justo ahora que estoy a punto de acabar.

—Si fuera así, te lo hubieran dicho antes, ¿no?

—¿Tú crees? No lo sé. Me voy ya. Los nervios me están matando.

—Llámame cuando sepas algo.

—Luego te cuento. —Cojo mis cosas, y me voy.

Cuando estoy esperando el ascensor, llamo al timbre de Oliver.

—Hola vecina. No te esperaba. ¿Dónde vas?

—Solo quería despedirme. Hoy vendré tarde de trabajar.

—¿Ya te vas?

—Sí. Me ha llamado el director del cole donde hice las prácticas, quiere hablar conmigo en persona y desde ahí, me iré a trabajar.

—Pareces preocupada.

—Lo estoy. Tengo buena relación con él, hablamos de vez en cuando y cuando hice las prácticas todo salió bastante bien, pero su llamada me ha dejado un poco...

—No te preocupes, seguro que no es nada malo.

—No lo sé. Eso espero. Si ha ocurrido algo, justo ahora que estoy a punto de terminar. ¡Me muero!

—¡Claro que no! ¿Quieres que te acompañe?

—No. Tú descansa.

—¿Me llamas cuándo sepas algo?

—Por supuesto que sí. —Se acerca a mí, me besa y me susurra al oído:

—Cada vez que pienso en lo de anoche, me vuelvo loco. Estoy deseando que vuelvas a casa. Tenemos algo pendiente.

—¿Piano?

—Sí.

—Quiero algo a cambio. Yo también quiero un recuerdo.

—¿Cuál?

—Que vuelvas a cantarme. Me encanta como lo haces.

—Lo haré encantado.

—Nos vemos luego, vecino.

—Espero que pasen pronto las horas. —Sonríe.

—Yo también.

Cojo el ascensor y me marchó para coger el coche.

Nunca nadie antes me había cantado y mucho menos esa canción, que tanto significa para mí.

Creo que, si consiguiera grabarle, estaría todo el día escuchándola .

Vivo en una nube constante, desde que estoy con él.

Quince minutos más tarde, estoy entrando en el despacho de Gregory.

—Hola Patricia. No te esperaba tan pronto.

—Hola. Estaba nerviosa con tu llamada y no podía esperar más para hablar contigo.

—Lo siento. No quería alterarte. Respira chiquilla, que todo está bien. Lo que tengo que decirte es algo bueno.

—Me quitas un peso de encima. Creía que me ibas a decir que había habido algún problema con mis prácticas.

—En absoluto, ya te lo dije cuando te marchaste. Los alumnos se quedaron encantados contigo, los profesores hablan maravillas de ti y yo también. Por eso te he citado.

Quiero ofrecerte un puesto en el colegio.

Nos falta una profesora de infantil para este año y he pensado en ti. Tendríamos que hablar de las condiciones, horarios... en fin, todas esas cosas. No es lo mismo hacer unas prácticas, que trabajar en el colegio. ¿Patricia? —Soy incapaz de reaccionar. ¿De verdad me está ofreciendo trabajo?

—¿Hablas en serio Gregory?

—Por supuesto que sí. Yo no bromeo con estos temas.

—¡No me lo puedo creer!

—Sé que no me equivoco en mi elección. Espero mucho de ti Patricia y sé que eres la mejor candidata para el puesto.

—No te imaginas como te agradezco que hayas pensado en mí y lo que eso significa.

—Claro que lo sé.

—Estoy encantado con que formes parte de mi equipo.

Solo hay un pequeño inconveniente y es que tendrías que incorporarte en junio. La antigua profesora se marcha, y tenemos que planificar todo para septiembre. ¿Crees que habría algún problema?

—Claro que no. Lo único que tengo que avisar en mi trabajo, pero no hay problema. Puedo estar aquí cuando quieras.

—Estupendo entonces. Hablemos de las condiciones.

Gregory me explica detalladamente todo. El tipo de contrato, lo que voy a tener que hacer, horarios, tareas; todo. Pero no me importa en absoluto. ¡Soy feliz! Por fin se cumple mi sueño de ser profesora. ¡No podría estar más contenta!

Una hora más tarde salgo del despacho de Gregory y lo primero que hago es llamar a Oliver, para contarle la noticia. Es en la primera persona que pienso cuando salgo de allí.

Le hago un pequeño resumen de todo y le invito a cenar esta noche. ¡Estoy tan feliz que quiero compartirlo con él!

Se alegra por mí y acepta la invitación sin ninguna pega.

Cuando cuelgo llamo a Laura para contárselo y la oigo chillar por el teléfono. No sé quién está más contenta, si ella o yo.

La tarde pasa muy rápido. Cuando salgo de trabajar, me quedo un rato hablando con mi jefa y le cuento lo del trabajo. Le digo que no voy a poder seguir allí, pero que la doy tiempo para que pueda buscar a alguien y que la podamos enseñar la tienda entre las dos.

Se lo debo. En estos años, se ha portado muy bien conmigo. Más que jefa y empleada, somos amigas.

Me dice que le da mucha pena que me marche, pero que entiende que es

mi sueño y que tengo que luchar por él.

A las diez llego a casa, me ducho, me visto y llamo a Oliver.

—Vecino. Estoy lista para cenar.

—Te recojo en el descansillo.

Cuando salgo y le veo, tengo que sujetarme la boca. No quiero que vea como se me cae la baba.

Lleva unos chinos grises y una camisa blanca, con uno, dos, ¡Dios mío! Tres botones desabrochados. Puedo verle parte del torso. Ese que, por las noches, me gusta tanto acariciar, antes de quedarme dormida.

Lleva el pelo muy peinado, los pequeños reflejos rubios, le hacen todavía más atractivo.

No se ha afeitado, pero esa barba de dos días, le hace demasiado sexy.

No tengo muy claro si aguantaré toda la cena sin tocarle un pelo.

—¡Estás preciosa!

—No tanto como tú. Vas muy elegante.

—La ocasión lo merece, ¿no? Tenemos mucho que celebrar.

—Eso parece. ¿Nos vamos?

—Claro.

Salimos. Esta vez nos vamos en taxi.

Cenamos en un restaurante cerca del centro. La cena es espectacular y la compañía inmejorable.

Charlamos durante horas, reímos, nos besamos, nos abrazamos.

Dos horas más tarde, nos hemos tomado tres ginebras cada uno. Él parece no afectarle, pero yo empiezo a sentir ese *mareillo* tonto. Decido dejar de beber, y nos vamos a casa.

Cuando llegamos, no encuentro ni las llaves del portal.

—Vecina. Estás borracha. Menos mal que tienes a alguien que te protege.

—¿Tú eres mi protector?

—Sí.

—Me gusta. Puede que beba más veces.

—Estás muy graciosa.

—Gracias. ¿Podrías sacar tus llaves? Voy a volverme loca si sigo buscando.

Entramos al portal y subimos al ascensor. Me pega contra la pared y me besa.

—Estoy borracha.

—¿De verdad? —reímos. ¿Quieres quedarte a dormir en casa?

—¿A dormir?

—Sí. Aunque antes tenemos otras cosas pendientes.

—¡Cierto! Tienes que cantarme una canción. ¿Ya sabes cuál va a ser?

—Sí. Una especial para ti.

—¡Qué suerte tengo! Entonces vamos.

Entramos a su casa. Me quito los zapatos. Él también. Se quita la camisa y me coge la mano.

—Ven. Siéntate aquí. Me sube a horcajadas al piano, mientras que él se sienta.

—Desde aquí se ve todo diferente.

—Me hubiera gustado que no estuvieras borracha, pero espero que nunca olvides esta canción.

Le escucho atentamente. Comienza a tocar el piano y no puedo despegar mis ojos de sus manos, hasta que comienza a cantar y el corazón se me dispara.

Nunca pensé que con tal solo una sonrisa, alguien pueda descolocar mi mundo. Tú lo hiciste.

Me hiciste comprender lo equivocado que estaba. Encontrando contigo esa felicidad que tanto anhelaba, esos momentos que creí perdidos y que tú me has vuelto a dar.

Puede que solo sea un loco enamorado, pero la única verdad, es que te quiero a mi lado. No a un metro, no a un lado. En mi cama, despertando cada mañana, a mi lado. Tú eres lo mejor que me ha pasado.

No sé qué me deparará el mañana, pero no quiero amanecer sin tu sonrisa, sin tu pelo en mi almohada.

No quiero despertarme lejos de ti y pensar que no arriesgué, que me rendí, por miedo a perder.

Quiero pensar que esto no se va a acabar, que cada noche vas a estar a mi lado, deseándome buenas noches y diciéndome te amo.

Puede que solo sea un loco enamorado, pero la única verdad, es que te quiero a mi lado. No a un metro, no a un lado, en mi cama, despertando cada mañana, a mi lado. Tú eres lo mejor que me ha pasado.

La canción termina y sin poderlo remediar, las lágrimas, comienzan a caer por mis mejillas.

Nunca había escuchado esta canción, pero me parece preciosa.

Se acerca a mí y me acaricia las mejillas.

—¿Por qué lloras?

—Porque es preciosa. Nunca la había escuchado. Dice tanto...

—No la has podido escuchar, porque la he compuesto para ti.

—¿Para mí? ¿Tú?

—Sí. Bueno suelo componer y también canto. Hago algunas cosillas.

—¿Eres cantante?

—Se puede decir que sí.

—¡No lo imaginaba! Tampoco imaginaba que pudieras componer una canción para mí.

—Tú eres mi inspiración. Llevaba mucho tiempo tratando de componer algo y no conseguía nada, pero estando tú a mi lado, las cosas parecen mucho

más sencillas.

—No sé qué decirte. Me parece increíble. Nunca nadie me había cantado. Tú fuiste el primero y ahora vuelves a hacerlo. Además me compones una canción. Creo que tenemos un problema, Oliver.

—¿Cuál?

—Me estoy enamorando de ti.

—Entonces tenemos dos. —Mi cara es un poema. ¿Dos? Ahora es cuando me dice que no soy correspondida.

—Yo también lo estoy de ti. — Se acerca a mí y me besa.

En ese momento, los dos comenzamos a guardar recuerdos. Yo una canción y él hacerme suya en el piano.

Creo que ninguno de los dos, olvidará nunca esta noche.

A la mañana siguiente, me despierto y Oliver no está a mi lado, voy al salón, pero me detengo, cuando le escucho hablar por teléfono.

—Ya lo sé Fran. Para mí no está siendo fácil. Tú me conoces, sabes cómo trabajo.

Necesito algo más de tiempo. No puedo volver todavía.

No te voy a fallar. En estos años, no lo he hecho. Hablaré con Andrés. Puede que la semana que viene vuelva a Barcelona. —Esa última frase me mata. ¿Volver? ¿Tan pronto? ¿Con quién habla? ¿Por qué su voz suena tan preocupada?

Cuando cuelga, yo salgo cómo si nada.

—Buenos días.

—Buenos días, vecina. ¿Qué tal has dormido?

—Estupendamente, como siempre que lo hago contigo. —Me besa.

—¿Todo bien? —pregunto.

—Sí. Problemas de trabajo nada más. No quiero aburrirte. ¿A qué hora entras a trabajar hoy?

—A las tres. Creo que va siendo hora de que me vaya a casa. ¿Nos vemos

luego?

—Esta noche no estaré por aquí. He quedado con mi amigo para cenar y creo que la cosa va para largo.

—No pasa nada. Hablamos mañana entonces.

—Hecho. —Se acerca a mí y me besa. Me voy de su casa con una sensación un tanto extraña. Está más serio de lo habitual conmigo.

Esa noche no sé nada de él, ni un triste mensaje, ni una llamada: nada, pero es que los días siguientes, no son mucho mejor.

Salgo a la terraza y ya no le veo. No me llama, no me escribe y para colmo, llevo tres días haciéndolo yo y solo sabe darme largas.

Me dice que no puede quedar, que está liado con cosas del trabajo, no me coge el teléfono...

¿Qué ha ocurrido? Parecía que todo iba bien entre nosotros, pero parece ser que las cosas han cambiado.

Han pasado más de cinco días y ni siquiera he conseguido verle, ni tan siquiera un segundo por la terraza. Parece que se lo hubiera tragado la tierra.

Esa noche, no aguanto más y rompo a llorar. Le pongo un mensaje, sabiendo que no me contestará.

00:45 Vecina

Hola Oliver. Llevo más de una semana detrás de ti, no te dejas ver. No he vuelto a saber de ti, no me llamas y cuando te digo de vernos, siempre tienes una excusa.

No sé qué haya podido pasar, pero creo que las cosas se hablan. No se deja de hablar a alguien, sobre todo, a alguien a quien le has dicho que estás enamorado.

Si todo era una artimaña, para follarme en tu piano; ¡Felicidades! Objetivo conseguido, pero no esperes volver a saber nada de mí.

Lo mando, y rompo a llorar desconsoladamente. Nunca pensé que las cosas entre nosotros fueran a acabar así.

Nunca debí decirle que me estaba enamorando de él. ¿Por qué no hice caso a Laura?

Ella me dijo lo que iba a pasar, y no quise escucharla.

Esa noche trato de dormir, pero no lo consigo, así que decido salir al balcón, para tomar el aire.

Para mi suerte, oigo voces en la terraza de Oliver. Me acerco despacio y me coloco justo detrás de la pared, para que no puedan verme y pongo la oreja.

—Tienes que olvidarte de ella macho. ¿Has pensado que esa tía puede joderte la carrera que tanto tiempo llevas esperando? ¿Cuántas veces hemos hablado de esto? Las mujeres, solo traen problemas. —Escucho como el amigo de Oliver le dice esas palabras y me quedo esperando su respuesta.

—Ella no es cómo las demás. Ni siquiera sabe quién soy.

—Todas son iguales. Buscan fama y dinero. Cuando lo tienen, te despellejan vivo y acabas saliendo en los programas de corazón. ¿De verdad quieres eso?

—No.

—Entonces, céntrate y olvídate de ella. Habéis echado cuatro polvos, alégrate por ello y fuera. Ahora lo importante es tu carrera y que vuelvas a ser el de antes.

—Supongo que tienes razón. —Trato de contener las lágrimas, pero no puedo. ¿Qué ha pasado? ¿De qué están hablando? ¿Quién es Oliver y por qué habla así de mí su amigo?

No sé cuál es el motivo, pero lo que sí sé es que no quiero seguir escuchando.

Salgo despacio, pero justo, cuando estoy a punto de entrar en el salón, me tropiezo y tiro la mesa. ¡Mierda! Se oye un estruendo. Veo que Oliver se asoma y me llama.

—¿Patricia? ¿Estás ahí? —Salgo cómo puedo y cierro la puerta. ¡A salvo!

No había otro momento, para que se callera la mesa.

Mi móvil comienza a vibrar: es Oliver.

¿Ahora si me llama? Ahora no quiero hablar con él.

Sigue insistiendo un buen rato y después, me escribe un mensaje.

02:15 Vecino

Necesito hablar contigo. Por favor, cógeme el teléfono.

Sigue insistiendo, pero no lo cojo. Ha tenido una semana para ponerme un mensaje, una llamada o tan solo decirme que no quería nada más conmigo, que enturbio sus planes. Aunque sigo sin comprender que planes son esos. Me da igual. Ya no necesito que me cuente nada.

Por el único motivo que me llama, es porque le preocupa que haya oído la conversación con su amigo. Nada más.

Laura me para por el pasillo. —¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes. Se me pasará.

—¿Qué te ha hecho ese imbécil?

—No quiero hablar ahora. —Vuelven a caer mis lágrimas. Laura me abraza.

—No hace falta que te diga que puedes contar conmigo para lo que quieras.

—Lo sé, pero ahora solo quiero estar sola. —Me voy a mi habitación y trato de soltar todo el dolor que llevo dentro. ¿Por qué he caído en este juego?

Solo yo tengo la culpa de ello.

Alguien llama a la puerta de la habitación. Chillo desde dentro, entre sollozos. —Estoy bien Laura, no te preocupes. —La puerta se abre y me asombro al ver quién es.

—Lo siento Patri. Ha insistido en hablar contigo. Os dejo solos. —Oliver pasa a la habitación y cierra la puerta. Trata de acercarse a mí, pero se lo impido.

—No sé qué haces aquí, pero no quiero volver a verte. Has tenido una semana para venir a hablar conmigo, aunque solo hubiera sido para decirme que no querías volver a verme, pero no lo has hecho.

—No lo he hecho, porque no es eso lo que quería. He tenido muchos problemas y necesitaba estar solo.

—¿Tan graves son esos problemas, que ni siquiera has podido ponerme un mensaje para decirme que no podías hablar conmigo?

Llevo una semana pensando en que ha podido pasar, para que hayas pegado un cambio tan radical. Una semana pensando en que podido haber hecho mal, llorando, justo lo que prometí que no haría.

—Solo quiero explicarte...

—No necesito que me expliques nada, Oliver. Para mí, todo está muy claro. Tu amigo ha sido muy claro. Parece que soy un impedimento para tu carrera, por cierto, de la que no sé nada, porque no has sido capaz de contarme a que te dedicas en realidad.

—Yo...

—Escucha, Oliver: no quiero saber nada más de ti. Has pasado de serlo todo, a no ser nada. No quiero ser un obstáculo en tu carrera, ni tampoco quiero que tú lo seas en mi vida.

Sal por esa puerta y nunca más, vuelvas a buscarme. —Agacha la cabeza, me mira y me dice:

—Te estás equivocando y no sabes cuánto.

Sale de la habitación, y yo cojo aire. No sé de dónde he sacado tantas fuerzas, para decirle todo lo que llevaba dentro.

Laura vuelve a entrar.

—¿Estás bien? —pregunta. Cuando lo hace me derrumbo. Se acurruca junto a mí y me abraza.

No hace falta que me diga nada, ni yo a ella. A veces, los brazos de una amiga valen más que cualquier palabra.

4 En el foco

Es evidente, que después de escuchar a Oliver, paso unos días horribles.

A veces, le veo por la terraza, pero evito salir. Supongo que me busca, pero después de lo que ha ocurrido; no quiero verle.

Pero la vida siempre se guarda algún regalo, para dártelo en el momento adecuado, y es precisamente eso, lo que ha hecho conmigo.

Días más tarde.

—¡Patricia, Patricia! ¡Levántate! ¡Joder! ¡Lo sabía! ¡Sabía que le conocía de algo! —Laura entra gritando en la habitación. Abro los ojos y la increpo.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿A que vienen tantas voces?

—Agárrate, porque cuando lo veas, te vas a quedar tiesa.

—Quieres decirme ya que pasa. —Me acerca una revista, la cojo y lo primero que veo es una foto mía y de Oliver. ¿Qué significa esto?

—¿Qué es esto?

—Lee lo que pone, porque no tiene ningún desperdicio. —Leo lo que han escrito a pie de foto.

Pillamos a Oliver Betancour de vacaciones por Madrid, con su nueva conquista. Una madrileña muy guapa, que no parece importarle la distancia con el cantante.

¿¿Cómo?? ¿¿Cantante?? ¿¿Nueva conquista?? ¿Qué significa todo esto?

—¿Qué es esto Laura?

—Es lo que ves. Te dije que me sonaba su cara, no sabía de qué. Pero ahora ya lo sé. Le he visto en alguna revista y en la televisión. Nuestro querido vecino es famoso amiga.

Creo que deberías de seguir mirando dentro, porque no te va a gustar nada lo que han puesto.

—¿Todavía hay más?

—Por supuesto que sí. —Paso las hojas de la revista, hasta que veo de nuevo otra foto nuestra. Es del día que estuvimos comiendo. Tomaron fotos en el restaurante y hay otra que salimos besándonos y tumbados en el Retiro. Continúo leyendo.

Parece que el joven, que lleva varios meses sin sacar single, se está tomando un descanso en Madrid. Hacía meses que no le veíamos con compañía femenina, pero parece que no pierde el tiempo.

Hemos podido ver a la feliz pareja, disfrutando de una comida por el centro y después muy acaramelados en un parque muy conocido de Madrid. Parece que el corazón de nuestro cantante favorito, ya está ocupado y nada más y nada menos que por una profesora de Educación Infantil. Una chica humilde, que trabaja en una tienda del centro y que este año dedicará su vida a los más peques.

Parece que Betancour no pierde el tiempo. ¿Será este su romance definitivo? ¿Se estará planteando cambiar su residencia a Madrid para estar con su nueva pareja?

Tendremos que esperar para poder contestar a todas estas preguntas.

—Pero...

—¿Qué cómo se han enterado? Esta gente lo sabe todo y si no, se lo inventa.

—Pero ¿cómo saben lo del cole? Solo lo sabéis...

—Oliver.

—¿Crees que ha sido él, el que ha montado todo esto?

—No lo sé. Tú le conoces mejor que yo. Yo solo te digo que cuando los *famosetes* están de capa caída, hacen este tipo de cosas.

—¡Me va a oír! —Cojo la revista y salgo como un toro.

—¿Dónde vas?

—A que me explique que es todo esto. No pienso consentir que empiecen a seguirme y arruinen mi trabajo. Tiene que solucionarlo.

Llamo a la puerta y tarda un poco en abrir.

—Hola, Patricia. ¡Qué sorpresa!

—¿Puedo pasar? —le digo con voz de enfado.

—Por supuesto. —Cuando cierra la puerta, le tiro la revista en la cabeza y le digo:

—¿Puedes explicarme qué coño es esto? ¿Esto era lo que querías? ¿Salir en la tele y volver a ser el cantante de moda? —Su cara se descompone.

—¿De qué estás hablando?

—¡No te hagas el tonto! ¡Lo tenías todo planeado!

—Siéntate, por favor y explícamelo.

—No soy yo la que tiene que dar explicaciones. —Se sienta en el sofá y mira la revista.

—¡Joder! ¿Cómo ha podido pasar? —Parece sorprendido de verdad.

—¿De verdad no lo sabes?

—¿Crees que te engaño? No sabía nada de esto.

—Lee lo de adentro, porque desde luego, no tiene ningún desperdicio. —Hace lo que le digo. Y cuando termina, se hecha las manos a la cabeza.

—Lo siento, Patricia. Te juro que no tenía idea de esto. Necesito que me creas, por favor.

—¿Qué te crea? ¿A quién? ¿Al hombre que lleva más de un mes engañándome? ¿Diciéndome que su vida es complicada, que me compone canciones, que me canta al piano, pero que no me dice que es un cantante famoso?

—No quería que me trataras diferente. Si hubieras sabido quien soy, hubieras salido huyendo.

—Eso no lo sabes. Y no tenías ningún derecho a engañarme. ¿Querías fama y por eso salías conmigo? —mis lágrimas comienzan a salir, sin poder evitarlo. Él se levanta del sofá, se acerca a mí y con sus dedos, suavemente las limpia de mis mejillas.

—Escúchame, Patricia, puedes creerme o no, pero yo jamás he estado contigo por fama. Puede que te suene chulesco, pero no la necesito. Hace muchos años que la tengo.

Soy un cantante muy reconocido, incluso al principio pensé que solo querías jugar conmigo, porque era imposible que no supieras quién era.

Me vine aquí porque llevo meses sin poder componer nada decente, necesito un poco de desconexión y lo que menos imaginaba, es que iba a encontrarme contigo. Era lo último que esperaba. Enamorarme de mi vecina de al lado. —Sus palabras se clavan en mí. ¿Enamorado? ¿Cómo que enamorado?

—No tienes que justificarte, ni decir cosas que no son.

—Estoy enamorado de ti, Patricia. He tratado de evitarlo, pero no lo he conseguido. Me alejé de ti, porque mi vida es muy complicada. No es fácil estar con alguien como yo. Ahora lo entenderás mejor.

Lo que ha pasado, es justamente lo que yo trataba de evitar. Que pudieran relacionarte conmigo y no porque me avergüence de decir que estoy enamorado de ti, sino porque van a empezar a perseguirte, a hacerte fotos, a hablarte de mis otras parejas, a esperarte en el trabajo...

No quiero eso para ti. Ya lo he vivido y tú me importas demasiado para darte esa vida.

Sé que he sido un egoísta que debí decirte quien era desde el primer momento, aunque tú no me reconocieras, pero cuando empezamos a salir, a tontear por el balcón, me dio miedo perder eso que estábamos empezando. No quería perderte.

La semana pasada, tuve muchos problemas, por eso ni siquiera contestaba a las llamadas, los productores, me están apretando las tuercas. Necesitan algo mío ya y puedo que te suene tópico, pero cuando empecé a estar contigo, volvió mi inspiración, comencé a componer, pero volvieron a apretarme las tuercas y me di cuenta de que yo no podía tenerte siempre engañada. No podía vivir una vida, que, aunque me gusta, sé que no es la mía.

La realidad, es que no puedo salir a la calle, sin que alguien me reconozca.

Soy muy reservado en mi vida privada. Nunca he dado una entrevista hablando de ella y si me han pillado con alguien, es porque era mi pareja y porque llega un momento Patricia, que tienes que vivir, eso o te vuelves loco.

Siempre he querido que se reconozca mi trabajo, pero he tenido que dejar

muchas cosas atrás, para cumplir mi sueño.

Un sueño que es mío y que la persona que esté conmigo, tiene que respetar, pero sé no es justo que nadie sacrifique su vida por nadie.

No quiero que pienses que lo que hemos vivido no ha sido real. Porque no es cierto. Me encanta estar a tu lado, tenerte cerca, besarte, abrazarte, verte sonreír, asomarme a la terraza y saber que estarás ahí para alegrarme el día, pero también sé que no puedo joder tu vida de esta manera.

Te quiero, pero no quiero verte sufrir. —Sus palabras estremecen mi corazón. Puede que ya no esté tan enfadada. —Me siento en el sofá y suspiro.

—Siento lo de las fotos y siento que hayan averiguado todo. A veces, no sé cómo lo hacen para descubrir las cosas.

—No entiendo cómo han descubierto lo del colegio. Es algo que solo sabe la gente muy cercana.

—Sé que dudas de mí, pero yo jamás les daría ninguna información tuya. Jamás te perjudicaría.

—No esperaba algo así. Nunca imaginé verme en las revistas, como tampoco pensé salir con un cantante famoso y mucho menos sin saberlo.

—Lo siento. Debí decirte la verdad.

—Eso hubiera sido lo mejor. —Suena el timbre. Oliver va a abrir. Laura aparece con mi móvil sonando.

—Te lo traigo porque es tu madre. Ha llamado más de cuatro veces. — Laura me lo da, y vuelve a irse.

—Hola mamá.

—¿Hola mamá? ¿Eso es todo lo que tienes que decirme, después de que has salido en las revistas? ¿Desde cuándo estás con ese cantante?

—Tranquilízate mamá.

—¡No me tranquilizo Patricia! ¿Sabes lo que va a pasar cuándo se entere tu padre?

—No sabía que podía salir en las revistas mamá. Los cantantes también se enamoran de gente normal. —Miro a Oliver de reojo.

—No nos cuentas nada hija.

—No había nada que contar mamá. Tengo que dejarte. Tengo que arreglarme para ir a trabajar. Hablamos.

—Quiero que vengas a casa y que hablemos.

—Lo haré mamá, este fin de semana iré a veros; te lo prometo.

—Cuídate hija.

—Hasta luego mamá.

Cuelgo y me siento de nuevo. Oliver se acerca y se pone de rodillas junto a mí.

—Lamento mucho lo que está pasando. Te juro que he tratado de evitarlo, pero no he podido.

Haré lo que sea para enmendar el error.

—Lo sé. Sé que lo harás.

—Siento lo de tu madre.

—No te preocupes. Ella siempre lo dramatiza todo, pero hablaré con ella; lo entenderá.

—Parece que todo lo nuestro se tuerce.

—Eso parece. Tengo que irme Oliver, tengo que irme a trabajar.

—¿Puedo llamarte luego?

—Sí. —Me acompaña a la puerta. Parece apenado.

—Siento haber entrado así en tu casa.

—No te preocupes, estabas en todo tu derecho. Espero que no tengas más problemas por mi culpa.

Voy a casa y pienso en todo lo que ha pasado. Me siento en el sofá desconcertada, y Laura me abraza.

—¿Estás bien?

—No. ¿De verdad me he liado con un cantante famoso? ¿No había más vecinos?

—¡Ay amiga! ¡Menudo ojo tienes! ¿Qué te ha dicho?

—Que no sabía nada, que no esperaba que pasara esto, y que él no tiene nada que ver.

—¿Y le crees?

—No lo sé. Tengo la cabeza hecha un lío. No sé qué debo creer, ni que no. —Vuelvo a llorar. Esta vez porque todo esto me supera, pero también porque recuerdo cada una de sus palabras y me pregunto si puedo confiar en él.

—¿Qué ocurre? No me estás contando todo, ¿verdad?

—Me ha dicho que está enamorado de mí, que ha tratado de evitarlo, pero que no ha podido.

—¿Y por eso lloras? ¡Es genial que el cantante *buenorro* esté enamorado de ti!

—Lo sería si yo no me hubiera enamorado de él también y me aterre la idea de perderle para siempre. —Laura me abraza.

—Sabía que esto pasaría. No te preocupes. Encontraremos una solución.

Eso quiero pensar yo también. Que encontraremos una solución.

Dos horas más tarde, me arreglo para ir a trabajar, pero cuando llego a la tienda, casi no puedo entrar.

En la puerta de la entrada, hay una docena de periodistas esperando y haciéndome millones de preguntas.

No sé cuantos minutos pasan hasta que llego a la puerta, pero se me hacen eternos.

Cuando por fin llego, mi jefa echa el cierre y me hace un gesto de cariño.

—¿Estás bien?

—Sí. No esperaba esto.

—He visto la revista.

—Yo lo he visto esta mañana y casi me caigo muerta. ¿Cómo se enteran de las cosas? Saben lo del colegio, no sé cómo tienen acceso a ese tipo de información.

—Tengo que pedirte disculpas. Ayer por la mañana se presentaron dos chicas preguntando por ti, al principio pensé que eran amigas, pero conforme avanzaba la conversación, me di cuenta de que no.

Me preguntaron cuanto tiempo llevabas en la tienda, y no sé cómo, pero le dije que estaba contenta contigo, pero que pronto te marcharías. Fui yo quien dije lo del colegio.

Lo siento mucho Patri. Jamás imaginé que pudieran ser periodistas; te lo prometo. De ser así, sabes que nunca hubiera dicho nada.

—¡No me puede estar pasando esto!

—¡Cálmate! Metete en el almacén. Yo voy a llamar a la policía no pueden estar ahí. Y tú, vete a casa. Cuando estés más calmada. No puedes estar aquí, Patri.

Me meto en el almacén y cierro la puerta. Mi cuerpo tiembla por completo. Cojo mi móvil y llamo a Oliver. Descuelga rápidamente.

—¿Patricia? ¿Pasa algo? —Soy incapaz de contestar.

—Me estás asustando.

—¡No puedo con esto Oliver! ¡No estoy preparada para esto!

—¿De qué hablas? ¿Qué ocurre?

—Estoy en el trabajo, y esos periodistas no me han dejado entrar. Me han acosado a preguntas. No sé qué hacer.

—¡Mierda! ¡No te muevas de ahí!

—¡No vengas Oliver! Será peor.

—¡Crees que voy a dejarte sola con todo esto?

—Sí vienes descubrirán dónde vives y será mucho peor. No nos dejarán salir a la calle.

—Déjame solucionar a mí esto. Al fin y al cabo, he sido yo el culpable. Tú no te muevas de ahí.

Cuelga y yo sigo temblando. Las preguntas de esos periodistas me han puesto muy nerviosa. ¿Si quiero seguir con Oliver, esto va a ser lo que me espera?

Mi jefa entra al almacén. Me tiende un vaso.

—Te he hecho una tila. ¿Estás mejor?

—No. Está siendo el peor día de mi vida.

—No puedo dejar de pensar que todo esto es por mi culpa.

—No Ana, nada de eso. Tú no lo has hecho intencionadamente. No te preocupes.

—Ya se han marchado. No me ha dado tiempo ni a llamar a la policía.

—¿Se han ido?

—Sí. De repente, han desaparecido todos.

—¿Has mirado bien?

—Claro Patricia. Puedes irte cuando quieras.

—Estoy esperando a alguien.

—Voy a abrir, y a colocar algunas cosas. Puedes seguir ahí.

—Gracias Ana.

—No tienes que darlas.

Vuelve a cerrar la puerta. Mi móvil suena. Es un mensaje de Oliver.

14:30 Vecino

Mándame tu ubicación.

Se lo mando y en menos de diez minutos le tengo frente a mí en el almacén. Lo único que puedo hacer es abrazarle y llorar.

—Tranquila. Estoy aquí. No voy a dejarte sola. Esa gente son alimañas. No quiero verte llorar, por favor. Esto se me ha ido de las manos. Pero ya he mandado un comunicado y voy a emprender acciones legales con quien haga falta.

—Siento haber desconfiado de ti. Sé que no has tenido nada que ver con esto.

—No te preocupes por eso. Estás en todo tu derecho de desconfiar de mí. No he sido sincero contigo. Me lo merezco. ¿Nos vamos?

—Sí, por favor. —Salimos del almacén, me despido de Ana. Oliver me coge de la mano y me conduce hasta el coche.

—¿Y este coche?

—Un préstamo. Tengo muchos amigos en Madrid.

—¿Dónde vamos?

—A un lugar que seguro te gustará.

—¿Has tenido tú algo que ver con que se hayan ido de ahí?

—¿Tú que crees? Ser famoso también tiene cosas buenas, conoces mucha gente, que te debe algún que otro favor. —Me quedo en silencio mirando por la ventanilla.

—Siento todo lo que está pasando. ¿Entiendes ahora por qué no quería meterte en todo esto?

—¿De verdad no pensaste que podían hacernos fotos?

—¿Crees que, si lo hubiera sabido, te habría expuesto de esa manera? No, Patricia. Suelo tenerlo casi todo controlado.

Ni siquiera sé cómo se han enterado de que estoy en Madrid.

—¿No saben dónde vives?

—Puede que lo sepan, pero también saben que hay líneas que no pueden traspasar. Y lo que han hecho contigo, va a tener consecuencias. Van a rodar cabezas.

—¿Sabes quién ha sido?

—Tengo una ligera idea, pero para estas cosas tengo a mi *manager*. Él se está ocupando de todo.

—¿El qué cree que voy a joder tu carrera?

—Ese mismo. Pero tranquila, no creo que siga pensando en eso. No se lo tomes en cuenta. Es buena persona.

—Conmigo se ha lucido. Primero el día de la fiesta, y luego en tu terraza.

—No es solo mi *manager*, Patricia, también es mi mejor amigo y mi mano derecha. Sé que no es excusa, pero solo quiere lo mejor para mí. Y he

tenido varias experiencias... prefiero no recordarlas.

—¿Qué pasó?

—Que solo querían estar conmigo para salir en la tele y ganarse un buen dinero contando intimidades. Incluso inventando cosas. Por eso no confió en nadie. Siempre pienso que se acercan a mí por algún fin.

Contigo también me pasó. Creía que estabas fingiendo que no me conocías para ganar algo.

—Yo nunca haría eso. Si te hubiera reconocido, te lo hubiera dicho en ese momento. Aunque siendo sincera, no me hubiera acercado nunca a ti.

—¿No te hubieras acercado a mí? ¿Por qué?

—Porque hubiera pensado que no tenía ninguna posibilidad de que te fijaras en mí.

—¿Y por qué no?

—Porque los famosos os enamoráis de mujeres espectaculares: modelos, presentadoras, actrices...

—Parece que yo he roto con el molde. Yo no me enamoro del cartel, me enamoro de la persona. Y tú no tienes nada que envidiar a ninguna modelo. Eres espectacular, por dentro y por fuera. —Consigue hacerme sonreír.

—¡Por fin te veo sonreír!

—Hoy no he tenido demasiados motivos.

—Hoy te he dicho que estaba enamorado de ti, pensaba que eso podía hacerte sonreír. Ni siquiera me has dicho que opinas de eso. —Prefiero no contestarle.

—Ya hemos llegado. —Aparca, y nos bajamos del coche. Estamos en un sitio apartado, rodeados de naturaleza. Al fondo se ve una casita pequeña.

—Ven. Voy a enseñarte algo. —Me coge de la mano, y me lleva frente a una laguna cristalina.

—Aquí vengo cada vez que necesito desconectar. Eres la primera persona que conoce este sitio.

—¿Aquí vienes a componer?

—Sí. Cuando necesito estar solo. Pensaba que este era el único sitio donde podía encontrar mi inspiración, pero me equivoqué. También se puede encontrar en una terraza al amanecer. —Sonrío.

—Es un lugar precioso.

—Cómo tú. Por eso quería traerte aquí. Para demostrarte que voy en serio. Estos días he estado pensando mucho en lo nuestro. Con lo que ha ocurrido voy a tener que adelantar el viaje. Mis productores están muy enfadados y me gusta dar la cara.

No quiero irme, pensando que he dejado escapar lo nuestro. No quiero arrepentirme toda la vida de no haber luchado por lo que quería.

He conocido muchas chicas, pero creo que te estaba esperando a ti.

Como habrás comprobado, mi vida es como una montaña rusa. No puedo pedirte que te vengas conmigo y también sé que es egoísta pedirte que empecemos una relación a distancia.

Solo puedo decirte que te quiero, que mi corazón se parte cuando está lejos de ti y que has conseguido lo que nadie había logrado hasta ahora. Que me enamore perdidamente de ti.

No sé qué sientes tú por mí. Puede que ni siquiera creas una palabra de lo que te estoy diciendo.

—Claro que te creo Oliver. Es verdad que cuando me enteré de que me habías engañado, mi mundo se vino abajo, pero sé que eres sincero en lo que dices.

Todavía no me creo que haya estado con un cantante y ni quiera me haya enterado. Debo de parecerte la mujer más idiota del planeta.

—Me pareces la mujer más maravillosa del mundo. —Pone sus manos en mis caderas, me abraza y me besa el cuello. —¿De verdad no sospechaste nada? Puede que no lo creas, pero cuando tu amiga me dijo que me conocía de algo y no sabía de qué, me asusté, pero cuando llegué a casa, pensé que lo mejor era que supiera quien era y te lo contara.

—A Laura no se le olvida una cara y hoy cuando se ha enterado, me ha dicho que te había visto varias veces en la tele. ¿Por qué yo nunca te he visto? ¿Por qué nunca he escuchado ninguna canción tuya? ¿Vivo en otro mundo?

—No. Puede que lo de verme, sea verdad, pero de lo que estoy seguro es que me has escuchado cantar antes.

—Te prometo que no. No quiero decir que no me guste como lo haces, pero por algún motivo, no te he escuchado. —Veo que coge su móvil y se pone a buscar algo.

—Estoy seguro de que esto lo has escuchado. —Comienza a sonar una canción. Mi canción.

—¡Es Manuel carrasco!

—Sí. Ahora quiero que veas otra cosa. —Pulsa un video en youtube. En el título pone: Ahora. Manuel Carrasco y Oliver Betancour. No puedo creer lo que estoy viendo.

Cuando el vídeo comienza, me doy cuenta de que lo he visto varias veces, pero que nunca me había fijado en el chico que salía con Manuel. Puede que mi obsesión por la música de ese hombre, no me deje ver, ni a las personas con las que canta.

Le miro avergonzada.

—¿No habías visto este video? —pregunta.

—Muchas veces. ¿Puedes creer que hasta ahora no me había dado cuenta de que cantabas con él?

—Sé que no puedo competir con Manuel Carrasco.

—¡No digas tonterías!

—No son tonterías. Es verdad. Él te encanta. ¿Sabes lo que pensé el primer día que te vi en la terraza, cantando esa canción?

—No. ¿El qué?

—Que te morirías al saber que había cantado con él esa canción en varias ocasiones.

—Yo nunca hubiera imaginado algo así.

—¿Cuánto hace que cantaste esa canción con él?

—Más de tres años.

—Llevo años escuchando esa canción. Da igual si estoy triste o contenta.

Esa canción me ha acompañado en cada momento de mi vida.

—Todavía recuerdo el día que te vi en la terraza.

—¡Qué vergüenza! Suelo hacerlo mucho, y nunca me había encontrado con nadie.

—Me alegro de haber salido ese día.

—Y yo que lo hicieras. Aunque puestos a recordar, el mejor recuerdo fue cuando me cantaste esa canción. No creo que pueda olvidar ese momento nunca.

—Yo espero que nunca lo olvides. Ven. Voy a enseñarte la casa. —Me coge de la mano y entramos. Es una casa antigua por fuera, pero por dentro está decorada con un gusto exquisito.

De colores grises y blancos, jugando con ellos. En el salón, una chimenea; un toque muy romántico.

No es una casa demasiado grande. Subiendo las escaleras hay una habitación de matrimonio con un balcón y un baño en el interior en tonos crema, con una bañera redonda en el fondo.

—¿Te gusta? —me pregunta.

—Mucho. Es preciosa. Aunque pensaba que era más grande. No sé, imaginaba que venias aquí con tus amigos. Me ha extrañado cuando me has dicho que nadie sabía de este sitio.

—La compré como inversión y cuando comencé a decorarla, me di cuenta de que era un lugar que me transmitía mucha paz. Tenía que aprovecharlo.

—Es preciosa Oliver. Me alegro de que me hayas traído.

—Eres muy especial, Patricia. No sé qué has hecho conmigo, pero pienso darte todo por ti, me da igual lo que pueda perder por el camino.

—No hay porque perder nada. Solo quiero saber algo.

—¿El qué?

—¿Podremos llevar una relación normal sin que la prensa nos agobie cada vez que demos un paso?

—Trataré de que sea así. Quiero protegerte por encima de cualquier cosa.
—Se acerca a mí y sus labios vuelven a unirse con los míos. Un beso muy dulce que me hace estremecer.

El ambiente es perfecto: una casa, nosotros dos solos y esa terrible necesidad de unir nuestros cuerpos cada vez que estamos juntos; calmando nuestro fuego interior, alimentando a nuestra piel, a nuestras bocas, sedientas de besos cargados de pasión.

Estando juntos, la ropa, siempre sobra.

5 Acontecimientos familiares

Después de dos días fantásticos en la casa de Oliver, volvemos a la rutina de nuestro piso.

En estos días, nos hemos parado de salir en las noticias.

Pero eso no es nada, comparado con lo que me toca hoy.

<<Comida en casa de mis padres>>

Mi madre está indignada porque no le he dicho que era novia de un cantante. ¿Novia? De momento, creo que no soy novia de nadie.

Me siento en la terraza con un café, preparándome para lo que se me viene encima. La voz de Oliver me saca de mis pensamientos y me hace sonreír.

—Pareces preocupada, vecina.

—Lo estoy.

—¿No te has acostumbrado a salir en las revistas? —Se ríe.

—Yo sí. Los que no se acostumbran son mis padres. Hoy voy a comer con ellos y no sé ni que les voy a decir.

—La verdad.

—¿Y cuál es la verdad?

—Que tu vecino es cantante, que nos hemos enamorado y que vamos a casarnos y a tener tres hijos. —Me quedo blanca y él suelta una carcajada.

—¡Estás de broma! Mi padre querrá matarte. Va a querer hablar contigo para preguntarte si soy virgen. —Ahora es él quien se pone serio y yo me río.

—¡Me encanta tu cara de susto! —le digo.

—Creo que, por un momento, me he quedado sin respiración.

—Sí, te he notado un tono un tanto morado.

—¡No te rías de mí!

—Sé que están disgustados. No son de esos padres que se alegran de que su hija salga en las revistas. Y mi madre está indignada porque no le he

presentado a mi novio cantante.

—Eso tiene solución.

—¿Cuál?

—Me apunto a la comida.

—¿Comer en casa de mis padres?

—¡Estás loco!

—¿Qué pasa? ¿No se supone que tenemos que tener una relación normal? Dentro de eso está el conocer a los padres.

—¿No vas muy deprisa?

—¿No quieres que me conozcan?

—No es eso. Solo que... no quiero que te sientas obligado.

—Si no quisiera ir no te lo hubiera dicho. Pero...tú tienes que hacerme un favor a mí.

—¿Qué favor?

—Tienes que venir conmigo a Barcelona el lunes.

—¿A Barcelona? ¿Qué pinto yo en Barcelona?

—Tengo que ir a hablar con los productores y no quiero dejarte aquí. Quiero que conozcas mi mundo, mi casa y la gente a la que quiero.

—¿Y si lo nuestro sale mal?

—¿Por qué va a salir mal?

—No lo sé.

—No tienes que pensar en eso, nena. Nos entendemos a la perfección. Nada va a salir mal.

—¿Lo de conocer a los padres no suele ser después de un tiempo?

—Eso es cuándo uno quiere que sea.

—Entonces ponte guapo. Hoy vas a conocer a tus suegros. —Reímos.

—Estoy ansioso. ¿A qué hora quedamos?

—A las dos he quedado con ellos. ¿Quedamos a la una y media?

—¡Perfecto! Voy a ducharme. Luego te veo.

Cada uno vuelve a su casa. ¿De verdad Oliver va a conocer a mis padres ?

No puedo evitar sentirme nerviosa.

Por suerte, pronto llega la una y media.

Me he puesto un pantalón azul, con una blazer y un zapato con un poco de tacón.

Salgo a la puerta y cuando voy a echar la llave, aparece Oliver.

—¿Estás bien? —me pregunta. ¿Bien? ¿Cómo voy a estar bien hijo de mi vida, viendo lo que veo! ¡Está espectacular! Se ha puesto un pantalón chino, en un tono grisáceo y esa camisa blanca, que tanto me encanta. Hago todo lo posible por no babear delante de él, pero es que está tan sexy—¿Estás increíble! Creo que a los suegros les vas a causar buena impresión.

—Si te soy sincero, me conformo con que la hija me mire con esos ojos de deseo el resto de mi vida. —Se acerca a mí, me coge de la cintura y me besa.

—Si sigues besándome así, voy a llamar a mis padres para cancelar la cita.

—Cancélala. —Me dice con una voz muy sexy.

—Sí sigues haciendo eso, no voy a poder aguantar, ni siquiera voy a tener tiempo de abrir la puerta de casa. —Se aparta de mí. Me da un beso en la comisura y me dice:

—No te imaginas lo que me aguanto contigo. Si no hubiéramos quedado con tus padres, te hubiera desnudado aquí mismo. —Mi cuerpo arde con sus palabras.

—Si sigues mirándome con esos ojos, abro la puerta de casa y no te dejo salir en todo el día. —Sonrío, aparto la mirada y me coloco un poco el pantalón.

—Vámonos. Mi padre odia la impuntualidad.

Después de ese rato de extremo calor, llegamos a mi casa.

Mi madre al pie de la puerta nos abre y nos regala una sonrisa. Me acerco para darle un beso, y me susurra al oído:

—Es tremendamente guapo. —Sonríe.

—Hola. Soy Susana la madre de Patricia. —Se acerca a él y le da dos besos en la mejilla.

—Hola. Encantado. Oliver.

—Pasad. Están todos dentro. —Oliver me mira con cara de desconcierto, cuando oye lo de todos.

—¿Nervioso? —le pregunto.

—Puede.

—Tranquilo. Todo irá bien. —Le acaricio el hombro.

Pasamos al salón. Mi padre se levanta, le tiende la mano a Oliver.

—Hola. Soy Pablo.

—Oliver. Encantado.

—Hola hija. —Se acerca a mí y me besa.

Por el pasillo sale corriendo mi hermana pequeña. Sale a abrazarme y se queda fijamente mirando a Oliver. Amanda tan solo tiene diez años. Está en esa edad, como diría yo..., ¿complicada?

Por la manera en la que mira a Oliver, me doy cuenta de que sabe perfectamente quien es.

—Amanda, quiero presentarte a alguien. Él es Oliver.

—Es Oliver Betancour. ¿Crees que no lo sé? —mi hermana me dejada helada. ¿Es norma que tu hermana de diez años conozca a tu novio cantante y tú, hayas tardado semanas en darte cuenta?

Oliver se acerca a ella.

—Encantado Amanda.

—¿Me firmarás un disco?

—Por supuesto. ¿Alguno en especial?

—Sí. Bajo tu alma. —¿Bajo tu alma? ¿Desde cuándo mi hermana pequeña escucha ese tipo de música? Y lo más importante, ¿desde cuándo tiene un disco de Oliver?

—Te lo firmaré encantado. Además, te mandaré algo especial.

—¿De verdad?

—Por supuesto.

—¡Mis amigas del cole van a flipar! —¡Dios mío! ¡Mi hermana habla como una adolescente ya!

—Vuelve a salir corriendo hacia la cocina y Oliver y yo avanzamos al salón.

—¿No te da vergüenza que tu hermana me conozca más que tú? —me dice casi en un susurro.

—¿Vergüenza? Sí, pero por ella. Se está convirtiendo en una adolescente y solo tiene diez años.

—Pero me conoce. Ya tengo una fan en tu familia.

—No. En realidad, tienes dos. Pero yo soy la número uno. —Sonrío.

Creo que va siendo hora de que escuche alguno de tus discos, también existe la posibilidad de que me hagas un directo, ¿no?

—Podríamos negociarlo. —Reímos.

La comida se convierte en un rato entretenido y divertido.

Parece que mi padre y Oliver congenian bastante bien, mientras que mi madre y mi hermana, babean descaradamente, pero ¿qué las puedo decir? Yo también lo hago.

Aún no me creo que esté sentado aquí, con mis padres, después de haberme enterado de que es un famoso.

Solo espero que su vida profesional, no acabe con lo nuestro.

Quiero ser capaz de dejar todo de lado y centrarme solo en lo importante que es que nos queremos.

Cuando nos vamos mi padre me abraza y me dice al oído:

—Me gusta este chico. No lo dejes escapar. —me sonrío, yo le devuelvo el gesto. Sé que mi padre habla con sinceridad.

—Gracias por todo. La comida estaba fantástica, pero la compañía ha sido todavía mejor. — dice Oliver.

—Gracias a ti. Espero que vuelvas pronto.

—Seguro que sí. Te mandaré lo que te he prometido Amanda. —ella le sonrío.

—Gracias por la comida mamá. Te llamo esta noche.

Me voy de casa con la satisfacción de saber que Oliver ha entrado con buen pie en la familia.

—¿Relajada? —me pregunta.

—Sí. ¿Por qué lo dices?

—Estabas tensa desde que entramos. Sé que estabas preocupada por saber si les caería bien a tus padres. Todo ha ido bien, ¿no?

—Sí. Todo perfecto. Creo que te los has ganado.

—No te imaginas lo feliz que me siento al verte sonreír.

—Después de estos días tan complicados, no creas que es fácil. Gracias, Oliver.

—¿Por qué?

—Por todo. Por aparecer en mi vida, por venir a conocer a mis padres, por hacerme sonreír.

—Soy yo el que se siente agradecido contigo. Tú has llenado mi vida de felicidad. Gracias a ti ha vuelto mi inspiración.

—Tengo miedo de que todo esto se acabe.

—Trataremos de que eso no ocurra. Estamos bien juntos, ¿no?

—Sí.

—Entonces, eso es lo único importante.

Y eso quiero pensar. Que lo único importante es que los dos nos queramos y que porque él sea famoso, no tiene por qué cambiar nada.

6 Viajando

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —pregunta Laura.

—Sí. Quiero conocer su mundo, él también ha conocido a mis padres.

—No te sientas obligada a hacerlo, nena.

—No es una obligación, más bien es una necesidad.

—Te vas a meter en la boca del lobo.

—¿Por qué lo ves todo tan negativo?

—Porque sé cómo acabará todo esto. No vas a soportar la presión que conlleva el estar con un famoso, y él no dejará su vida por ti. Fin del cuento.

—Gracias por tu apoyo.

—Mi apoyo hacia a ti es incondicional; siempre, ya lo sabes. Pero como amiga tengo que avisarte de lo que va a pasar.

A pesar de que sé que es una locura, yo estaré ahí. —¿Por qué Laura no confía en que lo mío con Oliver pueda funcionar? —Olvidalo, ¿vale? Seguro que va a salir todo genial. —No suena convencida, pero sé que lo hace para tranquilizarme.

Cuando termino de hacer la maleta, salgo al balcón y siento cierta melancolía. Los recuerdos inundan mi mente: el primer día que vi a Oliver, nuestras charlas aquí..., ¿por qué me siento así?

Estoy segura de querer ir a Barcelona y conocer su mundo, pero tengo miedo. ¿Y si todo sale mal? ¿Y si no consigo encajar en su mundo?

No sé si estoy preparada para que lo nuestro se acabe. Laura se acerca a mí y me hace un gesto de cariño en el hombro.

—¿Estás bien? —pregunta

—Sí.

—Siento lo que te dije antes. Todo saldrá bien. Oliver es un buen tío y creo que sabrá cuidarte.

—Tengo miedo.

—Es normal, nena. Es un mundo desconocido para ti. Hace solo unos días que te has enterado de que el hombre que es tu vecino es un hombre famoso. ¡Cualquiera en tu lugar estaría aterrada!

Todo va a salir bien. Estoy segura de que él siente algo por ti, no creo que sea capaz de dejarte escapar.

—Creo que no encajo en su mundo.

—¿Qué tonterías son esas?

—Es la verdad. Él está acostumbrado a estar con otro tipo de personas: modelos, cantantes, gente de su mundo. Yo...

—Tú eres perfecta. Y si él no lo pensara, ¿crees que te hubiera invitado a Barcelona? ¡Vamos nena! ¡Va a presentarte a su familia! Y él ha conocido a tus padres. ¿Qué más pruebas quieres?

—No lo sé. ¿Y si se cansa de mí?

—Eso nunca se sabe. Puede pasarte con cualquiera.

—Tienes razón. Supongo que tengo tantas ganas de que todo salga bien, que no estoy viendo lo realmente importante y es que él quiere que le acompañe.

—¡Eso es! Disfruta del momento. Lo que tenga que pasar, va a pasar igual y no podrás evitarlo.

—Gracias.

—No las des. Eso sí, quiero una cena con algún amigo famoso de Oliver.
—Reímos.

—Eso tendrás que decírselo a Oliver, yo no manejo esos temas. —Me abraza, y después de unos días de locura, por fin siento la tranquilidad que tanto necesitaba.

Oliver

Solo quedan unas horas para viajar a Barcelona, para que Patricia conozca mi mundo y puede que, a partir de ahí, decida huir para siempre.

¿Por qué tengo tanto miedo? Me aterra pensar que le desborde mi mundo y decida irse de mi vida. Creo que no sería capaz de soportarlo.

No nos conocemos demasiado, pero es verdad que lo que siento por ella es demasiado fuerte, si no o fuera, nunca hubiera ido a conocer a sus padres. ¿Desde cuándo hago ese tipo de cosas?

Suena mi teléfono. Es Fran.

—Hola, Oliver.

—Hola, Fran. ¿Cómo va todo?

—Esperando tu llegada. Tenemos muchas cosas de las que hablar. ¿A qué hora llegarás?

—Creo que estaré allí para la hora de comer.

—Bien. Entonces reservaré mesa. ¿También viene Fran?

—Sí.

—Reservaré mesa para cuatro.

—Seremos cinco. Esta vez voy acompañado.

—¿La chica de las fotos?

—Es más que la chica de las fotos, pero hablaremos de ello cuando llegué. Te llamo cuando aterrice.

—Espero tu llamada. Buen viaje Oliver. —cuelga.

Sé que Fran está molesto conmigo. No le gustan los líos con la prensa rosa, siempre me lo ha dicho. Por eso quiero explicarle la situación. Patricia me importa, igual que me importa mi carrera y no quiero renunciar a ninguna de ellas.

A las once paso a buscar a Patricia. El camino al aeropuerto lo hacemos

en silencio. La noto distante y nerviosa. Pero no me atrevo a romper el silencio, hasta que no estamos sentados en el avión.

—Patricia, ¿estás bien?

—Sí. ¿Por qué?

—No sé. Te noto distante. Desde que hemos salido de casa no has dicho ni una sola palabra. Sé que estás nerviosa, pero me gustaría que lo habláramos. No quiero que haya obstáculos entre nosotros.

—Solo estoy nerviosa. No puedo evitarlo, lo siento.

—Lo sé. No te preocupes. Estoy convencido de que llevas días dándole vueltas al viaje, pero de verdad, todo va a salir bien. Va a ser lo mismo que en Madrid; te lo prometo. Nada va a cambiar.

—¿Estás seguro? Tú mismo dijiste que allí las cosas son diferentes, que te persiguen.

—No voy a dejarte sola. Voy a estar a tu lado. Sé que es complicado y que es un cambio para ti, pero haré todo lo posible, para que nuestra relación no se vea afectada por mi fama. No me gustaría perderte, eso es lo que más me preocupa en este momento.

—No vas a perderme, Oliver. Me gusta estar a tu lado, pero no puedo evitar sentir miedo. Este es tu mundo, pero no el mío. ¿Lo entiendes?

—Claro que lo sé. Por eso mismo, quiero que lo conozcas, que estés a mi lado y si para ti esta vida, va a ser un sufrimiento, seré yo el que se aleje de ti.

—Yo...

—¿Hay algo más? Quiero que seas sincera conmigo.

—Me da miedo pensar que no soy suficiente para ti, no sé cómo tengo que actuar, ni cómo comportarme contigo.

—¿Lo estás diciendo en serio? ¿Cómo que no eres suficiente para mí?

Soy yo el que se siente así. Eres demasiado para mí. Y no tienes que actuar de ninguna manera. Quiero que seas tú misma. La persona que me ha conquistado, no quiero que cambies nada.

Yo sigo siendo el mismo, Patricia. Contigo soy Oliver. No soy el cantante, ni el famoso, contigo puedo ser yo al cien por cien y es eso lo que

me hace feliz, saber que tú sacas lo mejor de mí.

No quiero que cambies, me gustas tal y como eres.

—Todo va a salir bien, ¿verdad?

—Claro que sí. —Aprieto su mano y me acerco a ella para besarla. —Yo siempre cuidaré de ti.

—Gracias.

No suelto su mano en todo el vuelo. Ella se queda dormida y lo único que puedo hacer es contemplarla. Es realmente guapa. No entiendo cómo puede pensar que no es suficiente para mí.

Tengo miedo de que no sea capaz de soportar mi vida y se marche. Cuando vea como son las cosas de verdad, que nos persigan durante horas, que la agobien con preguntas..., puede que no sea capaz de soportarlo.

—Patricia, despierta. Hemos llegado. —le digo.

—¿Me he quedado dormida?

—Sí. ¿Más tranquila?

—Sí. —Sé que no dice la verdad.

—Hay algo que tengo que decirte antes de que bajemos del avión. —me pongo más serio de lo habitual.

—Me estás asustando.

—Estamos en Barcelona, vas a entrar en mi mundo, vas a ver cosas que seguramente no te gusten, pero tengo que decirte lo que vas a vivir, necesito que estés preparada.

Nos perseguirán, te agobiarán con preguntas, te dirán cosas fuera de lugar y te hablarán de mis cosas del pasado. Por ningún motivo, escúchame bien Patricia, haz caso de nada de lo que te dicen, ¿entendido?

Esa gente solo trata de sacar a uno de quicio.

Nunca he hablado de mi vida privada y no será ahora cuando lo haga. Me verán contigo. Seguramente sea difícil hacer una vida normal, pero no quiero que te cohíbas por el simple hecho de que salgamos en la prensa.

No me gusta que hablen de mí, nunca me ha gustado, pero no quiero dejar

de hacer cosas contigo solo porque vaya a salir en las revistas. No quiero que salgas corriendo, pero si en algún momento, sientes que esto te sobrepasa y quieres marcharte, lo entenderé perfectamente.

—¿Esta es tu manera de darme la bienvenida a Barcelona?

—No quiero mentirte. Podría decirte que en cuanto que salgamos del avión no va a haber ningún periodista esperándonos, pero no sería la verdad.

Seguramente tendremos a mil de ellos. No quiero que te asustes. Yo voy a estar a tu lado. —aprieto fuerte su mano. Ella suspira y sé que está más nerviosa que antes de salir de Madrid.

—Habrá que bajar, ¿no?

—¿Preparada?

—Sí. —Andrés sale antes que nosotros, en menos de cinco minutos estamos cogiendo el coche que nos llevará al estudio, pero antes, la prensa se encarga de darle la bienvenida a Patricia. Veo como su cara se descompone, yo no soy capaz de reaccionar, pero Fran lo hace por mí.

—Por favor, dejarla. No va a contestar a ninguna pregunta.

—Andrés, Andrés, ¿nos puedes confirmar si Patricia es la nueva pareja de Betancour?

—No vamos a hacer ninguna declaración. Buenas tardes. —Fran coge del brazo a Patricia y la mete al coche.

Cuando vamos de camino, Andrés me mira.

—¿Todo bien, Oliver?

—Sí.

—¿Y tú, Patricia? —pregunta Andrés.

—Sí. Solo me he asustado un poco.

—Podría decirte que te acostumbrarás, pero te estaría mintiendo. —Yo soy incapaz de decir nada. Ni siquiera preguntarle si está bien. Me paso todo el camino mirando por la ventana, hasta que llegamos al estudio.

—Hemos llegado. —dice Andrés. Bajamos del coche y nos dirigimos a la puerta. Patricia está seria, pero no dice nada.

—Andrés, ¿te importa subir tú primero? Quiero hablar con Patricia

—De acuerdo, pero no tardes. Sabes que a Fran no le gusta esperar.

—Solo serán unos minutos.

Patricia me mira, pero no dice nada. —La cojo de la mano y la miro a los ojos.

—Lo siento.

—¿El qué sientes?

—No haber estado a la altura. Debería de haberme comportado de otra manera. Sé que esperabas otra cosa de mí.

—No pasa nada. Supongo que tengo que acostumbrarme a este tipo de cosas, pero me abruma todo lo que he visto.

—Lo sé. Por eso no quiero que pienses que te he dejado sola. Me he bloqueado. He visto cómo te hacían miles de preguntas y no he sido capaz de reaccionar. Lo siento, de verdad.

—No te preocupes, Oliver.

—Ahora vengo, no tardaré. —Me acerco a Marta y le pido un café. —Si necesitas algo, puedes pedirselo a Marta. Todo va a estar bien. No quiero verte con esa cara tan triste.

—No te preocupes por mí, solo estoy nerviosa. —me acerco a ella, la beso y la susurro al oído:

—Me alegro de que estés aquí conmigo.

—Yo también. —Por fin, consigo verla sonreír.

Cuando llego arriba, Andrés está sentado y Fran se pasea por todo el despacho.

—Buenos días, Fran.

—¡Vaya por fin apareces!

—¿Cómo va todo?

—¿Qué cómo va todo? ¿De verdad me estás haciendo esa pregunta?

—Por supuesto que sí.

—Va todo mal, Oliver. Cuando empezamos con esto, te dejé muy claro que no quería que tu vida personal salpicara a la profesional. Durante años lo has entendido. ¿Qué ha pasado ahora?

—Mi carrera profesional sigue como siempre.

—¿Cómo siempre? Deberíamos de haber sacado un disco y no tenemos nada. ¡Ni siquiera podemos rellenar con duetos! Necesito algo nuevo y fresco y lo necesitamos ya.

Te mandé de vacaciones, pensando que necesitabas tiempo, y resulta que mientras que yo estaba preocupado por ti, tú andabas revolcándote con una chica por los parques de Madrid.

—¡No te voy a consentir que sigas hablándome así! Si no estás contento conmigo, cojo mis cosas y me largo.

—Vamos a tranquilizarnos todos un poco, ¿de acuerdo?

Estáis muy nerviosos y hay muchas cosas que solucionar. —dice Andrés.

—¡No voy a consentir que me diga que me he ido a Madrid a revolcarme!
—digo.

—Puede que no haya estado muy acertado con el comentario, pero me sienta mal que no pongas atención a tu carrera.

—¿Cuándo he descuidado mi carrera? ¡No he vivido para otra cosa Fran! Solo necesitaba un respiro y cuando lo he tenido, has tenido tu resultado: he empezado a componer de nuevo.

—¿Crees que puedo sacar un disco con un tema?

¡Ponte las pilas, Oliver! Y si aceptas un consejo, No te metas en líos de faldas. Conoces perfectamente a la prensa y si no quieres tener problemas, deberías de ser más cuidadoso.

—¡No te metas en mi vida privada, Fran!

—Dame resultados y no lo haré.

—¿Algo más que decirme? ¿O puedo irme?

—¿A dónde te vas? He reservado para comer.

—¿Crees que voy a sentarme contigo y con la que crees que me distrae en

mi trabajo?

—No te confundas, Oliver. No tengo nada en contra de la chica. Ni siquiera la conozco. También sé cómo es la prensa. Solo te he pedido que tengas cuidado.

No creo que sea beneficioso para ti que te vean con nadie, pero es tu vida privada. Solo tú puedes manejarla, pero sé que en esto estará de acuerdo conmigo Andrés. —Él asiente.

Antes que tu productor, soy tu amigo.

—Entonces, no me cuestiones.

—Trato de aconsejarte. Llevo años en este mundo y sé mejor que tú, como funciona todo esto.

¡Venga! Quiero conocer a esa chica. Si es tu fuente de inspiración, entonces es que es buena. —Me da una palmada en la espalda, y yo consigo relajarme.

—¡Estás muy tenso, macho! Hasta con ella. Tienes que relajarte. Eso es que no follas lo suficiente. ¿Te tiene castigado? —me dice Andrés.

—¡Vete a la mierda! —Fran y él se ríen.

—Tendremos que tener una charla con ella, ¿no Andrés?

—¡Dejaros de tonterías! —Salimos del despacho y nos vamos abajo. Allí está ella, hablando con Marta, más relajada y sonriendo. Así es como me gusta verla. Me acerco a ella la cojo del brazo suavemente y la sonrío.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Sí. Marta es muy agradable. ¿Y tú? ¿Todo bien?

—Sí. Ven, quiero presentarte a alguien. —Nos acercamos a Fran.

—Fran, ella es Patricia, una amiga. Patricia, él es Fran, mi productor.

—Encantada.

—Igualmente, Patricia. No me extraña, que está mujer sea tu fuente de inspiración, es realmente preciosa. —Patricia se sonroja.

—Gracias.

—No tienes que avergonzarte, Patricia. Es la verdad. ¡Vámonos a comer!
—dice Fran.

—¿Dónde vamos a comer?

—A *Lexter*, al lado del puerto. ¿Cómo vamos? —pregunta Fran.

—Yo puedo irme contigo, Fran, así podemos hablar de algunas cosas.

—Me parece bien.

—Nosotros nos iremos en el coche. Después quiero ir a casa para poder dejar las maletas y coger mi coche.

—Perfecto. Nos vemos allí entonces.

Patricia y yo nos montamos en el coche, le pido al chofer que baje la ventanilla, y ponga la música delante para que podamos hablar.

—¿Bien? —pregunto.

—No lo sé, dímelo tú.

—No sabía que, para ti, solo era una amiga.

—¿Le has dado importancia a eso? Solo ha sido un comentario.

—No, Oliver. Ha sido mucho más que eso. Entiendo que no quieras presentarme cómo tu novia, pero ¿de verdad soy tu amiga? ¿Es así cómo quieres que me vea la gente?

—¡Estás sacando las cosas de quicio! Solo ha sido una presentación. Si te quedas más a gusto, ahora cuando le vuelva a ver, le digo que eres la tía con la que me acuesto.

—¡Sí, mucho mejor! ¡Me quedo con lo segundo sin ninguna duda! ¡Eres un idiota!

—¿Podrías dejarme en un hotel?

—¿Qué estás diciendo? Vamos a ir a comer.

—¿De verdad piensas llevar a una comida a una tía con la que solo te acuestas?

—¡No tengo ganas de discutir! Quiero que me acompañes, pero si no quieres hacerlo, no puedo obligarte.

—No te preocupes. No voy a quedar mal con Fran. Te acompañaré.

No vuelve a dirigirme la palabra en todo el camino.

Puede que no haya estado muy afortunado mi comentario, pero tampoco sé que somos. No creo que tengamos una relación normal, ni que podamos definirnos como novios.

Mi viaje a Barcelona está siendo de todo menos fácil.

Nada más aterrizar una jauría de periodistas me interrogaron con preguntas, a cuál más desafortunada. Si no es por Andrés, no sé si hubiera sido capaz de llegar al coche.

Y para colmo, Oliver me presenta como su amiga. Me ha sentado mal, pero en el fondo, no puedo reprocharle nada. Ni siquiera sé que somos. Nos acostamos, compartimos cosas juntos, ha conocido a mis padres, pero creo que para él es demasiado pronto para llamar a lo nuestro, relación.

No tengo ninguna gana de ir a la comida con ellos, pero no quiero hacerle un feo a Fran; parece un buen tío.

Aunque no me apetece, durante la comida, trato de poner mi mejor cara.

Fran es muy simpático y Andrés, en contra de lo que yo pensaba, también.

Un claro ejemplo de que a la gente siempre hay que darle una oportunidad y conocerla.

La comida se alarga hasta casi las cinco, cuando por fin, decidimos poner rumbo a la casa de Oliver.

—Me ha gustado mucho conocerte, Patricia. Espero volver a verte pronto.
—me dice Fran.

—Lo mismo digo. Gracias por la comida y por ser tan amable conmigo. Espero que podamos vernos en otra oportunidad.

—No dudes que así será.

—Yo me voy con Fran. ¿Nos vemos más tarde, Oliver? —pregunta Andrés.

—Sí. Necesito descansar un rato, pero te llamaré.

—Nos vemos luego, Patricia. —Se acerca a mí para darme dos besos y me sonrío. Ha dejado de parecerme un gilipollas o por lo menos no en el mismo grado.

Ya en el coche, Oliver vuelve a cogerme la mano.

—Creo que hoy es el día de pedirte perdón. Siento lo que te he dicho antes. No es lo que pienso. Sabes que no eres solo la tía con la que me acuerdo. Tenemos mucho más, pero tampoco sabría decirte que es.

No estoy muy acostumbrado a ponerle etiquetas a las relaciones, quizás sea porque no he tenido demasiadas.

—No pasa nada, Oliver. Supongo que ni yo misma sé lo que somos. Aunque pensé que estando aquí y habiendo ido donde mis padres...

—¿Qué seríamos novios?

—No, bueno, no lo sé.

—No sé si estoy preparado para eso, Patricia.

—Puede que sea pronto para poner etiquetas a lo nuestro, llevas razón.

Le digo eso, pero en el fondo no lo pienso. Puede que mis sentimientos hacia él sean diferentes. Supongo que, para él, el haber ido a conocer a mis padres o que le haya acompañado aquí, no significa nada.

Diez minutos más tarde, entramos en un recinto privado. Nos bajamos del coche y entramos en un ascensor, para dirigirnos a la última planta: el ático.

Cuando Oliver abre la puerta, me quedo de piedra. La casa es enorme, está llena de ventanales, por los que se puede todo Barcelona. La luz es increíble. El comedor está pintado en tonos blancos y la decoración es gris y negra. Decorada con cuadros en las paredes. Uno de ellos, llama mucho mi atención, es una silueta de una mujer desnuda, pero es preciosa.

Oliver me mira.

—¿Te gusta lo que ves?

—Sí. Es preciosa tu casa. Nunca hubiera imaginado que vivieras así. No tiene nada que ver con la casa de Madrid.

—Aquí es dónde paso el mayor tiempo posible. Y aunque es verdad, que allí tengo mucha más tranquilidad. Me encanta vivir aquí.

Todo lo que tengo es porque me lo he ganado. Me ha costado mucho trabajo llegar donde estoy, Patricia. Nadie me ha regalado nada.

Es cierto que, en este mundo para triunfar, influyen muchos factores, pero a mí me costó mucho conseguir una oportunidad, aun sabiendo que lo que

hacía era bueno.

—No puedo entender cómo es posible que seas famoso, y yo ni siquiera sepa quién eres. ¿Dónde estaba metida, mientras que tú salías en televisión y por la radio?

—Eso me gustaría a mí saber, dónde has estado metida durante todos estos años y que estaba haciendo yo sin ti. —me dice eso y me derrito al segundo. Supongo que, en este momento, seré la envidia de millones de mujeres que desearían que Oliver, les dijera lo que me ha dicho a mí.

—¿En qué piensas?

—En la cantidad de mujeres que querrían escuchar lo que acabas de decirme.

—La única que me interesa que lo escuche eres tú. Solo tú, Patricia. —Se acerca suavemente a mí y me besa. —Hoy me he comportado como un idiota.

Prometí cuidarte y no lo estoy cumpliendo. Llegar aquí me ha alterado. Lo siento.

—Deja de disculparte por todo. Estoy aquí, ¿no? Eso es lo que importa. Hoy no ha sido el mejor día de mi vida, pero supongo que habrá otros mejores.

Entiendo que no es fácil estar aquí.

—No lo es. Me hubiera gustado que todo siguiera como en Madrid, pero aquí las cosas son muy diferentes.

Esta es mi vida, Patricia. Rodeado siempre de prensa, corriendo de un lado para otro, sin tiempo para mí, teniendo mi casa, pero sin poder estar nunca en ella. A veces, me gustaría que todo fuera diferente.

—¿Y qué cambiarías?

—Ser famoso. Tener un poco de intimidad, poder salir, entrar, que la gente no se me acercara por interés, que las mujeres no me buscaran solo porque creen que pueden encontrar un filón en mí.

—Creo que todo eso lo has encontrado en Madrid. Incluso a una chica que no está contigo por quién eres.

—Lo sé. He tenido mucha suerte contigo, por eso, no me gustaría perderte.

—Tranquilo, he sobrevivido al primer día. Es un paso, ¿no?

—Es mucho más que eso. Ven, quiero enseñarte algo. —Coge mi mano y me lleva a la terraza.

Las vistas son espectaculares, pero la terraza es más impresionante aún. Está decorada con flores, hace una especie de corona y se puede leer perfectamente: Lucía. Justo al lado hay un piano, miro a Oliver que se queda callado mirando las flores, su mirada se vuelve oscura y triste. En seguida, vuelve a cogerme de la mano y me lleva al otro extremo de la terraza. Allí hay un jacuzzi enorme y al lado una piscina acabada en piedra. Puede que tenga que cerrar la boca, porque estoy alucinada con lo que estoy viendo.

—Tienes una casa maravillosa, Oliver. Eres muy afortunado.

—Puede que lo sea, pero creo que lo sería más, si tuviera con quien disfrutarlo.

—Eso podrías conseguirlo en cualquier momento. No creo que te falten pretendientes.

—No me faltan, pero no son lo que busco. Creo que las cosas las encuentras cuando no las buscas, como a las vecinas.

—Vecinas que no saben quién eres.

—Vecinas a las que les acabas gustando, aunque el primer día entren en pijama y amenazando con llamar a la policía.

—¿Algún problema con mi pijama? Fui muy educada, porque debería de haberle dado un puñetazo a tu amigo por hacerse el gracioso conmigo.

—Andrés pensaba que te estabas haciendo la interesante, que solo venías a ligar conmigo.

—Sí. En eso pensaba yo, con todo lo que tenía que estudiar.

—¿En qué pensaste cuándo me viste?

—En que eras un gilipollas por tener la música tan alta, pero que eras muy guapo.

—¡Vaya, gracias!

—Es verdad. Creo que me quedé embobada mirándote un buen rato. Traté de hacerme la dura, pero no sé si lo conseguí.

—Creo que se te dio bastante bien. Hiciste que me sintiera culpable.

—¿De verdad?

—Sí. Me pasé el resto de la noche pensando en ti.

—¿Cosas buenas?

—Sí. Y desde entonces, no has salido de mi mente. No sé qué has hecho conmigo, pero has conseguido que mi vida se vuelva una locura. Puede que solo una mujer me haya importado tanto en mi vida. —Pienso en sus palabras y siento un escalofrío. —Me gustas mucho, Patricia. No sé cuánto durará lo nuestro, pero quiero que lo que estemos juntos, sea especial para los dos. —Lo que duré esto. ¿Y cuánto va a durar? Es imposible no sentir incertidumbre al saber que lo nuestro si tiene fecha de caducidad, que el algún momento se acabará. Más pronto que tarde. —Se acerca a mí y me besa. Un beso dulce, que hace que se me olvide todo lo que estaba pensando.

Apoya una de sus manos en mi cadera y con la otra sujeta mi cara, llevándome junto a él.

Su beso se vuelve más profundo, más pasional y sus manos comienzan a hacer un recorrido por mi piel, deshaciéndose de mi ropa, poco a poco. Cuando estoy casi desnuda, reacciono.

—Oliver, no.

—¿Qué ocurre? ¿No te apetece?

—No es eso, es que estoy casi desnuda en tu terraza. Nos puede ver alguien.

—¿De verdad crees que yo haría esto si supiera que nos pueden ver?

—Oliver..., ¿tengo que recordarte lo del Retiro?

—No es lo mismo. —Se vuelve a acercarse a mí y me besa de nuevo, mordiéndome el labio inferior.

—No puedes decirme que no tienes las mismas ganas que yo. —Lleva mi mano a su entrepierna y sonrío.

—Parece que estás muy contento, ¿no?

—Lo estoy; contigo lo estoy siempre. — Me tumba despacio en el césped y sigue besándome. Pongo mis manos en su torso y voy subiendo la camiseta, acaricio cada uno de sus abdominales y sigo besándole con toda la pasión que me produce tenerle tan cerca.

Desabrocho su pantalón, meto la mano por su calzoncillo y comienzo a jugar con su miembro, su respiración se acelera, se muerde los labios y yo aprovecho para bajar y que sea mi boca la que juega y no mi mano.

Ahora es él quien está tumbado y yo llevo el control. Agarra mi pelo y puedo oír sus gemidos cada vez que su miembro roza mi boca.

Me coge de un impulso, me tumba de nuevo y me besa con fogosidad.

—Me vuelves loco. Es imposible pensar en que no vayas a estar a mi lado. —Sus labios vuelven a quemar mi piel. Mi cuerpo se deja llevar por el deseo y me olvido de que estamos tumbados en el césped de su casa. Abro mis piernas e introduce su miembro dentro de mí, un pequeño gemido se escapa de mis labios. Se acerca a mi oreja y muerde mi lóbulo.

Poco a poco sube el ritmo de sus movimientos y en cuestión de segundos, perdemos el control. Nuestras respiraciones son entrecortadas, estamos exhaustos.

Nuestros ojos se observan, puede que preguntándose lo que nosotros nos somos capaces.

Sus caricias son música para mi piel, recorre cada milímetro de mi piel y está tan cerca de mí, que puedo notar su corazón en mi pecho. Da un beso suave en mi nariz, me sonrío y se levanta para ponerse a mi lado. Todo se queda en silencio y yo me pregunto en qué estará pensando.

—Me llevas al cielo, pero me haces perder la cabeza.

—¿Por qué dices eso? —pregunto.

—Cuando estoy contigo, no pienso en las consecuencias. No hemos usado protección. No sé cómo puedo dejarme llevar de esa manera.

—Tomo la píldora y estoy limpia. Mi vida sexual no es demasiado activa. ¿Puedo estar tranquila por tu parte?

—Sí. No he tenido nunca ningún problema. No me creo eso de tu vida sexual.

—¿Y por qué no? Es la verdad. No me gustan las relaciones de ahora: acostarse con unos, con otros. Aunque no lo creas tienes ante ti a toda una romántica.

—Ya, ahora es cuando me dices que virgen hasta el matrimonio, ¿no? — le doy un manotazo.

—¡Eres un idiota! —Nos reímos.

—Así que eres una romántica...

—Lo soy. Todavía creo que encontraré a mi mitad.

—Esta bien creer en el amor.

—Parece que no lo dices muy convencido. ¿Tú no crees en él?

—No lo sé. Supongo que no ha llegado la persona que me haga creer. — Sus palabras se quedan clavadas en mi mente y de repente, me siento incomoda.

—Voy a vestirme. Estoy algo cansada y me gustaría darme una ducha. — Me incorporo y trato de buscar toda mi ropa.

Cuando estamos dentro, me deja una toalla y cosas de aseo en la cama.

—Aquí te dejo esto. Creo que no se me olvida nada, si necesitas algo más: pídemelo.

—Gracias. —Sale de la habitación y yo aprovecho para quitarme la ropa de nuevo y meterme en la ducha.

Le doy al agua fría porque necesito despejarme. Está siendo un día duro, pero además las palabras que me ha dicho Oliver no ayudan demasiado.

Tengo la sensación de que me da una de cal y otra de arena.

A veces parece que está encantado conmigo, que siente cosas por mí y otras, simplemente que soy un polvo de unos días.

Cuando termino de ducharme, me tumbo en la cama, ni siquiera pregunto si puedo dormir ahí, lo hago y ya está.

Pierdo la noción del tiempo y me despierto sintiendo sus caricias de nuevo en mi cuerpo. Abro los ojos y le veo frente a mí.

—Eres una dormilona. Pensaba que te habías ahogado. Venía con la

intención de hacerte el boca, boca, pero he visto que estabas dormida y he tenido que resistirme.

—Lo siento. Ni siquiera te he preguntado si podía dormir aquí.

—No te preocupes. Estás en tu casa. Puedes dormir donde quieras, aunque preferiría que lo hicieras a mi lado. —le miro con cara de desconcierto.

—¿Por qué me miras así?

—Porque me desconciertas. Me das una de cal y otra de arena.

—¿A qué te refieres?

—A veces siento que soy importante para ti y en otras ocasiones me haces sentir que solo soy un polvo de un rato.

—¡No digas eso! No es verdad.

—¿No es verdad? ¡Vamos Oliver! Siempre es lo mismo. Cada vez que hablamos de relaciones, de amor..., me hace sentir como si yo no fuera nada, como si no fuera capaz de hacerte sentir.

—Eso no es verdad y lo sabes.

—Ya..., puede que no busquemos las mismas cosas. —Me levanto de la cama y le digo con gesto serio:

—Será mejor que vuelva a Madrid. Creo que estoy fuera de lugar.

—¿Volver? ¿Qué estás diciendo? No quiero que te vayas.

—Creo que es lo mejor para los dos. Esto solo va a acabar de una manera y no estoy preparada.

—¿Y cómo crees que acabará?

—Tú haciéndome daño y dejándome tirada. No quiero tener que recoger mis propios pedazos.

—Eso no pasará.

—¿Puedes asegurármelo?

—No...

—Entonces me marcho, Oliver. Gracias por todo. —Mis ojos empiezan a

brillar y mis lágrimas amenazan con salir. Trato de coger aire, tengo que tranquilizarme.

Recojo mis cosas y salgo por la puerta evitando su mirada. Él se queda parado en la puerta sin moverse.

Bajo, cojo mi maleta y cuando voy a salir por la puerta, Oliver me coge del brazo.

—No puedes irte. —Su voz se quiebra.

—Lo que no puedo es quedarme. Todavía estamos a tiempo de no hacernos daño.

—¿Crees que podemos evitar eso? No puedes, al igual que yo tampoco. Te pedí que viviéramos esto sin ponerle etiquetas. Puede que para ti sea fácil, pero para mí no, Patricia.

—¿Etiquetas? Eres tú el que me presenta como su amiga, el que no para de repetirme esa mierda de que vivamos el momento y yo en lo único que puede pensar es en que algún día, todo esto se acabe.

Claro que nadie puede evitar el sufrimiento, pero en este momento, yo sí siento cosas por ti.

Estoy enamorada de ti, Oliver y no quiero sufrir.

Todavía puedo evitar que esto duela más. —Todo es silencio, aunque su mirada me dice más que cualquier palabra.

—¡No quiero que te vayas! ¡No quiero hacerte daño!

No puedes marcharte por miedo a sentir. ¿Crees que yo no tengo miedo? ¿Crees que no siento nada por ti?

¡Te equivocas, Patricia!

Siento muchas cosas por ti. Me gustas demasiado, tanto, que no soy capaz de controlarlo. Nunca he dejado que nadie entre a mi casa de esta manera y no he hecho todas las locuras que estoy haciendo por ti.

Sé que yo mismo he dicho que no quiero etiquetas, que no creo en el amor, pero si lo que quieres oír es si te quiero..., sí: te quiero, Patricia. He tratado de evitarlo, pero no lo pones fácil. Eres perfecta en todos los sentidos y no quiero tener que separarme de ti.

Me puede el miedo de pensar que no voy a volver a verte. ¿Sabes todo lo que me haces sentir?

No eres capaz de imaginarlo. Solo trato de que lo nuestro no me suponga una tragedia. Tú piensas que yo seré el que te deje, pero yo pienso todo lo contrario. Serás tú la que me deje porque no aguantará mi vida.

Te quiero, Patricia, pero tengo una vida de todo menos fácil. Ya hemos hablado de esto muchas veces. No puedo prometerte una relación, porque eso supondría tener que dejar tu vida para vivir conmigo, viajar y acompañarme a todos los lados. No puedo pedirte eso y mucho menos cuando vas a empezar a trabajar en lo que te apasiona. Lo entiendes, ¿verdad? —Las lágrimas caen por mis mejillas. —No quiero verte llorar. No lo soporto.

—Lo siento. —Se acerca a mí y me abraza.

—No tienes nada que sentir, él único que tiene que pedirte perdón soy yo. Me puede el miedo y no sé cómo tengo que actuar. No quiero perderte, pero no sé cómo lo hago que siempre lo fastidio todo contigo.

—¿Qué vamos a hacer?

—De momento dime que te quedas. Si te vas, me muero.

—Oliver, podrías tener a la chica que quisieras.

—Si es así, quédate, porque con la única que quiero estar es contigo. — No puedo evitar sonreír al oír sus palabras.

—Me encanta verte sonreír. —Coge mi mano y hace que suelte mi maleta, se acerca a mí, coloca mi pelo detrás de la oreja y me dice: —Quiero estar contigo, puede que no sepa demostrártelo, pero es lo que quiero. — Acerca sus labios a los míos y ahí estoy, de nuevo perdida entre sus brazos. Él es mi debilidad.

7 Historias ocultas

Después de mi intento de huida, todo está más tranquilo. Oliver, no ha dejado de besarme y de abrazarme. Creo que de verdad tiene miedo de que me vaya.

Lo que él no sabe es que yo no quiero irme de su lado y que, si lo hago, será porque no soportaré el dolor que pueda hacerme.

Pasamos toda la tarde en su casa y cuando llega la hora de cenar, nos vestimos para salir.

—¿Dónde vas a llevarme? —pregunto.

—A algún lugar.

—Oliver, eso no es una respuesta.

—Estás preciosa. —Se acerca y besa mi nariz.

—¿Tienes algún problema con mi nariz? —Se ríe.

—Que me encanta besarla, bueno a ella, y..., aquí. —Comienza a besar mi mejilla. —aquí también. —sigue por mi oreja, mi cuello..., suelto un gemido.

—Veo que a ti también te gusta que lo haga. —No puedo evitar sonreír. ¡Eres muy malo! Si sigues por ahí, no iremos a cenar. —recorre mi cuello con sus labios y yo trato de contenerme. Mi corazón se acelera.

—Puede que no tenga tanta hambre como para ir a cenar. —me dedica su sonrisa más malvada.

—Puede que yo si tenga hambre. —Me despego de él y le doy un cachete en el culo. —¡Vamos, tengo hambre!

—¿Yo soy el malo?

—Por supuesto que sí.

—Está bien, ya me vengaré no te preocupes. —Me guiña un ojo y salimos rumbo al coche.

Llegamos a un restaurante que está cerca del puerto.

Cuando entramos, saludan a Oliver y nos conducen hasta la que será nuestra mesa.

Nos sirven una copa de vino y nos ofrecen la carta. Yo estoy inquieta y aunque trato de mirar algo para comer, la realidad es que estoy mirando si alguien nos observa.

—Nena, ¿estás bien?

—Sí. Solo que no me decido. No sé qué pedir.

—No me extraña. Tienes la carta al revés. —Me mira y se ríe. Doy la vuelta a la carta y no puedo evitar sonreír.

—¿Qué te pasa? ¿No te gusta el sitio?

—No. Nada de eso. El sitio es perfecto. Solo estaba pensando en si alguien nos observaba.

—¿De verdad? Deja de pensar en eso. Quiero que seas tú misma. No quiero que estés preocupada por si nos siguen, nos hacen fotos o publican tonterías.

—No quiero que tengas problemas por mi culpa.

—A mí nada de eso me importa. Solo quiero que no te afecte.

Mira, Patricia. Siempre nos van a seguir y si no lo hacen, ten por seguro que darán con nosotros.

Nos echarán fotos, hablarán y probablemente, publicarán cosas que no serán verdad, pero tienes que aprender a convivir con eso.

No quiero que te afecte.

—Lo intentaré.

—Relájate. Estamos aquí para disfrutar. ¿Qué te parece el sitio?

—Es precioso. ¿Habías estado aquí alguna vez?

—Sí. Vengo mucho con mis padres.

—Nunca me hablas de ellos.

—No hay mucho que contar. Mi padre tiene una empresa de transporte y mi madre trata de cuidar de él y de mi hermana.

—¿Tienes una hermana?

—Sí. Tiene veinte años.

—¡Vaya! Te llevas muchos años con ella, ¿no?

—Sí.

—¿Solo tienes una hermana? —Su cara se descompone. Creo que la pregunta le incomoda. —No quería ser inoportuna con la pregunta, lo siento.

—No te preocupes. Hay cosas para las que no estoy preparado para hablar todavía.

—Lo siento. ¿Pedimos? —Trato de que la conversación vaya por otro lado y aunque me cuesta consigo que se olvide de lo que he dicho.

La cena resulta ser perfecta. Él se muestra muy cariñoso conmigo. No para de coger la mano, hacerme caricias, besarme y decirme cosas preciosas.

Cuando salimos del restaurante, me dice:

—Podría llevarte a que conocieras algún sitio para tomarnos una copa, pero precioso llevarte a mi sitio preferido y contarte algo importante. —Sus palabras me inquietan. ¿Qué querrá decirme?

Durante todo el camino, no para de hablarme, pero mi mente está perdida en sus palabras.

Por fin llegamos a su casa, me coge de la mano y me lleva a la terraza.

—¿Una copa? Yo la voy a necesitar. —dice.

—Sí. —Se ausenta unos minutos y cuando vuelve, me tiende la copa.

—Gracias. —Se sienta a mi lado y me mira.

—Me está dando miedo. No me gusta tu mirada.

—Quieres conocerme, ¿no? Pues no todo es bonito, nena. ¿Estás preparada? —Quiero decirle que sí, pero lo cierto es que no estoy segura de la respuesta.

—Supongo que sí. —Da un buen trago de su copa y me dice.

—¿Cuándo has pasado por aquí, no te has preguntado por qué hay tantas flores y un piano justo al lado? —No puedo negar la realidad.

—Sí. Cuando me enseñaste la terraza me fijé en esta zona y también vi, cómo huías de ella. —me señala el arco, donde de nuevo puedo leer el nombre de Lucia.

Ella es el motivo de muchas cosas. Tanto buenas, como malas.

Hace diez años, algo rompió mi vida para siempre.

Por eso, no sé si seré capaz de querer a una mujer, como la quise a ella.

—¿Era tu mujer? —me atrevo a preguntar.

—Era mucho más que eso. —El corazón se me encoge esperando una respuesta más concreta. —Era mi hermana. Mi niña pequeña. Ella tan solo tenía siete años cuando todo ocurrió.

Yo todavía era un niño, solo tenía veintidós años, empezaba a vivir, aunque si me hubieran preguntado, me hubiera cambiado por ella. —Sus ojos se llenan de tristeza, para tratar de tranquilizarle le cojo la mano y sigue hablando. —Mis padres siempre quisieron tener más hijos, pero mi padre apenas tenía tiempo para mí y tardaron mucho en decidirse para tener a Shaila, y tres años después vino al mundo la niña de mis ojos. No quiere decir que no quiera a Shaila, pero Lucía era especial, lo sigue siendo. Puede que yo ya fuera más mayor y viera las cosas diferentes.

Desde que nació era yo el que se ocupa de ella. Mi madre, por ese entonces, trabajaba y no tenía mucho tiempo. Yo era el mayor y tenía que ocuparme de ellas. Shaila era un poco más rebelde, pero Lucía siempre tenía una sonrisa para mí.

Era mi niña bonita y todos estábamos encantados con ella. Era una niña muy buena, siempre sonriente, obediente...

Desde que era muy pequeña, siempre se dormía en mis brazos. Yo la cantaba al oído y ella siempre me decía que algún día sería un cantante famoso y que la llevaría de viaje por todo el mundo. En algunas cosas no se equivocó.

Todo era perfecto, hasta que un día, a la salida del colegio, yo fui a recogerla como siempre, pero no era un día cualquiera. Ella nunca cruzaba la calle sin mí, siempre miraba. Pero ese día, por algún motivo, salió como loca del colegio, me vio al otro lado de la acera y entusiasmada por venir a abrazarme, cruzó la carretera y algo terrible ocurrió. —Sus ojos se llenan de

lágrimas y su voz empieza a desvanecerse. Trata de coger aire para seguir con la historia, pero le cuesta.

—Ese día. Ese puto día. —Toma una pausa. —Ese día un coche se la llevo por delante. Delante de mis ojos. Ese día perdí mi vida para siempre.

Han pasado diez años y no hay día que no me culpe por lo que pasó. Yo debía de haber estado en la puerta del colegio y no en la otra acera.

Solo tenía siete años. Toda la vida por delante. —Oliver llora desconsolado.

—No es tu culpa cariño. Tú no querías que eso pasara.

—No. Pero yo tenía que cuidar de ella y no lo hice. Si lo hubiera hecho, ella estaría aquí.

—No puedes torturarte. Sé que es muy duro y más cuando lo viste, pero no puedes pensar que fue culpa tuya, porque no es la verdad. Si hubieras sabido que eso iba a pasar, jamás hubieras estado en esa acera. —Esconde su cara entre los brazos y llora. Lo hace con rabia. —Acaricio con mis manos su nuca. Su respiración parece entrecortada y yo comienzo a sentir miedo por no poder hacer nada. —Tienes que tranquilizarte. Estoy segura de que donde esté, se sentirá muy orgullosa de ti. —Aprieta fuerte mis manos y comienza a relajarse.

—Cuando ella se marchó, me quedé destrozado. Empecé a meterme en problemas, a emborracharme, llegaba tarde a casa, no quería darme cuenta de la realidad: Lucía, ya no estaba.

Durante meses, lo único que me daba tranquilidad, era sentarme en mi habitación, coger mi guitarra y ponerme a cantar.

No sabría explicar porqué, pero era la única manera en la que sentía paz. Conseguí disipar mi rabia a través de la música. En menos de un año, había conseguido componer más de diez canciones y me di cuenta de que tenía que hacer mi sueño realidad: por mí y por mi hermana. Ella quería que yo triunfara y siempre había creído en mí, había llegado la hora de devolverle todo lo que ella me había dado.

Hasta que no pasaron dos años de la muerte de mi hermana, no me atreví a presentarme en ninguna discográfica. Por ese entonces, Andrés, ya había empezado a trabajar en ese mundillo, y gracias a él, conseguí un contacto.

Hice una prueba, pero al parecer, había muchas cosas que mejorar, aunque me confirmaron lo que yo ya sabía: las canciones eran buenas.

No me habían cogido, pero me habían dejado una puerta abierta.

Desde ese momento, supe que tenía que tomármelo en serio y formarme para llegar a lo más alto.

Mis padres estaban de acuerdo y lo primero que hicieron fue apuntarme a clases de canto. Un mes más tarde, tenía el piano en casa. Ellos me lo regalaron y no era un piano cualquiera. —Se acerca a la tapa del piano, lo levanta y puedo ver de nuevo el nombre de su hermana grabado.

—No imaginas el sacrificio que supuso para mis padres regalarme un piano, pero, sobre todo, grabarle el nombre de mi hermana.

Ellos trataban de hacerse los fuertes, para que nosotros non sufriéramos, pero estaban destrozados. Tenían que seguir adelante por nosotros, sabiendo que sus vidas estaban destruidas.

—¿Y qué hiciste?

—Apuntarme a clases de canto, formarme todo lo que pude y después de unos años, volver a llamar a la puerta.

—Fuiste muy valiente.

—A veces, me pregunto de dónde saqué las fuerzas.

—Yo creo que si lo sabes. —Le guio con mi mirada hacia el nombre de su hermana y consigo sacarle una sonrisa.

—Estuve a punto de tirar la toalla en varias ocasiones.

—Pero no lo hiciste. Y aquí estás ahora: dedicándote a lo que quieres. No todo el mundo puede decir que gana dinero haciendo lo que ama.

—Sé que soy un afortunado. Por eso cuando me agobio con lo de la prensa, cierro los ojos y pienso en todo el camino que he recorrido. Sé que tengo que hacerlo por ella. No quiero que nunca deje de sonreír.

—No lo hará.

—Siento haberte contado todo esto. Debo de parecerte un estúpido.

—¿Un estúpido? Me pareces una persona con un corazón enorme. Y no

tienes que disculparte por nada, todo lo contrario, me siento afortunada de que me hayas contado algo tan personal.

Quiero creer que si lo has hecho es porque soy importante para ti.

—Por supuesto. Estas cosas no las sabe todo el mundo. Es cierto, que hace unos años, la prensa sacó algo al respecto, pero creo que no han conseguido saber la historia al cien por cien, y si no ha sucedido es porque la gente que en la que confío, jamás me traicionaría.

—Eres un hombre muy afortunado.

—Desde que estoy contigo, lo soy mucho más. —consigue sonrojarme.

—¿Hace mucho que conoces a Andrés?

—Sí. Hace años que nos conocemos. Me ayudó mucho a ser quién soy. Nunca me ha dejado solo. Tengo mucho que agradecerle.

—Parece un buen tío.

—Lo es. Sé que no tienes muy buena imagen de él, pero no le has conocido. A él, al igual que a mí, le ha costado mucho llegar hasta aquí. Se unió a mí sin saber si conseguiría triunfar, pero nunca me dejó solo. Siempre tuvo una palabra de aliento en mis horas bajas. Él siempre me ha aconsejado y me ha llevado por el camino correcto.

—¿Solo te lleva a ti?

—Prácticamente. Lleva a más cantantes, pero a mí siempre me acompaña a todo, lo que quiere decir que no dispone de tiempo para los demás.

—Contigo lo tiene todo cubierto. —Reímos.

—¿Ha ido bien la reunión con Fran?

—Sí. Él mira por su interés, pero no entiende que a veces las cosas no salen como uno quiere.

Se empeña en que deberíamos de haber grabado ya un disco; piensa que las cosas son fáciles.

—¿Tienes algo?

—Sí. Tengo más de lo que le he enseñado, pero no quiero que empiece a meterme prisa.

—¿Volverás a Madrid?

—Sí. Volveré unos días. Trataré de desconectar y volver con las pilas cargadas, para ponerme a trabajar duro. —No puedo evitar sentir tristeza por sus palabras.

—Hay que volver a la rutina.

—Sí; supongo que sí.

Se hace un silencio entre nosotros, el mismo de siempre cuando hablamos del tema; nuestra vuelta a la realidad.

Él volverá aquí, a Barcelona y yo regresaré a Madrid, terminaré mi carrera para comenzar mi sueño: ser profesora.

En realidad, esa es la vida que quiero, ¿no?

Puede que, en este momento, mis prioridades hayan cambiado y si Oliver me pidiera que me quedase, yo lo haría, pero eso nunca sucederá. Su vida está aquí, con su música, sus adolescentes alocadas, su piano...; una vida en la que yo no estoy.

8 El mundo sigue girando

Después de tres días en Barcelona, de conocer la casa de Oliver, su estudio, sus amigos, de esquivar a la prensa en varias ocasiones, e incluso de saber su secreto más preciado, llega la hora de partir.

Hoy es mi última noche con él y solo puedo sentirme nerviosa. Puede que nunca vuelva a estar aquí con él y aunque trato de que él no lo note, supongo que me va conociendo.

—¿Crees que puedes engañarme con esa media sonrisa? Sé que no es de verdad.

—¿Por qué dices eso? Yo no sonrío de mentira.

—Puede que solo lo hagas sin ganas. —me quedo callada.

—Hemos tocado muchas veces este tema y me suena repetitivo ya, pero nada va a cambiar.

Los días que has estado aquí, han sido fantásticos. Me he dado cuenta de que encajas perfectamente en mi vida.

Has congeniado con Fran, a mis amigos los tienes encantados y mi madre está deseando conocerte. ¿Crees que voy a dejarte escapar? —consigue sacarme una sonrisa.

—Ahora si he visto la sonrisa que me gusta. ¿Sería mucho pedir que disfrutaras de esta noche?

—Puedo intentarlo.

—Sé que crees que será nuestra última noche, pero estás muy equivocada. Lo nuestro; solo acaba de empezar. —Se acerca a mis labios y en su beso, puedo notar la verdad de sus palabras.

—Voy a llevarte a un sitio que te va a encantar. Sabes que no vas a dormir en toda la noche, ¿verdad?

—¿Vamos a estar cenando toda la noche? —Reímos.

—Cenando puede que no, pero lo que no puedo negar es que tiene que ver con comer. —Sus ojos se llenan de lujuria y vuelve a ponerme esa cara de pícaro que tanto me gusta.

—¡Vámonos! Cuando pones esa cara, ya sabemos cómo acaba todo.

—¿Tienes miedo? —me desafía.

—¿De quién? ¿De ti? ¡No me hagas reír! —Me coge de la cintura y me lleva hacia sus caderas. Puedo notar su miembro en mi abdomen, mi respiración comienza a agitarse y mi vagina está a punto de bailar unas sevillanas.

Sé perfectamente que está jugando conmigo; he dañado su orgullo de hombre y solo quiere demostrarme que puede hacer conmigo lo que quiera; algo que es evidente, pero esta vez no dejaré que gane la batalla.

—¿Nerviosa, nena? —su boca recorre mi cuello lentamente, produciéndome un intenso placer, que trato de ocultar, pero que me resulta cada vez más difícil. Yo también sé lo que le vuelve loco a él y puede que también tenga ganas de jugar.

—¿Te lo parezco? —le digo con la mejor de mis voces. No me creo ni yo, la seriedad con la que le he hablado.

Comienzo con mi juego: acerco mis manos a su pelo y lo acaricio suavemente, puedo ver como inclina su cabeza hacia atrás y pone sus ojos en blanco. Ya le tengo dónde quería. Su respiración comienza a entrecortarse y es justo en ese momento, cuando decido que mis labios se acerquen al lóbulo de su oreja y jugueteen con él.

Él aprieta sus manos, que han decidido cambiar de posición y centrarse en mi culo. Sé que le queda poco para perder el control, pero todavía quiero jugar mi última carta para que sepa que conmigo, no se juega.

Bajo mis manos lentamente por su abdomen y justo, cuando llego a su ombligo paro; una pausa corta, pero que consigue desconcertarle. Sin darle tiempo introduzco mi mano dentro de su pantalón y comienzo a tocar su miembro; él aprieta fuerte mi culo y comienza a mordirme el cuello con delirio; yo sigo moviendo mi mano, hasta que aumenta el ritmo de sus besos y suelta de su boca un: —¡Joder, vas a volverme loco!

Bien, Oliver. Justo ahí es donde quería tenerte. Saco mi mano de su miembro y me separo de su cuerpo, dejándole totalmente perdido y cachondo.

—¿Qué haces? —me pregunta.

—Vamos a llegar tarde a cenar. —me coge por la cintura y me acerca de nuevo hacia él. —¡A la mierda la cena! Quién quiere cenar teniéndote a ti cerca. —Se acerca a mis labios, pero vuelvo a separarme.

—Oliver, tenemos que irnos.

—No estarás hablando en serio, ¿verdad? ¿Vas a dejarme así?

—¿Qué pasa? ¿No estás en condiciones para ir a cenar? —No puedo evitar reírme.

—Eres..., eres... —Se pasea por todo el salón indignado.

—¿Mala? ¿Tan mala cómo tú?

—Solo querías jugar conmigo.

—Aprendes rápido y eso no me gusta.

—Solo te queda asumirlo. —Me acerco a él y le beso. —¿Quieres darte una ducha antes de irnos?

—Estás muy graciosa, ¿no? Voy a cambiarme. —Sube las escaleras y me deja de pie en la puerta. No puedo evitar sonreír. He conseguido lo que quería, pero eso no quiere decir que yo, al igual que él, me muriera por dejar que nuestros cuerpos estuvieran juntos.

Diez minutos más tarde, Oliver baja y tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no caerme de espaldas. ¡Está espectacular! Ha cambiado su vaquero por unos chinos de color negro y su camisa azul, por una camisa blanca, la cual no lleva abrochada. ¿Cuántos botones lleva desabrochados? Uno, dos; ¡Tranquilidad! El truco está en no mirar. ¡No mires, Patricia, ¡no mires! ¡Bah, imposible! Quiero mirar y deleitarme con su cuerpo. Tiene el pelo mojado y huele a ese jabón que tanto me encanta. ¿Puede alguien oler tan dulce y apetecible? Sí; Oliver sí.

—Me alegro de que..., hayamos jugado. —le digo con una sonrisa perversa.

—¿Te alegras de verme duchado, por segunda vez? —Me mira desconcertado.

—Me alegro de verte mucho más guapo que antes— Su sonrisa vuelve a aparecer.

—Hoy estás más graciosa que de costumbre.

—Solo quería demostrarte que yo también puedo hacerte caer.

—No tenías que demostrarme nada, nena. Sé muy bien de lo que eres capaz. Lo que no imaginaba es que ibas a dejarme así. —Reímos.

—Te lo tienes merecido. Tú también lo haces conmigo.

—Yo estaba dispuesto a no cenar por ti, pero parece que tú por mí no.

—¡Qué idiota eres! ¡Vámonos!

—Sí. No me gustaría tener que ducharme por tercera vez; prefiero dejarlo para luego y que tú seas la que me acompañe. —me guiña un ojo y salimos hacia el coche.

Oliver tiene un gusto exquisito para elegir lugares. En realidad, tiene un gusto exquisito para todo.

El restaurante está a las afueras de la ciudad, al lado de una cala. Un paisaje increíble, unas vistas estupendas y una compañía inmejorable.

Por suerte, no hemos tenido la visita de los periodistas esta vez, aunque bien es cierto que siempre estaremos expuestos a las miradas indiscretas.

Después del postre y de tomarnos una copa, Oliver coge mi mano y me lleva fuera del restaurante.

Vamos andando hacia la cala, pero mi vestimenta no es la más apropiada. A mitad de camino me quito los zapatos. Oliver me mira y antes de que pueda decirme nada le digo:

—No llevo el zapato adecuado para bajar por una cala a medianoche y con una copa en el cuerpo. —Se ríe y me acaricia la cara.

—Soy un novio pésimo; lo sé. ¿Podrás perdonarme? —No sé si ha sido por bajarme de los tacones o por la copa que me he tomado, pero me tambaleo cuando escucho esa palabra. —¿Estás bien? —me pregunta. Parece asustado.

—Sí; no sé. ¿Has dicho novio o el alcohol me ha jugado una mala pasada?

—He dicho novio. He dicho que soy un novio pésimo. Esa es la verdad.

—Pero, pero...

—Eso era lo que querías, ¿no? Una prueba de que lo nuestro es de verdad.

No eres un rollo de una noche, ni de dos; eres mucho más.

No me gustan las etiquetas, pero tengo que reconocer que la de ser tu novio me gusta. —No soy capaz de decir ni una sola palabra, quizá sea porque el oxígeno ha dejado de entrar en mis pulmones en el mismo momento que sus labios han vuelto a pronunciar la palabra novio.

—Patricia, me estás asustando. Ya no sé si era lo que tú querías, si me he precipitado... —en la vida, hay momentos en los que sobran las palabras, y este, es uno de ellos. Me acerco a él y acaricio sus labios con los míos en un tierno beso. Él coge mi cintura con sus brazos y me devuelve el beso; esta vez, mucho más apasionado.

Todo lo que ocurre esa noche, pasa muy deprisa; tanto, que cuando quise darme cuenta, estaba tumbada en la cama de Oliver pensando en sus manos, en las caricias que me había dedicado en esa cama, en la forma en que se había deshecho de mi ropa, en como sus labios besaban los míos con vehemencia; recorriendo cada centímetro de mi cuerpo, consiguiendo que me estremeciera con cada roce; esperando con ansia que me hiciera suya y que esa noche, se hiciera eterna.

Oliver

Aquí estoy; tumbado al lado de la mujer que quiero y pensando en todos los momentos que hemos vivido en estos días.

Mi madre dice que debe ser una mujer maravillosa para que me haya devuelto la sonrisa y tiene toda la razón; si no lo fuera, jamás me hubiera atrevido a sincerarme con ella de la manera que lo he hecho.

Puede que parezca absurdo, pero no puedo dejar de mirarla y pensar que soy feliz con lo que tengo ahora mismo con ella. En este momento, mi vida es perfecta. Me gustaría decirle que se quede conmigo, pero sé que para eso tendría que renunciar a su sueño, aunque yo tampoco estoy dispuesto a estar sin ella.

La noche pasa más rápido de lo que me gustaría y aunque sé que volveré con ella a Madrid, hay algo que me produce temor; el miedo de no volver a verla, a tener que renunciar a algo por ser feliz.

No consigo dormir ni dos horas, pero despertarme y verla dormida a mi lado, me hace sonreír.

No puedo evitarlo y acaricio su brazo. Ella se despierta y me dedica una de sus bonitas sonrisas.

—¿Cuánto tiempo llevas despierto? —me pregunta.

—El suficiente para saber que eres lo más bonito que nadie puede ver al despertar. —me tira la almohada y me dice: —¡Qué tonterías dices!

—¿Me has tirado una almohada? —me acerco a ella despacio.

—Ha sido sin querer.

—No lo creo. —me pone carita de ángel, ríe y me toca la nariz con la punta de sus dedos.

—¿Sabes? —me dice. —Me encanta despertarme a tu lado. En realidad, me encanta acostarme contigo, levantarme, pasear, hablar..., no quiero tener que acostumbrarme a no hacerlo.

—¿Y por qué tendrías que acostumbrarte?

—¡Vamos, Oliver! Seamos realistas. ¿Cuántas veces vamos a despertar juntos?

Las mismas que los dos vamos a dormir en la misma cama.

—A veces creo que no le ves nada positivo a esto.

—Solo intento ser realista, Oliver.

Me encanta todo lo que vivo contigo; adoro despertarme a tu lado, reírnos, que me abracés, pero... aunque tú no quieras decirlo, los dos sabemos que lo nuestro tiene fecha de caducidad. —sus palabras me ponen de mal humor, pero en el fondo, sé que lleva razón y que las relaciones a distancia nunca salen bien.

—Voy a ducharme. En una hora salimos al aeropuerto. —Es todo lo que puedo decir.

Cuando salgo de la ducha, ella está sentada en la terraza con una taza de café. Me acerco a ella despacio, la cojo por los hombros y la susurro al oído:

—Lo siento; no quiero estar enfadado contigo.

—Yo también lo siento. Hemos tenido unos días fabulosos y lo he estropeado todo.

—¡Claro que no! Todo está bien. —Me acerco a su boca y le doy un tierno beso.

Apoya su cabeza en mi hombro y como una niña pequeña, se queja en él.

—No quiero volver a Madrid.

—Quédate aquí conmigo.

—Sabes que me encantaría, pero no puedo.

Mi vida está en Madrid; dando clase a mis niños, en mi casa; y la tuya está por todo el mundo, haciéndote famoso y yo babeando al verte en la tele.

—¿Tú babeando? ¡Pero, si no sabías ni quién era!

—Eso era antes; ahora sí lo sé.

—¿Y quién soy?

—El hombre de mi vida. —Sus palabras me dejan paralizado. —¿Qué has

dicho?

—Que eres el hombre de mi vida. Puede que para muchas solo seas el tío bueno al que buscan en internet, pero para mí, eres mucho más.

—Nunca nadie...

—Shhh..., no digas nada. Los dos sabemos lo que sentimos y si alguna vez, no recuerdas porque estuve aquí, puedes recordar mis palabras.

Y eso es lo último que volvemos a decirnos sobre nuestros sentimientos.

Puede que este momento, tenga mucho más claro que yo, que lo nuestro se va a terminar.

Después de un encuentro desagradable con los periodistas en el aeropuerto, embarcamos y en unas horas, estamos en Madrid.

De nuevo en el sitio dónde nos conocimos; solo que con un pequeño cambio: cuando llegamos a la casa, todo está repleto de periodistas.

—¡Joder! —maldigo en el coche. ¡Cómo han podido enterarse!

—Tranquilo, no pasa nada. Era cuestión de tiempo que descubrieran que vives aquí.

—Llevo años viviendo en Madrid y nunca me habían seguido.

—Ahora saben que estás conmigo y quieren cualquier información. Parece que solo te traigo problemas.

—¡No digas eso! Llamaré a Andrés luego para que lo solucione. No quiero que te agobien con preguntas absurdas.

Tenemos que bajar; no escuches lo que te digan, pasa de largo. No voy a soltar tu mano. Te lo prometo. —me sonrío y eso hace que me tranquilice.

Cuando salimos del coche, las cámaras comienzan a grabarnos y los periodistas tratan de sacarle información a Patricia, pero ella se queda callada.

Cuando por fin conseguimos cruzar la puerta y llegamos al ascensor, ella me sonrío.

—Te pones demasiado serio.

—Parece que ya no te importan tanto las cámaras.

—Trato de que no me afecte. Ya lo pasas tú mal por los dos.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por ser tan comprensiva. Otra en tu lugar, hubiera salido huyendo.

—Te quiero; y aunque me ha costado asimilar todo esto, sé que forma parte de tu vida.

¡Eres famoso! Es normal que quieran saber quién es la mujer que le acompaña y por la que has perdido la cabeza. —me saca la lengua.

—¿Tanto se me nota que he perdido la cabeza por ti?

—Puede que solo un poco.

—Bueno vecino, me voy a casa. Nos vemos por la terraza. —me guiña un ojo.

—¿No piensas quedarte?

—No, Oliver. Quiero estar con Laura. —no puedo evitar poner cara de desconcierto. Tenía planes para nosotros. —¡No pongas esa cara! Estamos aquí al lado. No voy a escaparme.

—Me gusta tenerte cerca.

—A mí también, pero tenemos muchas cosas que hacer los dos.

—¿Tratas de convencerme? —le dedico una sonrisa provocadora.

—No. —me da un beso rápido y abre la puerta de su casa. Antes de cerrar, me sonrío como solo ella sabe hacerlo.

Entro en casa, dejo la maleta al lado de la puerta y me siento en el sofá.

De nuevo en Madrid...

Miro el piano y me doy cuenta de que estoy sonriendo como un idiota.

Todavía recuerdo la noche que le hice el amor en el piano.

Parece que aún puedo sentir sus manos en mi cuerpo y sus labios besando mi boca.

Dejó un recuerdo imborrable en mi piano. Lo cierto es que ha dejado un recuerdo imborrable en mí.

No podría explicar con palabras lo que me hace sentir, pero lo que si sé es que cuando no la tengo cerca, siento que un vacío invade mi cuerpo.

Cuando llega la hora de comer, le pongo un mensaje a Patricia.

Vecino— 14:00

¿Te has olvidado de tu vecino?

Estoy desmayado, ¿vienes y pedimos algo de comer?

Vecina—14:02

¿Tanto me echas de menos?

En media hora estoy ahí. Espero que hayas trabajado, si no, no vuelvo más.

Vecino —14:04

He trabajado mucho; tanto que voy a necesitar una siesta. ;)

Vecina—14:05

Yo también la necesito. En un rato te veo, amor.

Me quedo más de diez minutos mirando la pantalla del móvil, embobado y leyendo una y otra vez su mensaje. <<***amor***>>

¿Desde cuándo le doy tanta importancia a una palabra?

Puede que lo haga porque nunca he sentido lo que siento por ella.

Ella me ha devuelto la alegría y aunque haya puesto mi vida patas arriba;

soy feliz sabiendo que sigue ahí.

Suena la puerta y mis pensamientos dejan de tener importancia.

—¡Hola! Tienes cara de cansado. —Se acerca a mí y me besa.

—Hola. Lo estoy. Tú parece que no. ¿Podrías darme un poco de tu energía?

—Es solo apariencia. La realidad es que estoy agotada. ¿Has pensado algo para comer?

—No. Te estaba esperando para decidir.

—¿Pasta?

—Sí. ¿Qué tal por casa? ¿Todo en su sitio?

—Eso parece, pero... necesita una buena limpieza.

—No creo que sea hoy. Pienso raptarte todo el día.

—Mmmm... creo que eso no va a ser posible.

—¿Cómo qué no?

—Tengo planes. He quedado con Laura y unos amigos para cenar y tomar unas copas. —Mi gesto se vuelve serio. Pensaba que pasaríamos tiempo juntos.

—No te enfades. Solo será un rato. —enreda sus manos en mi cuello y me da un beso suave en la comisura de los labios.

—Pensaba que dormiríamos juntos.

—Si sigues despierto cuando venga, podemos dormir juntos.

—¿Cuándo vengas borracha te acordarás de que vivo al lado?

—¡ Oye! —me da un golpe en el hombro. Solo voy a cenar y a tomar una copa.

—Está bien. —Trato de parecer convencido.

No volvemos a sacar el tema.

Comemos tranquilamente, charlamos, vemos una película en el sofá y se queda dormida.

Yo solo puedo contemplarla. ¡Es tan bonita! Se ve tan frágil así.

Decido cogerla en brazos y llevarla a la cama. Necesita descansar. Protesta cuando lo hago.

Abro el edredón y la tiendo sobre la cama, me quito la ropa y me acurruco a su lado.

Acaricio su pelo muy suavemente y mi cuerpo reacciona: me excito con tan solo rozarla. Decido parar porque si sigo, tendré que despertarla y ella, necesita descansar.

—¡Oliver, Oliver, despierta!

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Te suena el teléfono.

—¿El teléfono?

—Sí. —me levanto de la cama y voy al salón; es Fran.

—Dime, Fran.

—¡Por fin lo coges!

—Lo siento, estaba descansando. ¿Pasa algo?

—Sí. Tienes que venirte a Barcelona cagando leches.

—¿Cómo? ¿Por qué? —salgo a la terraza, no quiero que Patricia me siga.

—Necesito que empecemos a grabar algunas cosas.

El lunes nos vamos a Miami; tenemos tratos pendientes allí.

—¿Cómo irnos? Yo no puedo.

—¿Cómo que no puedes? ¿Te has vuelto loco?

Tenemos mucho trabajo pendiente.

—No puedo irme ahora.

—Si lo dices por Patricia, puede venir con nosotros; no hay problema. —
¿Venir a Miami? No. Sé que no lo hará.

—¿No puedes esperar unos días?

—No podemos esperar. Te quiero en Barcelona ya. Coge el primer avión.

—Fran, hoy es muy precipitado.

—Oliver...

—Fran, mañana estaré allí por la tarde. Dame un poco de margen.

—Está bien, lo haré. Aquí nos vemos mañana. —Cuelga.

Tiro el teléfono en la mesa y me llevo las manos a la cabeza. —¡Esto no me puede estar pasando! ¡Joder! —grito.

Patricia sale a la terraza.

—¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes.

—¿Problemas?

—Sí. Más de los que quisiera.

—Se arreglarán, ya lo verás. ¿Quieres hablar?

—No. Solo quiero estar contigo. —me acerco a ella y la abrazo. —¡No vayas a esa cena! ¡Quédate esta noche conmigo!

—Sabes que no puedo, Oliver. Son mis amigos. Te prometo que nos veremos luego.

—Prométeme que vendrás pronto.

—Lo haré, de verdad.

—Es importante para mí. Quiero que hablemos de algo.

—Cenaré, tomaremos algo y vendré a casa de mi vecino favorito.; te lo prometo.

—Gracias.

—Tengo que irme ya.

—¿Me dejas solo de nuevo?

—Tienes mucho que componer. Seguro que ahora que no voy a estar, me echas de menos y te sale algo bonito.

—Prefiero que te quedes. —La cojo de la cintura y la llevo hacia mí.

—Oliver... ¡no seas malo!

—Si fuera malo: te besaría, te desnudaría y te llevaría a mi cama para hacerte el amor una y otra vez, hasta que cayéramos exhaustos. —mi entrepierna empieza a despertarse.

—Me muero de ganas porque lo hagas, pero lo dejaremos para esta noche. Así me cogerás con más ganas. —me guiña un ojo.

—Yo siempre te cojo con ganas, nena.

—Nos vemos luego, vecino.

—Me gusta más lo que me dices por mensaje.

—¿El qué?

—No debe de ser importante si no lo recuerdas. —Sonríe. Sé que sabe de lo que estoy hablando.

—Te veo esta noche... amor. —Vuelve a sonreír. Me acerco a ella, no puedo esperar para besarla. —Me encanta que me llames así.

—Entonces, lo haré más a menudo.

Se va con la sonrisa puesta y yo me siento feliz, aunque cuando cierro la puerta y pienso en mi conversación con Fran, mi mundo se viene encima.

Esta noche tengo que sincerarme con ella. Quiero que me acompañe a Miami. No quiero estar separado de ella.

Solo hace unas horas que estoy en Madrid y ya tengo todos los planes hechos.

Laura, me ha liado para que vayamos a cenar con unos amigos y a tomar una copa.

Después he quedado con Oliver para... ¿dormir? —no puedo evitar sonreír.

Cuando estábamos en su casa, ha recibido una llamada, que me ha dejado un poco preocupada. Parecía inquieto, su gesto denotaba preocupación.

Puede que me lo cuente esta noche. Me ha dicho que teníamos que hablar, pero no imagino que querrá decirme. ¡Me muero de ganas por volver y estar con él!

La noche parece perfecta: Cenamos en un tailandés y después vamos a tomar una copa a *Nest*; un local concurrido, en pleno centro, donde además de poner buena música, también hacen unos cócteles de muerte.

Con lo que yo no contaba, es con lo que sucedería después...

Laura y mis amigos me acompañan a casa, para ellos seguir con su fiesta.

Son más de las cuatro de la mañana y aunque no pensaba beber, lo cierto es, que voy borracha como una cuba.

Cuando llego a la puerta de casa, miro la hora y pienso que ya no puedo llamar a Oliver. Seguro que estará durmiendo.

Trato de meter la llave en la puerta, pero es tarea difícil; no hacia más que moverse y al final las llaves, acaban en el suelo.

Cuando me dispongo a cogerlas, me encuentro con unos pies enormes (puede que solo sean unos pies y que mis copas de más los vean como los de un gigante).

Subo la vista, y le veo; ahí estaba mi dios griego: en boxers y sin camiseta; marcando abdominales y provocando al personal o, mejor dicho; a mí.

—¡Vecino! Pensaba que estabas durmiendo.

—¿Dormido? ¿Con el escándalo que estás armando?

—¡Qué exagerado eres!

—Entra en casa. —me dice con la voz muy seria.

—¿Me has echado de menos? —me cuelgo de su cuello.

—Parece que tú a mí no.

—¡Claro que sí! He estado toda la noche pensando en ti.

—No lo creo. Estabas muy ocupada con tus amigos.

—¿Estás celoso?

—¡No digas tonterías! Me molesta que me digas que vas a venir pronto y no tengas la decencia de avisarme de que no vendrás.

—Lo siento. —digo con la cabeza agachada. —Te compensaré. —me acerco a él, le beso y me meto mi mano en sus boxers; él me aparta inmediatamente.

—¡Vamos a ducharte! —me dice.

—¡Bien! ¿Puedo enjabonarte? —pregunto.

—¡No voy a ducharme contigo!

—¡Tú te lo pierdes! Empiezo a desnudarme y puedo ver como sus ojos se clavan en mí, ardiendo de deseo, aunque no se acerca a mí ni un solo milímetro; tan solo para cogerme del brazo y meterme bajo el chorro de agua fría.

Me seca con una toalla y me deja una camiseta encima de la cama.

—¿No íbamos a dormir juntos? —pregunto.

—Tú lo has dicho, íbamos, pero has decidido irte de copas con amigos.
—Su gesto es serio. Me desafía con la mirada y cuando voy a decir algo...

—Acuéstate a dormir la mona. Hablaremos mañana.

—Oliver...

—Ahora no, Patricia. —Cierra la puerta y me doy cuenta de que está enfadado.

He malgastado una noche con él.

Me tumbo en la cama y a pesar de que todo me da vueltas, consigo quedarme dormida.

Oliver

Después de llevar toda la noche esperándola, preocupado. Se presenta borracha y con ganas de sexo ¡Es el colmo!

Sí, vale; también tengo ganas, pero no era así como me había imaginado la noche: haciéndole el amor borracha y diciéndole que la quiero sin saber si le importa lo que le estoy contando.

¡Mi plan se ha ido a la mierda!

Estoy tan cabreado, que no sé ni que hacer.

Me gustaría entrar en la habitación y reprocharle mil cosas, pero sé que no serviría de nada.

Al final cojo la opción más beneficiosa para mí: sentarme en el piano a componer.

Antes de que den las seis, tengo una canción terminada. Pongo mis dedos en el piano y comienzo a cantar, como si lo hiciera para mí solo.

En mitad de la canción, noto que unas manos tocan mis hombros y mis dedos dejan de tocar.

—No pares, suena precioso. —me giro y no dejo de mirar. Siempre está preciosa.

—No quería despertarte.

—Si es para escucharte a ti, no me importa en absoluto. —intenta besarme, pero yo me aparto.

—¿Qué pasa, Oliver?

—No puedes venir a las cuatro de la mañana, con copas de más y creer que no pasa nada.

—Lo siento. No pensé que se me fuera a hacer tan tarde.

—Podrías haberme avisado.

—Lo sé. No lo pensé.

—Tenía algo importante que contarte, quería que fuera una noche especial.

—Cuéntamelo ahora.

—Ya no sé para qué.

—Ya te he pedido perdón, Oliver. ¿Qué más quieres que haga?

—Solo quería pasar la última noche contigo, pero lo has fastidiado todo.

—¿La última noche?

—No sé si será la última noche. Nunca sé cuándo voy a tener que irme.

—Se queda paralizada y comienza a llorar.

—Lo siento. Tendría que haberme quedado contigo. ¡Soy una estúpida!

—¡Eh, mírame! ¡No digas eso! No quiero verte llorar. Se me parte el alma cuando lo haces. —No puedo evitar acercarme a ella y abrazarla.

—Perdóname, nena. He sido muy brusco, pero tenía tanta rabia.

—No tienes que disculparte; soy yo la que prometió volver pronto y mira: he vuelto tarde y con copas de más.

—¿Ya sabes cuándo te vas? —sé que no debo engañarla, pero tampoco puedo decirle la verdad; no ahora.

—Has dicho que puede que sea nuestra última noche juntos, entonces; hazme el amor. Si puede ser nuestra última noche juntos, quiero que dejes el recuerdo de tus manos en mi cuerpo, para así, no echarte tanto de menos.

Sus palabras se quedan en mi mente y no puedo evitar sonreír.

Subo sus brazos, me deshago de la camiseta y contemplo su cuerpo desnudo.

Solo con mirarla, comienzo a sentir calor en mi entrepierna.

La coloco encima de mí, mis manos recorren sus muslos y puedo notar el calor de su cuerpo; noto como su piel se eriza con cada caricia.

Mis manos suben hacia sus pechos, los pezones se endurecen con solo rozarlos y puedo oír sus gemidos en mi oído.

Sin darme tiempo a reaccionar, sus manos bajan mi calzoncillo y mi

erección queda al descubierto.

Comienza a moverlo de arriba abajo, aumentando la velocidad de los movimientos.

No aguanto más y de una embestida, entro en ella.

Nuestras bocas fogosas intentan saciarse, pero creo que nunca será suficiente. Nuestros cuerpos arden de deseo. Un deseo que ninguno podemos controlar.

Ojalá y nunca tuviera que salir de su cuerpo.

Acaricio su cara y le digo: —Te quiero, quiero cuidarte; siempre.

—Yo quiero que lo hagas. —me regala un beso tierno y la llevo a la cama.

Está amaneciendo, pero quiero dormir con ella, aunque solo sea una hora.

Cuando me despierto, la veo pegada a mi cuerpo. Le doy un beso en la nariz y ella se queja.

—¡Dormilona!

—Tengo mucho sueño.

—¿Sí? Eso te pasa por trasnochar.

—Alguien no me dejó dormir.

—Sería porque estabas entretenida. —me muerde la oreja. —Te has levantado con ganas de guerra. —me inclino hacia la mesilla para ver la hora. Mi iPhone tiene varias llamadas y catorce WhatsApp. El resultado de tener el teléfono en silencio.

—¿Qué hora es? —pregunta Patricia.

—Las diez y media.

—¿Ocurre algo?

—Dame un segundo; tengo que llamar a Andrés. —me levanto de la cama y marco.

—¡Joder, macho! ¡Por fin contestas! ¿Dónde estás?

—Estoy en casa, pero estaba dormido y puse el teléfono en silencio.

—¿No has visto mi WhatsApp?

—No. Me acabo de despertar.

—Pues respira, amigo, porque no te va a gustar lo que vas a ver. No me cuelgues y mira lo que te he enviado.

Hago lo que me dice y no puedo creer lo que ven mis ojos. Son unas fotos de Patricia en una discoteca, bailando con un tío y muy pegados. ¡Me cago en la puta!

Sabía que esto pasaría. —Veo que Patricia sale de la habitación asustada y se queda de pie en la puerta del salón.

—Lo has visto, ¿verdad?

—Sí. —digo enfurecido.

—Me ha llamado Fran y está de muy mal humor. Quiere explicaciones. Le he pedido que me dejara hablar contigo primero, pero ya veo que no sabías nada de esto.

—¿Cuándo cojones va a dejar de meterse en mi vida? ¿De qué se preocupa?

Genera mucho dinero gracias a mí. Puedo cambiar de productor cuando se me ponga en la punta...

—¡Tranquilo, Oliver! Relájate. Yo ya he tomado medidas al respecto. Solo te pido que vengas tranquilo. No estamos para problemas ahora.

—Nos vemos luego. —Cuelgo y miro por la ventana, pensando en las imágenes que acabo de ver. Patricia se acerca a mí.

—¿Estás bien? —me rio irónicamente.

—¿Bien? ¡Estoy de puta madre sabiendo que mi novia ha salido en todas las revistas frotándose con un tío en una discoteca!

—¿De qué hablas? —le dejo el teléfono para que pueda ver las fotos.

—Opina tu misma. —La cara se le desencaja.

—Yo no sabía...

—¿Vas a negármelo?

—No, pero no hice nada. Solo estaba bailando. Si hubiera sabido que...

—¡Estás saliendo con un cantante, Patricia! Parece que no quieres enterarte. ¿De verdad piensas que no te siguen?

—¡Te siguen a ti, no a mí!

—Siguen a todo aquel que tenga que ver conmigo.

Siempre he tenido mi vida persona a raya y desde que...

—¡Dilo, Oliver! ¡No te cortes! Desde que yo aparecí estás lleno de problemas.

—Sí, así es. ¿Crees que me gusta verte con otro tío?

—Es solo mi amigo. Estábamos bailando. ¿Qué hay de malo en eso?

—Que la gente habla.

—Ese es el problema; que la gente habla, pero lo hace sin saber. Si tú y yo sabemos lo que hay, ¿qué importa lo que opine la gente?

—¿Y qué hay, Patricia? Porque a mí tampoco me lo has contado.

—¿Hace falta que te diga que no pasó nada? —me quedo callado. ¡Claro que confío en ella; pero estoy enfadado!

—Entonces no tenemos nada más que hablar.

—¿Qué significa eso?

—Que no vas a tener que preocuparte de si vuelvo a salir en las dichas revistas, porque a partir de este momento, desaparezco de tu vida.

—¡Encima te enfadas! Soy yo el que debería de estar cabreado y no tú.

—¡No, no deberías! ¡No conmigo! Puede que tenga que estarlo con la prensa, pero no con la persona con la que compartes tu vida.

Yo jamás estaría con nadie estando contigo, aunque no fueras cantante; no lo haría. ¿Y sabes por qué? Porque cuando quiero a alguien no le engaño. Solo fui a cenar con unos amigos, pero dormí contigo; era lo que tú querías.

—No. Yo quería estar contigo y que habláramos del futuro. Tenía cosas que contarte. Te dije que era importante para mí y tú preferiste quedarte tomando una copa.

—¿Futuro? ¿Cosas importantes? Si lo fueran, me lo hubieras contado anoche.

—¡Estaba muy cabreado, joder! Estaba preocupado.

—¿Por qué no me llamaste?

—No tengo porque hacerlo si sales con tus amigos.

—Ellos me acompañaron y siguieron con la fiesta.

Venía con la intención de llamarte, pero me pareció muy tarde para hacerlo.

—Siento si fastidie tus planes.

—Yo siento darte problemas. Si necesitas que llame a algún lado para desmentirlo...

—No te preocupes, Andrés se está ocupando de eso.

—Me voy, Oliver. Cuando se te pase el cabreo, llámame.

—El lunes me voy a Miami. —Lo suelto sin más y su reacción es inminente.

—¿Cómo a Miami? ¿A qué?

—Tenemos cosas pendientes allí.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? ¿Justo después de acostarte conmigo?

—¡Claro que no! De eso quería hablarte anoche.

—Podías habérmelo contado.

—Quería estar bien contigo y no quería que te pusieras mal.

—¿Esa es tu confianza en mí? ¿Pensabas quedarte estos días conmigo y el domingo decirme que te ibas?

—No. Dentro de unas horas, cojo un vuelo a Barcelona y no tengo previsto volver. —Se queda callada. —No quería que te enteraras así. Por eso, anoche quería hablar contigo.

—¿Desde cuándo sabes que te vas?

—Desde ayer.

—Ya; la llamada misteriosa, ¿no? Podrías habérmelo contado. ¡Me engañaste!

—¡Claro que no te engañé! Quería hablar contigo y explicarte las cosas.

—¿Explicarme el qué? ¿Qué te ibas y que no sabías cuándo ibas a volver? ¡Vete a la mierda, Oliver!

Solo he sido un pasatiempo para ti. Lo tenías todo calculado. Sabías perfectamente que te irías a Miami, pero mientras, tenías el polvo asegurado.

—¡No dices más que tonterías! ¿Crees que le digo te quiero a todas las tías con las que me acuesto?

—Probablemente. Si son tan idiotas como yo; se lo creerán.

¿Lo de la cancioncita también es una artimaña para acostarte con las tías? ¡Soy una estúpida! —Veo como sus ojos se humedecen y la cojo del brazo. ¿Cómo puede pensar eso de mí?

—¿De verdad crees que soy así?

No compongo canciones para las mujeres; es más, solo lo he hecho contigo.

—No me creo nada. ¿Y sabes qué? Que para mí solo son las notas de una canción; nada más. —Veo como se va hacia la puerta y sin saber que hacer le digo: —Te estás equivocando.

—¿Equivocándome? Me alegro de haber descubierto quién eres en realidad: solo un cantante más, que lo único que le importa es su fama. No tienes nada más que eso.

—¿Y tú qué tienes, Patricia?

—Puede que no tenga nada, pero mira a tu alrededor. ¿Qué tienes tú? Un puñado de fans, una casa espectacular, contratos millonarios... pero te falta lo más importante.

—¿El qué?

—Gente que te quiera de verdad. —me dice eso y se marcha. Corro tras ella, pero se da la vuelta y me dice:

—Vete a Barcelona, a Miami y disfruta de tú éxito.

No me llames, Oliver, por favor. Olvídate de que alguna vez existí para ti, ¿de acuerdo?

Disfruta de tu gran vida. —me dice eso y sale de mi casa, dejándome solo y pensando en cada una de las palabras que me ha dicho.

Para mí, nunca ha sido un pasatiempo; estaba dispuesto a intentarlo con ella y demostrarle que lo nuestro, merecía la pena.

¿Por qué lo nuestro se ha roto de esta manera?

9 Sumergidos en la tristeza

Llevo una hora sentada en la terraza, mirando a la nada. No, no es cierto. Solo miro para saber si Oliver se marcha. Me dijo que se iba a mediodía, pero no le he visto marcharse.

Desde que he salido de su casa, no he podido parar de llorar.

Siento tanta rabia... ¿qué ha pasado para que todo acabara tan mal?

Me ha dolido tanto que no confiara en mí; que supiera que iba a marcharse y no me lo dijera. Pensaba que lo nuestro era perfecto; pensaba que lo nuestro iba a funcionar, pero una vez más, me equivoqué.

Es ahora, cuando me doy cuenta de que estoy enamorada de él y que mi mundo, acaba de partirse en mil pedazos.

—Patricia, ¿estás bien? —Laura entra a la habitación. He debido de quedarme dormida en la cama.

—¿Qué hora es?

—Las siete de la tarde. ¿No has comido?

—No. He debido de quedarme dormida.

—Pensaba que estarías en casa de tu príncipe azul. —Mis ojos vuelven a aguarse. —¿Estás bien?

—Sí. Solo estoy cansada.

—¡Y una mierda! Tienes los ojos hinchados y no es de dormir precisamente.

—Todo se ha acabado. Tú tenías razón; tenía que haberte hecho caso.

—¿A mí? ¿Por qué? No entiendo nada.

—Oliver y yo no estamos juntos, bueno supongo que nunca lo hemos estado.

—¿Qué dices?

—He vuelto a hacer el idiota y se ha visto salpicado. He salido en las revistas de nuevo. Solo le doy problemas. —Laura coge rápido su teléfono y

veo que mira con atención.

—¡Madre mía! La gente como inventa.

—¿Qué pasa? Que no se que ha pasado, pero si yo leyera esto, estaría muy cabreado. —Veo una foto y al pie de ella un texto:

Mientras que el joven Betancourt se encuentra en su piso de Madrid, su nueva novia se divierte en la noche madrileña con dos jóvenes. Parece que tienen una relación abierta ya que se la vio llegar en compañía de un hombre.

—Pero... ¡Todo eso es mentira! —digo. —Ni siquiera os pudieron ver y si lo hicieron, también verían que iba acompañada de mi amiga, ¿no? ¿Por qué no han sacado eso?

—No lo sé, pero si sigues leyendo le acusan de ser un cornudo y de no sacar un disco porque la relación que tiene contigo es tóxica.

—¡Joder! Él no me había contado nada de eso. Solo me había enseñado las fotos, pero no sabía todas las mentiras que habían contado de nosotros.

—Deberías de hablar con él.

—Nos hemos dicho cosas muy feas.

—Escucha, Patricia. Yo también me siento responsable de lo que ha pasado. Fue conmigo con quién saliste y...

—¡Laura, no es culpa tuya! Yo soy mayorcita. Si hubiera sabido lo que iba a pasar, jamás hubiera sucedido. Te lo aseguro.

—Lo sé, pero deberías de entender que, si tú estuvieras en su situación, también estarías enfadada, ¿o me equivoco?

—Supongo que llevas razón.

—Así que, mueve el culo y llámale.

—¿Y si no me coge el teléfono?

—Entonces, nos lamentaremos, pero por el momento, hazlo.

Hago caso de lo que me dice mi amiga. Voy a la terraza, y marco el número de Oliver: Una, dos, tres y hasta siete veces, pero no obtengo respuesta.

Le pongo un WhatsApp.

Vecina— 19:30

Hola, Oliver. Te he llamado varias veces, pero...no sé puede que no quieras cogérmelo.

Solo quiero decirte que no sabía todo lo que había traído las dichas fotos.

Puede que ya no sirva de nada, pero si lo hubiera sabido, jamás hubiera salido. Me hubiera quedado contigo.

Espero que todo se solucione y que tu viaje salga bien. Un beso.

Sé que lo lee, pero no contesta. Supongo que este es el fin. Espero que en algún momento pase este dolor tan fuerte que siento y que pueda volver a ser feliz.

Los días pasan y no he vuelto a tener noticias de Oliver. La prensa está pegada a mi culo todo el día y las pocas veces que bajo a la calle, me agobian con preguntas.

Me paso el día viendo películas románticas y comiendo helado de vainilla.

Laura dice que estoy hecha un asco y no le quito razón.

Ha pasado un mes desde que Oliver se fue y yo estoy perdida en una profunda tristeza.

No sé cómo llevarlo y que me hagan preguntas sobre él, tampoco ayuda demasiado.

Saben que no estamos juntos, pero siguen preguntando. Sigo saliendo en las malditas revistas y él no hace nada por impedirlo. Parece que quiere vengarse y que disfruta viendo como hablan mal de mí los medios.

Mi madre está histérica y de mi padre, mejor no hablamos.

Semanas más tarde, recibo las peores noticias y por si fuera poco, las dos en la misma semana. La primera fue de buena mañana, cuando salía de mi casa y con el estómago vacío.

Un periodista se acerca a mí y me pregunta lo que opino de la nueva novia de Betancourt. ¿Nueva novia? ¿En serio?

No contento con enseñarme la foto, también se atreve a dejarme a la altura del betún.

—¿Crees que cuándo estaba contigo también estaba con Bela? ¿Sabes que haces años que tienen relaciones? ¿Crees que no ha querido seguir contigo porque solo eres una chica normal? —Nunca, en todos estos meses, me había pronunciado al respecto; ni una sola palabra, pero eso de chica normal, me caló tan hondo, que no tuve más remedio que contestar.

—Nunca he hablado de lo que ha pasado entre nosotros. Yo no soy la famosa. Si tienes algo que preguntar, mejor ves a él. Al final y al cabo, yo solo soy una chica normal. —Sé que nunca debería de haberme pronunciado, pero estoy harta de tenerlos día y noche en la puerta de mi casa, esperando para bombardearme con preguntas, que saben perfectamente, que nunca contesto.

Esa tarde, cuando vuelvo a casa. Mi mundo se cae encima. Pongo la tele y estoy en todos los canales del corazón.

La ex novia de Betancourt se pronuncia y se proclama ser una chica del montón, poca cosa para el joven cantante.

Se la puede ver muy afectada por la nueva relación que el cantante mantiene con la modelo Bela Nurtis. Parece que la relación entre ellos se consolida.

¿Qué yo me proclamo chica del montón? ¿En qué momento he dicho yo eso?

No puedo creer lo que escucho, y para rematar mis males. Oliver sale en unas fotografías con la tal Bela, una rubia preciosa, muy acorde a su vida de cantante.

¡Bien, Patricia! Ahora solo eres la ex novia de un cantante **buenorro**. ¿Qué será la próximo?

¡Te odio, Oliver Betancourt!

Cuando pensaba que mi semana no podía ir peor, las cosas para mí vuelven a complicarse.

El director del colegio me cita para ir y como es habitual, no me explica nada por teléfono.

Cuando llego allí, me explica que es ese momento, mi puesto tiene que ocuparlo otra persona.

Los periodistas han ido en varias ocasiones al colegio para preguntar por mí e incluso hacen guardia por si aparezco.

Me dice que lo lamenta mucho, pero que lo primero es el bienestar de los niños y que, si empiezo a trabajar con ellos, serían los primeros en verse afectados por esto, porque los periodistas seguirán viniendo.

—Tan solo queda un mes para que empiece el curso, Patricia. No puedo arriesgarme a que esto se convierta en un circo. Espero que lo comprendas.

Sabes que confío en tu profesionalidad y sé que eres una buena chica, pero no quiero tener problemas. Los padres han empezado a quejarse y...

—Esto se va a solucionar. En un mes, se habrán cansado de hablar de mí, te lo aseguro.

—No puedo arriesgarme, lo siento.

No puedo decirle nada más. No tengo manera de asegurarle que la situación va a cambiar, porque ni yo misma lo sé. Lo único que se me ocurre en ese momento, es llorar. Llorar Y maldecir el día que conocí a Oliver.

Cuando llego a casa, Laura trata de consolarme, pero eso no es posible. He perdido el trabajo de mi vida, el que tanto sacrificio me ha costado y todo por culpa de Oliver.

—Esto no se va a quedar así. —digo.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo que tenía que haber hecho hace unos meses. Solucionar el problema. —Cojo el teléfono y vuelvo a llamar a Oliver, como tantas veces no me coge el teléfono, pero esta vez; las cosas no se van a quedar así.

—Búscame un vuelo para Barcelona. —le digo a Laura.

—¿Qué? ¿Qué dices tía!

—Que me busques un vuelo. Me voy hoy mismo. No pienso esperar más para hablar con ese cretino.

—No puedes irte a Barcelona sola. ¡Estás loca!

—Voy a irme Laura. Ese idiota va a tener que solucionar las cosas. Lo he perdido todo, ya me da igual.

—No voy a dejar que vayas sola. Me voy contigo. —me sonríe y me abraza. Las buenas amigas se acompañan en las buenas, pero, sobre todo, en las malas.

El vuelo sale a las siete de la mañana. Cuando llegamos, Laura me pregunta si tengo idea de dónde tenemos que ir. Le digo que sí. Solo he estado una vez en el estudio, pero sé cómo llegar.

Dejamos las cosas en el hotel y tomamos café.

No puedo negar mi nerviosismo. He venido hasta aquí, pero no sé si Oliver estará en el estudio. Según los periodistas, hace dos noches cenaba con su preciosa modelo.

Cuando llegamos al estudio, tomo aire. Laura me coge de la mano. — Estoy aquí, ¿vale? —Lo sé, pero sus palabras me reconfortan.

Me acerco a la chica que está en la recepción y pregunto por Oliver. Estaba claro que no me iba a dar ninguna información, tenemos más pintas de fans locas que de amigas de él.

—Necesito saber si está aquí. Si no quieres dejarme pasar, lo entiendo, pero por favor; dile que estoy aquí. Él sabe quien soy. Necesito hablar con él.

—Lo siento, señorita, pero no estoy autorizada para esas cosas. Solo soy la recepcionista.

—Mira, yo ya he estado aquí otra vez, lo que pasa que en esta recepción había otra persona. Siento que no sepas quien soy, pero por favor. Es urgente que hable con él.

—Le repito que no puedo hacer eso. Si quiere puedo dejarle un aviso a su *manager* y que se ponga en contacto con usted.

—¿Andrés está aquí?

—No estoy autorizada a darle esa información. —Laura se acerca al mostrador.

—Perdona, guapa, pero ¿para qué estás autorizada exactamente? Hasta donde yo sé, esto es una recepción. Si no estás autorizada para dar

información, ¿para qué estás?

—Lo siento, pero...

—¡Déjame adivinar! No estás autorizada para decirme nada. —Laura se ríe.

—Vámonos, Patricia. La tienen muy bien enseñada, si es que Oliver está no te lo va a decir. —Cuando estoy a punto de darme por vencida, ocurre algo inesperado: Andrés aparece por el pasillo. Le chillo para que pueda verme.

—Andrés, Andrés. Soy yo, Patricia. —me mira y aunque está dudoso se acerca a mí. Me da un beso en la mejilla y me dice:

—¿Qué haces aquí, Patricia?

—Tengo que hablar con Oliver.

—Oliver...

—¡Vamos, Andrés! No me digas que tú tampoco sabes si está.

—Si está, pero estamos reunidos. No creo que pueda atenderte ahora.

—No tengo prisa. Le esperaré aquí.

—No puedes...

—Andrés, tengo que verle. —Mis ojos se llenan de lágrimas.

—No está solo, Patricia.

—Perdona, pero mi amiga no viene a mendigarle amor a tu amigo. Solo quiere que esto acabe definitivamente. Él se está pegando la buena vida, pero mi amiga es la que tiene que soportar las mentiras que la prensa va diciendo de ella.

—¿Y tú eres?

—Laura: profesora de defensa personal. —No puedo evitar sonreír ante semejante comentario. ¿Defensa personal? Si no ha pisado un gimnasio en su vida. Cree que hacer abdominales es atarse los cordones de las zapatillas.

—Bien, Laura. ¿No crees que son ellos los que deberían de hablar?

—Sí, cariño, pero entre la señorita de no estoy autorizada y tú, no lo

estáis poniendo nada fácil.

—Solo he dicho que no es un buen momento.

—¿Y qué propones? ¿Qué nos vayamos y volvamos otro día? ¡Ni de broma! Aquí vamos a esperar a tu amigo. No tenemos ninguna prisa.

—Darme un rato. Cuando acabemos con la reunión, hablaré con él.

—Gracias, Andrés.

Cuando se marcha. Le pregunto a Laura.

—¿Profesora de defensa personal?

—Tenía que intimidarle por si decidía sacarnos de aquí a patadas.

—¡Eres la mejor!

—Lo sé. Por cierto, ¿por qué no me habías hablado del amigo de Oliver?

—¿Te gusta Andrés?

—Es muy mono el chico.

—Es un mujeriego. O eso es lo que decía Oliver.

—No le quiero para toda la vida; solo para pasar un buen rato.

—Puedes pedirle el teléfono si quieres.

—Lo haré. —me guiña un ojo.

Una hora más tarde, Andrés vuelve a salir y por su cara, sé que Oliver no va a salir.

—Lo siento, Patricia. Tenemos mucho lío, Oliver no va a poder salir.

—No hace falta que me mientas. No quiere verme, pero me da igual. Si no quiere verme, por lo menos va a tener que escucharme. Me acerco al mostrador y comienzo a levantar la voz.

—Oliver Betancourt, te creía más valiente, pero solo eres un maldito cobarde incapaz de dar la cara cuando las cosas se complican.

No sé de que me sorprende si te dedicas a ir jodiendo la vida de los demás, para que la tuya sea mejor. Solo eres un pobre infeliz. —Andrés trata de cogermelo del brazo, pero lo aparto en un segundo.

—Solo eres un mentiroso de mierda. Espero que no vuelvas a vender un puto disco en tu vida. —Oigo su voz por el pasillo. —Dile que se largue, no pinta nada aquí. —cuando le escucho le increpo.

—¡Cobarde! Tienes que mandar a tus súbditos porque no eres capaz de afrontar los problemas con dos cojones. Si quieres guerra la vas a tener, ¿me oyes? Me has jodido la vida y me voy a encargar personalmente de que la tuya se convierta en un infierno. —Oliver sale al pasillo y se dirige a mí.

—Si no te largas de aquí, voy a llamar a seguridad. No pintas nada aquí. No quiero verte.

—¿Crees que yo sí? Solo he venido a decirte que, si no paras esto, voy a hacerte la vida imposible.

—¿De qué hablas? ¡Se te ha ido la cabeza!

—¿La cabeza? ¡Eres un maldito hijo de puta! —oigo un chillido. Una voz muy grave.

—¿Se puede saber que está pasando aquí? Se escuchan las voces por todo el edificio. —Es Fran.

—Lo siento, Fran. Ya está todo solucionado.

—¿Todo solucionado? ¡Y una mierda! Me has jodido la vida una vez, pero no voy a dejar que vuelvas a hacerlo. Los periodistas me persiguen día y noche, salgo en todos los programas del corazón y he perdido el sueño de mi vida; he perdido mi trabajo por tu culpa. Me has destrozado la vida. Conocerme ha sido lo peor que me ha pasado nunca. Ojalá y nunca hubiera salido a esa maldita terraza. —Mi voz se va apagando y noto que mi cuerpo se queda sin fuerzas. Puedo oír voces de fondo, pero no consigo saber lo que dicen.

Cuando abro los ojos, me encuentro con los de Oliver y con los de varias personas más. Comienzo a sentir calor.

—Dejarla tranquila, por favor. —oigo que dice Oliver. —¿Estás bien? — Parece preocupado de verdad.

—¿Qué ha pasado?

—Te has desmayado y no reaccionabas. ¿Te encuentras mejor? —vuelve a preguntar.

—Un poco aturdida. —Trato de levantarme del sofá en el que me encuentro tumbada, pero cuando lo hago, la cabeza me da vueltas.

—Tranquila, no te muevas.

—Necesito un poco de agua.

—Por favor, ¿podéis dejarnos solos? —dice Oliver.

—No. Tú también te vas. —dice Fran.

—Fran...

—Oliver, he dicho que te vas. Tengo que hablar con Patricia. Por favor.

Oliver se marcha y Fran y yo nos quedamos solos.

—¿Estás mejor? —pregunta.

—Sí.

—Patricia, lo que ha sucedido aquí, no puede volver a repetirse. Este no solo es el lugar de trabajo de Oliver, lo es de mucha más gente.

—Lo sé. Me siento muy avergonzada por mi comportamiento. Espero que puedas perdonarme.

—Lo único que quiero es que no se repita.

—Te lo prometo.

—Ahora cuéntame cómo es eso de que te has quedado sin trabajo.

—El director del colegio donde iba a empezar a trabajar, me ha dicho que, por mis problemas con la prensa, no puede darme el puesto. ¡No imaginas cómo me siento, Fran!

Hace años que trato de conseguir mi sueño, solo me queda un poco para terminar la carrera y ya tenía la oportunidad de empezar el trabajo de mi vida. Los niños son mi pasión.

Si no quisiera darme el trabajo porque no valgo, lo aceptaría sin más, pero porque la prensa se haya inventado mil historias de mí, no; eso no, Fran. No puedo permitirlo.

—¿Lo dices de verdad? ¿Te has quedado sin trabajo por eso?

—Sí. Es un colegio muy prestigioso y los periodistas han ido a preguntar

en varias ocasiones por mí e incluso han hecho guardia en la puerta.

Los padres ya me conocen y no por ser la profesora de sus hijos, si no por salir en la televisión.

—No sabía nada de esto. Bueno sí, sabía que la prensa se había volcado contigo, pero no sabía que pudiera estar pasando algo así.

—He llamado a Oliver para que parara esto, pero él no me contestaba. Sé que no es excusa, pero venir aquí, es lo único que se me ocurrió.

Él no quería verme y a mí... me pudo la rabia. Lo siento.

—No sé que pasará entre vosotros. Porque lo último que hable con él sobre ti fue que te venias con nosotros a Miami. Después de eso, vino como una fiera a Barcelona, cuando salieron las benditas fotos y me dijo que no quería volver a tocar el tema.

—¿Yo a Miami? ¿Cuándo?

—Supongo que sería el viaje que hicimos hace más de un mes. Yo pensé que vendrías con él, pero al verle aparecer solo, me extraño.

—Nunca me dijo que fuera.

—¿No?

—A mí tampoco me lo dijo, pero Fran me llamó y me dijo que cogiera otro billete más porque tú venías. Había hablado con él para confirmarlo.

—No sabía nada de eso. —¿A Miami? ¿Por qué no me dijo que quería que fuera?

—Lo cierto es que yo no sé lo que pasará entre vosotros. No deja de ser vuestra vida privada. Yo lo único que le digo es que no mezcle a la prensa en todo esto.

Oliver es un buen cantante. Vende discos porque es el mejor componiendo y cantando, no porque salga su vida privada en las revistas. Yo solo quiero protegerlo.

Creo que tenéis una conversación pendiente. Más vale tarde que nunca.

Y tranquila, porque lo de la prensa te aseguro que se va a resolver, igual que lo del trabajo; te doy mi palabra.

—¿De verdad?

—Sí. Llevo años en este mundo, de algo tienen que servir los contactos.

—Gracias, Fran. No sé cómo agradecerártelo.

—Acepta un consejo: No dejes escapar a Oliver. Te quiere.

—No. Él y yo...

—Hazme caso. Solo tiene miedo. Su vida es muy complicada, pero creo que tú le das lo que necesita. Esa paz que tú le transmites se ve reflejada en sus canciones.

La gente necesita amor, quererse, no necesita discusiones, o no más de la cuenta.

—Gracias, Fran.

—No dudes en llamarme si necesitas algo. —Se acerca a mí y me hace un esto de cariño. Nunca pensé que alguien al que solo he visto un par de veces, pudiera portarse así conmigo. Me siento muy avergonzada por lo que ha ocurrido. Nunca debí perder los papeles de esa manera.

Cuando Fran sale, oigo que dice:

—Trátala bien; es una buena chica. No la pierdas. —Oliver entra y me mira con gesto triste. Se sienta a mi lado y me dice: —Lo siento. Lamento todo lo que te he dicho hoy y los días...

—No hace falta que digas nada. Los dos hemos dicho cosas que... supongo que nos han dolido a los dos.

—Necesito que me perdones. Puede que no lo merezca, pero necesito que lo hagas. He sido un tonto, un idiota... puedes pararme cuándo quieras.

—Es que estoy de acuerdo con todo lo que estás diciendo. Eres un gran idiota. —Consigue sacarme una sonrisa.

—¿Qué ha pasado con el trabajo? Laura solo me ha contado por encima.

—Decidieron que ya no era yo la que tenía que estar ahí. Doy mala imagen para el colegio.

Todo por esos periodistas. Desde que...

—Dilo: desde que me conociste, tu vida se ha vuelto un infierno.

—No quería decir eso.

—No tenía ningún derecho a cambiarte la vida. Te juro que arreglaré lo del trabajo y ten por seguro, que no te volverán a molestar.

—Creo que lo del trabajo no tiene solución, pero te agradecería que hablaras con los periodistas y les dijeras que tú y yo ya no tenemos nada que ver. Dicen cosas horribles de mí, sobre todo, que no son verdad. Mi familia está sufriendo; y eso, es lo que más me preocupa.

Deberían de seguir a tu novia, creo que a ella no le importa que estén detrás de ella.

—Patricia, ella no es...

—No te preocupes. No tienes que darme explicaciones. Tú y yo ya no somos nada.

—Me gustaría que habláramos. Podríamos cenar juntos esta noche.

—No creo que sea lo más conveniente.

—¿Por qué? Quiero que lo arreglemos.

—¿Arreglar el qué?

—Lo nuestro. Yo no te he olvidado.

—¿La rubia no te da lo que necesitas?

—La rubia no es nada mío.

—No es lo que dicen por ahí.

—¿Es cierto lo que dicen de ti? —me quedo callada. Supongo que tiene razón.

—Una cena. Si después de escuchar todo lo que tengo que decirte, sigues pensando que lo nuestro no se puede arreglar, entonces seré yo el que no vuelva a buscarte nunca. —Lo pienso durante unos largos minutos, pero al final decido que una cena no puede hacer daño a nadie.

—Está bien. Solo una cena. Pero con una condición.

—La que sea.

—Laura viene conmigo. —es la única manera de saber que no pasará

nada entre nosotros. Sé muy bien que, si nos quedamos solos, volveré a caer. Y no quiero, no debo.

—Tenía pensado que cenáramos solos.

—¿Aceptas?

—Está bien. Acepto. Si esa es la condición para poder estar contigo...

Quedamos a las nueve, ¿dónde os recojo?

—Te paso la dirección por WhatsApp.

—Ok. Te llevo al hotel.

—No, no hace falta. Cogemos un taxi.

—Déjame que te lleve, por favor.

—Oliver, estoy bien. Además, voy con Laura. Tú seguro que tienes mucho trabajo que hacer. Nos vemos luego.

—Está bien. Prométeme que te encuentras mejor.

—Sí. Estoy mejor. De verdad. No te preocupes.

—Nos vemos esta noche. —Sale, pero no lo hace muy convencido. Sé que está preocupado.

Antes de salir, tomo un poco de agua. Ha sido una mañana complicada. Más de lo que imaginaba.

Ya fuera, Andrés se preocupa por mí y Laura también.

—Nos has asustado. —dice Andrés.

—Lo siento.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí. Mucho mejor. Ya estoy tranquila. ¿Todo bien con Oliver?

—Parece que sí.

—Creo que tenéis que hablar. Desde que no estás con él, el está destrozado. No quiero meterme en vuestras cosas, pero creo que tenéis una conversación pendiente.

—La tendremos. —Andrés me sonrío. Ha dejado de ser el tío chulo que

me abrió la puerta del apartamento ese día. —no puedo evitar sonreír al recordarlo.

—Os llevo. ¿Dónde vais?

—No, no. No te preocupes. Podemos ir solas. Cogeremos un taxi.

—De eso nada. He dicho que os llevo, por aquí se las pueden arreglar sin mí. ¿Nos vamos? —pongo cara de desaprobación.

—¡Vamos, Patricia! ¡Déjale que nos acompañe! —dice Laura. Puedo ver como sus miradas se buscan y sonrían como colegiales.

Fran nos deja en el hotel e insiste en invitarnos a comer.

Decidimos aceptar su propuesta. Laura parece encantada con la compañía de Andrés y yo al verlos tan cómplices y sonrientes, no puedo evitar acordarme de Oliver. Todo iba tan bien entre nosotros. Puede que lo nuestro hubiera funcionado.

Durante la comida, Andrés me pone al día de lo que ha sucedido con Oliver. Sé que está intentado echarle un cable, al fin y al cabo, son amigos. Aunque sé que lo que cuenta Andrés, no es mentira.

Me cuenta que lleva semanas de mal humor, que ha dejado de ver la tele y que tuvo que salir con la rubia para que la prensa empezará a seguirlos a ellos y no a ti. No puedo evitar sorprenderme con lo que me cuenta. Jamás lo hubiera imaginado.

Continúa diciéndome que él no esperaba que los periodistas siguieran haciendo guardia en mi casa y que el día que salieron diciendo esas cosas de mí, Oliver casi enloquece cuando alguien le llamó para contárselo.

Me dice una y otra vez, que las cosas no son como parecen y que, en verdad, él ha estado muy preocupado por mí, que en varias ocasiones ha tratado de buscarme, pero que no ha sido capaz de hacerlo.

Sus palabras se quedan paseando en mi mente durante horas.

Ahora toca escuchar lo que tiene que decirme y tomar una decisión.

10 El principio de nada

A las nueve, Oliver nos espera en la puerta del hotel acompañado de Andrés.

—Buenas noches. —dicen los dos.

—Buenas noches. No sabía que vendrías acompañado. —digo.

—Sí. Tu condición también necesita compañía. —Sonríe. —¿Nos vamos?
—me abre la puerta del coche.

—Claro.

—Nosotros nos vamos en mi coche. —dice Andrés.

—¿En tu coche? ¿No cabemos todos aquí?

—Así cada uno puede irse cuando quiera. —dice Oliver. —Esto me huele a encerrona, pero decido montarme en el coche.

Hago el viaje en silencio, hasta que Oliver, por fin, se atreve a romper el hielo.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí. Solo pensaba.

—¿En qué?

—En que te conozco, conozco a Laura y aunque no lo creas, también a Andrés. Sé que ellos no van a venir a cenar con nosotros.

—Eres una chica muy lista, pero si lo sabías y no has puesto ninguna pega es porque tampoco te desagradaba la idea, ¿no?

—Puede ser. Pero odio que me mientan. Podría habérmelo dicho directamente.

—¿Hubieras aceptado?

—Quizás no.

—Necesitaba hablar contigo a solas.

—Al final, siempre consigues lo que quieres.

—No lo creo. Si lo hiciera, estarías a mi lado. —Volvemos al silencio, porque en este momento, soy incapaz de decir nada.

Para mi sorpresa, no vamos a ningún restaurante a cenar. Me lleva a su casa, donde ha preparado un catering.

La terraza se ha convertido en un autentico restaurante, con camareros incluidos.

Está cuidado todo, hasta el más mínimo detalle. Hay un grupo tocando música de fondo.

Si lo que pretendía era sorprenderme; lo ha conseguido.

—¿Qué te está pareciendo la cena?

—Increíble. Tienes el poder de hacer especial cada momento.

—Quería que lo fuera, para todo lo que tengo que decirte. No quiero que me des una respuesta ahora. Solo piénsalo y cuando lo tengas claro, yo estaré esperando. —¿De que respuesta habla? ¿Va a pedirme que me case con él? Es lo primero que se me viene a la cabeza.

—Llevo unos meses... jodidos, para que nos vamos a engañar. Sé que pensarás que te estoy engañando porque imagino que me habrás visto en la tele, en las revistas con otra mujer, pero nada más lejos de la realidad.

El primer punto que quiero aclararte es que no he tenido nada con ella, ni con ella, ni con nadie. No he tocado a una mujer que no seas tú en todo este tiempo. No he sido capaz. Aunque estaba lleno de rabia, lo único que quería es estar contigo y poder arreglarlo, pero mi orgullo no me dejaba.

No he sido capaz de cogerte el teléfono, como tampoco he sido capaz de marcarlo y llamarte. Soy un idiota sin remedio, que le vamos a hacer.

Solo quiero que sepas que todo ha sido por ti, por intentar alejarte de este mundo.

Me siento responsable de todas las cosas que te pasan. Si no me hubieras conocido, ahora tu vida seguiría siendo la misma.

Estarías feliz por empezar en tu nuevo trabajo y no con esa tristeza que inundan tus ojos.

No soporto verte así. Lo que ha ocurrido hoy en el estudio, me ha hecho

pensar que no puedo joderte la vida de esta manera y que solo me queda plantearte dos opciones, en realidad tres, aunque espero y deseo que no elijas la tercera.

Quiero decirte que estoy preparado para cualquiera de las otras dos, que lo he meditado mucho y que sé que cualquiera de las dos será la correcta, si tú sigues a mi lado.

La primera, y más egoísta, es que te vengas conmigo a vivir. Que viajes conmigo y que dejes todo lo demás atrás. Los dos; a mi lado. Viviendo, conociendo otros países y acompañándome.

Sé que es una decisión egoísta, porque sé perfectamente lo que supone para ti el ser profesora y supongo que, eligiendo esa vida, sería muy complicado poder cumplir tu sueño.

La otra opción y puede que la más acertada, sea que tú vivas tu sueño. Que seas profesora y que nos compremos algo en Madrid para poder vivir los dos juntos. Yo me alejaría de las cámaras para poder vivir tranquilos y trataría de volver a ser anónimo. Costará un poco, pero lo conseguiremos. Quiero decirte que estoy dispuesto a renunciar a todo por ti, de eso se trata el amor.

Yo puedo vivir sin la música, pero no puedo vivir sin ti. Ya lo he comprobado. No es esa vida la que quiero.

La otra opción y la que espero que no elijas, es que cada uno siga con su camino y que lo nuestro se quede en nada.

Si eliges esa opción, entenderé que tu felicidad no está a mi lado, pero te aseguro que la respetaré si es lo que quieres.

No es algo que tengamos que decidir ya. Sé que es una decisión complicada que no se puede tomar a la ligera, por eso: piénsalo. No tengo prisa.

Solo necesito que sepas, que lo único que quiero, es hacerte feliz. Es lo único que me importa en este momento, lo demás, me importa bien poco.

No puedo creer lo que Oliver me propone. ¿Dejar la música por mí? ¡Está loco! Es el sueño por el que tantos años ha luchado. No puede dejarlo escapar ahora. Mucho menos por mí. ¡No voy a dejar que haga eso!

Y lo de irme con él... creo que tampoco me lo planteo como una opción. Puede que no sea lo suficientemente valiente como para dejar todo atrás y vivir esa vida tan alocada, llena de prensa, de lujo. No; esa vida no es para mí.

—No puedes dejar la música, Oliver. Ese es tu sueño.

—Hay sueños que se cumplen y luego desaparecen para dejar paso a otros. Yo estoy dispuesto a todo por ti.

—Ya, pero... no puedo aceptar que renuncies a lo que quieres. Nunca me lo perdonaría.

—Tú no me has pedido nada. Soy yo el que lo hace porque quiere.

—Oliver...

—No digas nada. Solo piénsalo. Esta noche vamos a disfrutar de nosotros. Nos lo merecemos, ¿no?

Puede que tenga razón. Que por lo menos esta noche, nos toque disfrutar.

Al final, solo me queda reconocer que todo es perfecto. Que, estando juntos, la vida tiene un sabor distinto: dulce y apasionado. Como los besos que esa noche Oliver me regalo.

Me sentí querida, amada y profundamente feliz.

Esa era la sensación que siempre tenía cuando estaba con él.

Nuestra última noche. Aquella en la que decidí que era mejor partir y no destrozarle la vida.

Prefería que me odiará a que él renunciará a lo que él más quería: las notas de una canción.

11 Un adiós nunca fue tan complicado

La noche con Oliver fue perfecta, pero todo lo bueno, tarde o temprano, acaba terminando. Y eso era lo nuestro: un amor con fecha de caducidad.

Las dos teníamos que renunciar a lo que más queríamos por estar juntos y yo; no fui capaz.

No fui capaz de encarcelarle a una vida que él no había elegido, teniendo que renunciar a su sueño máspreciado.

Yo no podía ser la culpable de que él dejara su carrera; nunca me lo perdonaría. Mucho menos sabiendo que el motor de ese sueño siempre fue su hermana.

¿Quién era yo para arrebatarle esa vida?

Solo alguien que pasaría por su vida sin dejar huella o quizá sí. La huella del odio que debió sentir cuando se despertó...

Cuando le vi ahí tumbado, tan relajado y tan feliz, pensé que debía de destruir esa carta, entrar de nuevo en la cama y que volviera a abrazarme hasta quedarme dormida.

Pero la realidad, era muy distinta. Tanto, que estaba dejando al amor de mi vida con todo el dolor que una persona puede sentir.

Prefería que me odiara, antes de que el renunciara a sus sueños por mí. Pero me armé de valor, y dejé la carta encima de la mesilla. Con suerte, cuando la leyera, yo ya estaría muy lejos de allí.

Oliver

Cuando me despierto, siento la cama vacía. Miro a mi alrededor y no veo ni rastro de Patricia. ¿Dónde estará?

Me estiro para coger mi móvil, pero mi mano se topa con un papel. Me siento en la cama y lo cojo. Está doblado y pone Oliver. Comienzo a leer...

Hola. Supongo que lo primero que esperabas al despertarte era verme a tu lado, pero a cambio, te has encontrado con esto.

Ante todo, quiero pedirte perdón.

No quería que todo esto terminara así. Tampoco me había planteado que entre nosotros las cosas pudieran estar bien de nuevo.

Siento marcharme a escondidas, como si estuviera haciendo malo, pero si lo hiciera de otra manera, sería doloroso para ambos.

Me marchó porque no puedo pensar en una vida a tu lado, sabiendo que renunciaras a tu sueño. No puedo llevar esa carga en mí. Lo siento.

Tú tienes que vivir tu vida como hasta ahora. Yo no soy nadie para hacerte cambiar.

Sé que esta no era la opción que tú querías, pero es la que los dos necesitamos.

Yo no quiero que renuncies a tus sueños, pero puede que también sea egoísta y no quiera renunciar a los míos. Está claro que compaginarlos los dos; es imposible. No saldría bien.

Eso no quiere decir que no te quiera. Simplemente que no me siento en la capacidad para vivir la vida que me ofreces; ni una, ni otra.

Soy una cobarde; lo sé. Tú estabas dispuesto a dejarlo todo por mí y yo no soy capaz. Puede que el quererse también sea eso: respetar los sueños de la persona que amas. No cambiarle y aceptar las cosas como son.

Te quiero mucho, Oliver. Tanto que me duele.

No sé si seré capaz de olvidar tus abrazos, tus besos, tus caricias. No sé

si podré ser feliz sin tenerte a mi lado.

Lo que sí sé, es que el tiempo que hemos pasado juntos, ha sido maravilloso. He conocido una parte de ti que no esperaba. Has conseguido que crea en el amor y que toque la felicidad con la punta de los dedos. Me siento agradecida. Espero que algún día puedas perdonarme, y quién sabe, puede que tal vez, podamos tomarnos un café en la terraza, vecino.

Cuídate. No me odies por favor.

¿Aquí se acaba todo? ¿No piensa luchar por lo nuestro?

No puedo dejar las cosas así. Cojo el teléfono y marco su móvil, pero no lo coge. Le mando un mensaje al WhatsApp, pero su foto ha desaparecido y los mensajes no llegan: me ha bloqueado.

Pensaba que, para ella, también era importante.

Volví a equivocarme.

Un año más tarde...

—Profe, ¿puedo salir a jugar ya?

—¿Terminaste tus deberes?

—Sí.

—Entonces, sí. —Le dedico una amplia sonrisa. La que ellos provocan en mí.

Está a punto de acabar el curso y solo puedo pensar en las vacaciones.

Adoro a mis niños, pero yo también necesito un poco de descanso.

Ha sido un año muy complicado. Lleno de cambios, de cosas buenas, pero también de cosas malas.

Ese día, quedo con Laura para comer; bueno, con Laura y con Fran. Ahora él también es mi amigo, eso, y el novio de Laura. Que cosas tiene la vida, ¿no?

De una relación acabada, salió otra nueva.

Desde que se acabó todo con Oliver, no he vuelto a verle.

Fran me cuenta algunas cosas, pero siempre lo hace con respeto. Yo siempre le pregunto qué tal le va.

Laura me dice que no le he olvidado, pero yo creo que sí. Me preocupo por él, porque le he querido mucho, pero después de un año, las heridas ya están curadas. Cada uno tiene su vida. La vida que cada uno eligió.

Todo perfecto, hasta que Fran decide montar una fiesta de cumpleaños en Miami, a la que por supuesto, estoy invitada y a la que me asegura que Oliver no irá porque estará en Londres, pero las cosas no siempre salen como uno quiere.

¿Estarán las heridas, completamente cerradas?

12 Reencuentros

El viaje ha sido largo, no solo por las horas, también por los nervios que tengo desde que el avión salió de Madrid.

Laura me ha dicho que tengo que estar tranquila, que Andrés le ha dicho que Oliver no estará, pero ella siempre me pone el mismo ejemplo: ¿Qué ocurrirá si ellos algún día quieren casarse? Oliver, es el mejor amigo de Andrés, y yo soy la mejor amiga de Laura. ¿Tienen que prescindir de alguno de nosotros dos?

Supongo que en el fondo tiene razón.

Puede que vayamos a coincidir un par de veces al año, puede que incluso menos.

Además, ¿por qué estoy nerviosa?

Ha pasado más de un año desde que le dejé esa maldita nota. No hemos vuelto a hablar, ni tampoco a vernos. ¿De qué me preocupo?

Él tendrá su vida hecha, y yo...

—¿Estás bien? —pregunta Laura sacándome inmediatamente de mis pensamientos.

—Sí. Solo pensaba en los niños.

—¿En los niños? ¿Crees que soy idiota? No va a estar, tranquila. Si fuera a venir, Andrés me lo hubiera dicho. No tienes de que preocuparte.

Trata de pasarlo bien. ¡Estamos en Miami! ¿A qué nunca lo imaginaste?

—No. —Miento descaradamente. Estando con Oliver, yo me hice mi propia película de Hollywood. Me veía en una mansión, rodeada de perritos, lleno de jardines para correr, una gran piscina, y hasta había imaginado a tres niños corriendo por ahí. Mi propio pensamiento me hace entristecerme.

—Lo vas a pasar bien. Te lo prometo. Tu amiga se encarga de ello. —Coge mi mano y aprieta fuerte. Tengo suerte de tenerla a mi lado. La quiero mucho. Durante todo este año, a penas se ha separado de mí. Nunca ha soltado mi mano. Ni ella, ni Andrés. Tengo que decir, que es un gran amigo.

Trato de alejar mi mente de Oliver y disfrutar de este viaje. No creo que

vuelva más por aquí, a no ser que mi amiga decida cruzar el charco y casarse aquí.

Andrés nos recoge en el aeropuerto y nos lleva a su casa. Nos instalamos y más tarde salimos de compras para la gran fiesta de esta noche.

Sobre las nueve, estoy lista. He elegido un vestido rojo con algo de escote y totalmente descubierto de la espalda. Simplemente maravilloso. Llevo el pelo recogido en un moño alto, dejando un pequeño trocito de cabello cayendo por mi mejilla.

He elegido un maquillaje ahumado y en los labios mi rojo *Ruby woo de Mac*: mi eterno aliado.

Laura está preciosa. Ella ha elegido un vestido en color champagne, cruzado a la espalda con pedrería. Lleva el pelo recogido en una coleta alta, y solo puedo decir que Andrés tienes mucha suerte de tenerla. No solo es preciosa por fuera, si no que también lo es por dentro.

—Estás espectacular. —dice Laura.

—No creo que más que tú, amiga. Estás radiante.

—Gracias. —Andrés se acerca a nosotras.

—¿Y estás chicas tan preciosas? —Reímos.

—Tú tampoco estás nada mal. —dice Laura.

—Gracias. ¿Preparadas para la fiesta?

—Por supuesto. —respondeos al unísono.

—Deberías de presentarle a algún amigo tuyo. No puede ser que mi amiga siga soltera. —dice Laura.

—¡Déjate de presentaciones! Estoy muy bien sola. No necesito a nadie.

—Veré que puedo hacer.

—¡Ni se te ocurra, Andrés! —me mira y se ríe.

Salimos al jardín. Todo está plagado de gente. Me pregunto si Andrés conocerá a todas esas personas. Él comienza a saludar a la gente y a presentarnos. Yo odio estas cosas, así que cuando tengo oportunidad, me marcho a por una copa.

Me acerco a un camarero y le cojo una copa de champagne de la bandeja. Aprovecho para apartarme de la gente. Subo unas escaleras y me apoyo en la barandilla del jardín, mientras que contemplo la vista.

Me parece mentira estar en Miami. Por un segundo, hecho la vista atrás y pienso en todo lo que ha ocurrido en este último año.

Durante meses, he llorado la ausencia de Oliver, y me he culpado una y otra vez por haberme ido de su vida. No haber sabido enfrentar a la vida. Puede que tomara el camino equivocado. Que otra en mi lugar se hubiera quedado y hubiera renunciado a su sueño por amor. Pero yo no podía permitir que él abandonara su vida por mi culpa.

Fue una prueba muy bonita de amor, esa es la verdad. Me hubiera encantado quedarme para siempre con él, pero siempre me hubiera quedado la espina de no haber cumplido mi sueño o de que él renunciara a lo que más quería. Ahora solo me torturo pensando en si lo nuestro hubiera salido bien.

Desde que Andrés me invitó a su cumpleaños, no he podido sacarme a Oliver de la cabeza.

Hacia algunos meses que ya no pensaba en él, puede que no tan seguido, pero todo ha cambiado.

De nuevo os recuerdos se han apoderado de mí y han puesto mi vida patas arriba. Me pregunto si habrá conseguido olvidarme y si me odiará.

Salgo inmediatamente de mis pensamientos, cuando alguien me susurra al oído:

—¿Qué hace una chica tan guapa cómo tú sola? —me doy la vuelta y veo a un chico alto, rubio y con unos ojos azules, que por algún motivo no puedo dejar de mirar. Hacia tiempo que alguien no llamaba tanto mi atención.

—No estoy sola. Estoy rodeada de gente, que, por cierto, no conozco.

—Entonces, vamos a ponerle remedio a eso. Soy Fabián. —Se acerca a mí y sus labios acarician mis mejillas formando un beso.

—Soy Patricia.

—¿Amiga de Andrés?

—Mmm...amiga de Andrés, pero más de su novia.

—¡Vaya! Tú eres la amiga de Laura.

—¿Te han hablado de mí?

—Laura nunca para de hablar de ti. —Me sorprende al saber que alguien se ha acercado a mí y conoce a Laura. Seré una mal pensada, pero lo primero que pienso es que ha venido mandado por Andrés.

—Te manda Andrés, ¿verdad?

—¿Y por qué debería de mandarme?

—Tienen una obsesión con buscarme pareja. Puede que nuestro encuentro no sea casualidad.

—Creo que te equivocas. Todavía no he hablado con Andrés, y tampoco sabía que tú vendrías a esta fiesta. Tampoco te había visto nunca. ¿Me crees de esa clase de gente?

—Lo siento. Creo que he metido la pata.

—No te preocupes. La verdad es que nunca me había dicho algo así. —Se ríe y yo me siento avergonzada.

—No tenía que haber dicho nada. Me pierdo la boca.

—Ya te he dicho que no tienes que preocuparte. No suelo acercarme a las mujeres, porque alguien me o pida, si lo hago es porque me interesa. Y siendo sinceros, tú me interesas bastantes.

—¿Sí? Si no me conoces.

—Eres una chica muy atractiva y además eres simpática. Me quedan un par de cosas más que saber y estoy preparado para pedirte matrimonio. —No puedo evitar reírme.

—No creo en el matrimonio.

—¿Viviremos en pecado?

—Me gusta pecar. Soy más del lado oscuro.

—¿De verdad?

—Sí.

—Bueno, no perderé la esperanza. Hablando en serio. ¿Qué haces aquí

tan sola, con la fiesta tan perfecta que hay ahí abajo?

—Me abruma tanta gente, sobre todo, cuando no conozco a nadie.

—Conoces a Fran, a Laura y ahora también me conoces a mí.

—Sí. Tres personas de... ¿trescientas mil?

—¡Eres muy exagerada! Solo es una reunión de amigos. —Se ríe y me guiña un ojo. Consigue hacerme reír.

Pasamos un rato muy agradable charlando.

Le pregunto que si él también es cantante, pero me dice que no. Él solo arreglar el sonido de la música de los cantantes para que suenen perfectos. Su comentario me hace reír.

Puede que esta fiesta no resulte tan aburrida ahora que él ha aparecido.

Una hora más tarde, Laura me llama al móvil. Está preocupada porque no ha vuelto a verme. Quedamos en la entrada del jardín y Fabian decide acompañarme. Cuando llegamos, Fabian saluda a Laura muy cariñosamente.

—Hola, ¿cuándo has llegado? ¿Sabe tu hermano que estás aquí? —pregunta Laura, mientras que le abraza como si llevara mucho tiempo sin verle. ¿De qué se conocen?

—¿Os conocéis? —pregunta ella.

—Sí. Esta señorita estaba sola y me acerqué a hacerle compañía. Pensó que me habíais mandado vosotros.

—¿Nosotros? ¿Y por qué?

—Dice que la buscáis novio. —Ellos se ríen mientras que yo me muero de la vergüenza.

—Es cierto. ¿No crees que una chica como ella no debería de estar soltera? —¡Olé por mi amiga!

—Totalmente de acuerdo.

—¿Podéis dejar de hablar de mí? ¡Estoy aquí! —Andrés se acerca y abraza fuerte a Fabian.

—¡Joder! ¿Qué haces aquí? Me dijiste que no vendrías. ¡Qué sorpresa!

—¿Cómo iba a perderme el cumpleaños de mi hermano? ¡Estás loco! —
¿Hermano? ¿Cómo que hermano? ¡No se parecen en nada!

¿Por qué Laura nunca me ha dicho que Andrés tenía un hermano?

—Vosotros, ¿sois hermanos?

—Sí. —Responde Andrés.

—¿Sorprendida? Mi hermano nunca te ha hablado de mí, ¿verdad? —dice Fabián.

—No. No sabía que tenía un hermano.

—Casi nunca le veo. Siempre está viajando.

—¿Más que tú? —le reprocha Laura.

—Sí. Lo mío no es nada comparado con él, cariño.

—¡Oye! —Le doy en el hombro. —¡No has ligado conmigo! ¡Fantasma!

—¡Mierda! Pensaba que habíamos dado un paso más. ¿Tengo alguna posibilidad ahora que sabes que soy hermano de este personaje? —Su sonrisa me destroza los esquemas.

—Puede que ganes algún punto por eso. —le digo.

Seguimos charlando los cuatro un largo rato, hasta que Andrés se lleva a Fabián para saludar a algunas personas.

Laura y yo nos quedamos solas.

—Hacía tiempo que no te veía sonreír de esa manera.

—No sé de que hablas. —le digo.

—No te hagas la tonta. Hace meses que nadie te hace sonreír de ese modo y sabes perfectamente quien fue la última persona que lo hizo.

—¿Otra vez con el tema? Estoy cansada de lo mismo ya, Laura.

—Es la verdad, y aunque te enfades, las dos sabemos que es así. No volveré a tocar el tema. Solo quiero decirte que Fabián tiene mucho peligro y aunque me encanta que te haga sonreír, ándate con pies de plomo.

—¿Piensas que estoy pensando en tener algo con él?

—Las dos sabemos que tú no eres de esas mujeres que se acuestan con cualquiera. Sigues creyendo en el príncipe azul, Patri.

—Hace tiempo que el príncipe azul, dejó de serlo. Ahora solo busco eso: risas, complicidad y pasar un buen rato. Tengo mi vida completa en este momento. Nadie volverá a entrar.

—Solo te digo que, si Fabián lo hace, tengas cuidado; nada más.

—Gracias por tu consejo, pero no lo necesitaré.

La noche sigue pasando. Fabián no se ha separado de mí y yo no puedo parar de reír con sus comentarios. Laura tenía razón el algo: hacía tiempo que no me reía de esta manera.

Pero la noche no había acabado y todavía me quedaba el regalo final.

Cuando estamos los cuatro bailando, oigo una voz que me resulta familiar, pero pienso que no puede ser. Mi mente solo me está jugando una mala pasada.

Me giro y le veo. Ahí está con la sonrisa que tanto me gusta y guapo a rabiar. Está aquí; Oliver ha venido.

Se acerca a abrazar a Andrés, después saluda a Laura y cuando me ve, se queda paralizado. Nuestras miradas se encuentran después de tantos meses, con una pequeña diferencia: su mirada está llena de rencor. Nunca me había mirado así. Parece sorprendido al encontrarme ahí, pero no lo dice.

—Hola, ¿cómo te va? —me pregunta fríamente.

—Hola. Todo bien. ¿Y tú?

—Igual. —Esas son las palabras que cruzamos después de tantos meses sin hablar. Se puede cortar la tensión con un cuchillo. Andrés trata de romper el hielo.

—¿No has visto a mi hermano?

—¡Fabián! ¡No sabía que venías!

—No podía perderme el cumpleaños de mi hermano.

—Aunque no te lo creas, le veo más que tú. —le dice a Andrés. —La semana pasada estuvo conmigo en Londres.

—Por cierto, ¿y tú qué haces aquí? Me dijiste que no podías venir.

—¿Crees que no iba a sacar tiempo para venir al cumpleaños de mi mejor amigo?

—Te prometo que estaba seguro de que no vendrías.

—¡Qué poco confías en mí!

—Voy a tomar algo. —digo. No puedo aguantar más. No puedo estar a su lado. Es demasiado para mí.

—Te acompaño. —me dice Laura.

—No, no te preocupes.

—Yo voy contigo. —dice Fabian. Oliver no deja de mirarme y consigue intimidarme. Fabian me coge de la mano y me lleva hacia el camarero. Cuando conseguimos apartarnos un poco, Fabián me pregunta:

—¿Estás bien?

—Sí. Solo quería tomar algo.

—Puede que lo que te vaya a decir no te guste, pero... sé quién eres. Soy amigo de Oliver desde hace muchos años y sé lo que pasó entre vosotros.

—Vaya... para no conocerme...

—Sabía quién eras de oídas. Tienes la suerte de que todo el mundo habla de ti.

—Dudo que tu amigo hable bien de ti.

—Supongo que cada uno tendrá una versión y apostarí a que ninguno coincide.

—Puede que tengas razón. Creo que voy a marcharme. Gracias por todo Fabian. —me coge del brazo.

—No sé que ocurre con él, pero te aseguro que, si te vas, a él no le va a importar, pero a mi hermano y a Laura te aseguro que les joderás la noche. —Tiene razón en lo que dice. —Piensalo.

—Está bien. Tienes razón.

—Gracias.

—¿Por qué? Porque no te conozco de nada, pero estás haciendo que la noche sea mejor de lo que esperaba.

—¿Eso quiere decir que tengo alguna posibilidad?

—Eso quiere decir que ganártelo.

—Gran paso. —Reímos.

Fabián y yo reímos, bailamos y lo pasamos bien, bajo la atenta mirada de Oliver, que no nos ha quitado ojo desde que decidimos apartarnos de él.

Supongo que yo también estoy pendiente. No sabía como iba a ser nuestro reencuentro y tampoco imaginaba que alguien pudiera mirarme como él lo ha hecho esta noche.

Al cabo de un rato, mi mirada vuelve a buscarle, pero no le encuentra. Laura y Andrés se acercan a nosotros y observamos como alguien se sube al escenario, coge el micro y comienza a hablar: Es Oliver.

—Hola. Hoy es un día muy especial para mí, porque es el cumpleaños de alguien a quien quiero mucho y aprecio desde hace muchos años.

No recuerdo ningún momento en el que él no hay estado a mi lado, tanto bueno, como malo. Me siento muy afortunado de tenerle trabajando conmigo, pero me siento todavía más afortunado, sabiendo que le tengo a mi lado como amigo.

¡Felicidades, Andrés!

Quiero cantaros una canción que hace tiempo significó muchas cosas para mí, pero que con el tiempo, se ha convertido solo en las notas de una canción. Espero que os guste.

Dice eso y recuerdo el momento en el que yo le dije esa frase. Todo se queda en silencio y el escenario comienza a alumbrarse.

Mi cuerpo comienza a temblar al oír la primera palabra de la canción.

Nunca pensé que, con tan solo una sonrisa, alguien pudiera descolocar mi mundo. Tú lo hiciste.

Me hiciste comprender lo equivocado que estaba. Encontrando contigo esa felicidad que tanto anhelaba, esos momentos que creí perdidos y que tú, me has vuelto a dar.

Mis lágrimas comienzan a caer por mis mejillas, una tras otra, y mi corazón comienza a sentir ese pellizco de dolor, que hace meses que había olvidado. Oliver ha vuelto. Y lo ha hecho de la peor manera, para recordarme que las malditas heridas, no están curadas, todo lo contrario, siguen sangrando.

No puedo seguir escuchando esa canción que tantos recuerdos me trae.

No ha sido casualidad que él haya elegido esa canción justamente hoy. Solo lo ha hecho para vengarse.

—Lo siento, chicos, tengo que irme. —Laura trata de impedírmelo.

—Lo siento, Andrés. Te juro que lo siento. No quiero amargarte el cumpleaños, pero esto es demasiado para mí. Espero que lo entiendas. Todos me miran y antes de que puedan pensar retenerme, salgo corriendo.

Corro sin dirección; sin saber hacia donde voy, simplemente tratando de huir del sonido de esa maldita canción; esa que tanto dolor provoca y que trae a mi mente millones de recuerdos.

Porque nunca serán las simples notas de una canción. Siempre será algo más.

Continuará...

Si has llegado hasta aquí, me encantaría saber que te ha parecido la historia. Espero que me dejes tu comentario. Te estaré muy agradecida.

Si quieres ponerte en contacto conmigo, puedes hacerlo a través de Instagram o Facebook. Me encontrarás como Chris Razo. Nos vemos por allí.

Quiero dar las gracias a cada una de las personas que forman parte de este sueño.

Gracias por acompañarme.